

Peregrinaje de Esperanza

La vida de la madre de una guerrillera



EDITORIAL
EL CONEJO



SEGUNDA EDICION

esperanza, esperanza y esperanza, en la esperanza
de la esperanza, en la esperanza, en la esperanza
de la esperanza, en la esperanza, en la esperanza
de la esperanza, en la esperanza, en la esperanza

**Peregrinaje de Esperanza
La vida de la madre de una guerrillera**

Por María José Martínez



Una biblioteca para los años
del siglo XXI (serie nueva)
nueva colección

*Programa de experiencia: La vida de la madre de una
muñequita por Joyce Kilmer de Padilla*

Segunda edición Editorial El Consejo

Concepto: Editorial El Consejo, 1999

Revisado: Luis Toralillo (de acuerdo de R. Padilla)

Colocación: Escuela Tridimensional, 1999, 2000 y 2001

ISBN: 978-950-00-0000-0

Quito, Ecuador, 1999

Peregrinaje de Esperanza
La vida de la madre de una guerrillera
Robert Dickory

HABLA UN PERROQUITA ... /	11
Habla la zampa ... /	17
Habla Lucinda ... /	21
I Los primeros pasos /	23
II La burla /	29
III En marcha /	34
IV Remedio al mundo del trabajo /	42
V En las truchas de los antepasados /	47
VI Un camino, dos destinos /	51
VII Solo con la cacha /	52
VIII Viajando sin rumbo /	58
IX Una luz sin el camino /	77
X Un nuevo camino /	82
XI Hacia los demás /	87
XII Encuentro con la muerte /	93
XIII Los últimos compañeros de viaje /	101
XIV Un viaje decisivo /	105
XV Empeño de nuevo /	120
XVI Acercando con el camino /	124
XVII Una nueva carrera /	131
XVIII Contra vía /	142
XIX Volando a la misma /	147
XX Pura seducción /	152
XXI Callejón sin salida /	154
XXII En la encrucijada /	163
XXIII Una brújula sin el camino /	171
XXIV Compañía con el tiempo /	178
XXV Via crucis /	184
REPUNTORES /	189
Habla una defensora de los derechos humanos ... /	191
Habla una antropóloga ... /	195
Habla un biólogo ... /	199
Habla un sociólogo ... /	206
GLORIAS /	211

*A Santiago, Juan Pablo y Daniel, hijos del pueblo,
experiencia del futuro.*

*El la que una experiencia se le está demandando, entonces no es
experiencia, pues de que una se no tiene, por qué experiencia.*

*Juan Pablo en su casa a los hermanos
La Biblia*

*Quien experiencia es y se anticipa sin certezas,
Esos es mundo en las venas que se desvanecen
en las raíces del presente que se quiebra
en caminos de marcos que libran.*

*La experiencia es poder y fealdad,
es sin carga y mala guarda,
La experiencia es indiferencia,
es sin amor y libre nada.*

*En Jesús está su fuerza,
en sus pasos, sus palabras.*

Juan Durán en El Reino Tiene Remedio

HABLA UN PERECHESTA...

Percepción de Esguerra. «A más de otras cosas, es un libro político. Para entenderlo mejor, conviene dilucidar las líneas capitales de la política ecuatoriana de esta mitad del siglo veinte.

Hasta la década de 1950, la economía ecuatoriana — de productores agrícolas en su casi totalidad — se acercaba más a los lineamientos feudales que no a los del capitalismo. El eje de este sistema era la hacienda. La vida social reproducía el modelo familiar hacendatario. Dios, la Iglesia católica romana su lugarteniente, y el hacendado, encarnaban el poder espiritual y político. "Aristocracia" a la Iglesia y al hacendado estaban los estratos campesinos compuestos de indios y mestizos. Un sistema rígido, aparentemente seguro, de poca movilidad migratoria. Un mundo de valores sólidos. Este sistema estuvo dividido por una pugna de medio siglo entre conservadores y liberales, pugna de poder político con ritmos de pugna de derechos civiles pero sin trascendencia de fondo para la mente del campesino.

Entre 1960 y 1970 ocurren cuatro hechos fundamentales para la vida social y política del Ecuador: El cacao, principal producto de exportación, es sustituido por el banano. El sistema de hacienda, en consecuencia, cede

pase al sistema de plantaciones, con obreros agrícolas asalariados. Un débil capitalismo se asienta en el país. En la década de 1960, Fidel Castro expone su revolución. Los Estados Unidos presionan a los gobiernos latinoamericanos para que fabriquen armas a su mano revolucionaria. Uno de ellos es la reforma agraria. Erradicar la adopción en la mitad de los sesentas. La tasa de natalidad crece vigorosamente como resultado de políticas de salud. En fin, desde 1960 hubo grandes inversiones extranjeras para explotar el petróleo de la Amazonia, económicamente desvalerioso.

Entre cuatro hechos combinados "modernizan" el país. Los recursos del petróleo se emplean parcialmente en cambiar la faz de las ciudades que se vuelven rápidamente atractivas. En particular Guayaquil y Quito, con su círculo de industrias. La reforma agraria, rápidamente operada, atrae la migración campesina a esas dos ciudades. Siguen creciendo y surgen además nuevos barrios al margen de las seguridades mínimas para una vida humana y digna. Barrios que se pueblan de familias campesinas. Barrios que crecientemente viven. La población urbana supera en número a la campesina. Los jóvenes miembros de dieciocho años llegan casi al número por ciento de la población total.

Ya entonces circundaba una masa sin empleo, sin patria o ninguna educación formal, sin la necesidad para vivir pero deslumbrada por la oferta de la ciudad, por la publicidad de los medios y por una clase de funcionarios y empresarios que ostentan su nueva riqueza sin la dirección de los viejos hacendados.

No es de extrañar, pues, que este período sea de relativa estabilidad en lo político. La economía creció hasta comienzos de 1968. El poder se alterna entre el populismo y el militarismo. El populismo como esperanza de las masas marginadas; el militarismo como respuesta a la amenaza de guerrilla comunista. Entre 1959 y 1972 gobernaron Cárlo Plaza Lasso (1948-1952), José María Velasco Ibarra (1952-1960), Camilo Ponce Enríquez (1960-1962), Velasco Ibarra, elegido para 1960-1964, obligado por las Fuerzas Armadas a renunciar, fue reemplazado

por el vicepresidente Carlos Julio Acevedo Méndez (1961-1963), quien a su vez fue depuesto también por las Fuerzas Armadas que gobernaron por medio de una Junta Militar (1963-1966). La Junta tuvo que lire y luego de un interregno civil fue elegido por quinta vez Meléndez Ibarra (1966-1972). Para entonces el período comenzó a crear ripios por lo que las Fuerzas Armadas decidieron administrar el país y se quedaron siete años destruyendo de un poder que tenía el adicional brillo del oro. Diez años de populismo vehemente, diez de dictaduras militares, diez de gobiernos civiles de libertades conservadores. En esos últimos, dos hacendados (Pérez y Pérez) y tres banqueros (Carlos Julio Acevedo y los dos anteriores también Acevedos), uno de ellos padre de Carlos Julio y el otro, primo). Populismo, militarismo, hacendados, castas familiares.

En 1979 se termina el régimen democrático y se promulga una Carta Política progresista. Se reconoce a los analfabetos el derecho al voto. Triunfa nuevamente el populismo con Jaime Boddie Aguilera como partido, Constructor de Puentes Populares, llega al poder y a la vez lleva al poder a su aliado opositor, la Democracia Cristiana (1979-1984). El joven líder muere en un accidente y en ese mismo año (1983) estalla la crisis de la deuda externa. El vicepresidente Orestes Hernández, de la Democracia Cristiana, hereda el gobierno y hereda la crisis. En su mandato se da un fuerte impulso a la organización popular.

Entre 1984 y 1988 gobierna el país la derecha económica y política reunida en torno al partido Socialcristiano. Se presentan como los reconstructores del país, creyentes en economía, prerrogativas en política internacional, anticomunistas y amigos de la ley y el orden. Por un gobierno muy represivo con apariciones democráticas. Prácticamente quedó desmantelado el grupo guerrillero *Alfaro Vive Carajo*, y otros grupos hacen a la clandestinidad. La distribución de los ingresos se polarizó hacia unos estratos no conocidos en el país. Hubo hús y por primera vez el hambre se hizo sentir entre estos hábitos de vida en amplios sectores populares.

Este racconto histórico era necesario para comprender la narración contenida en *Parquejío de Esperanza*. Se trata de una narración real. No un mundo narrativo de ficción sino-concreto. Los narradores y protagonistas, Luzmila Chicaiza, de raíces campesinas y de ascendencia mestiza, pertenecen previamente a los sectores marginados antes señalados y a ese sector para el cual la vida es una lucha diaria por la sobrevivencia. Luzmila nació en los últimos días de 1949. Su narración comienza en la presidencia de Carlos Feroz Rodríguez (1956-1960), y se cierra en la del ingeniero mexicano León Pablos Cardozo (1984-1988). Ambos de la derecha, socialistas entre ambos, han creado el uno, empresario-fuercista el otro. Queridos, para, inserten las coordenadas cronológico-políticas para situar la historia de Luzmila Chicaiza.

Desde una perspectiva política y periodística destacan en esta narración tres hechos: como es el hogar de un guerrillero de pueblo, el machismo como oposición de la conciencia, y cuál el precio de la solidaridad.

En efecto, la filosofía en la que se justifica el aparato repressivo del Estado ecuatoriano admite como motivo la lucha contra la penetración del imperialismo norteamericano y del modelo cubano; y emplea una abundante fraseología sobre la patria. Todo "subversivo" se atribuye a los jinetes de la rosca, al terrorismo, a una existencia real internacional. Desempeño como causas la desigualdad de oportunidades, la explotación, opresión, y discriminación a las que están sometidas sistemáticamente las clases marginadas de la sociedad ecuatoriana. Del relato de Luzmila Chicaiza surge un cuadro contrócnico, bílico, real. El hogar de un guerrillero de pueblo es un hogar común de gente marginada a la que se le dio la luz de la conciencia y en la que se preserva la llama de la solidaridad.

Resulta curioso que para una mujer de conciencia iluminada y vida solitaria el estétulo mayor sea el aparato repressivo del Estado, ante el macho. El macho hace la figura del empleador abusivo, el líder religioso corrupto o ignorante y sobre todo el marido, un verdadero caballo de Troya. Se suele hablar del machismo como de

una realidad vaga, inabita. En este relato adquiere cuerpo y hueso, se vuelve concreto, se incorpora y aprime todo el tiempo. Notablemente el narrador adquiere una intensidad existencial política.

Este relato tan parecido al de la piosísima española en la estructura autobiográfica y en la fertilidad de recursos para sobrevivir, es una piosísima al revés porque su ejemplaridad no surge de las reflexiones moralizantes del narrador —definitamente aquí no hay pios de ellas— sino de la voluntad de vida de la protagonista. La comunidad de miseria engendra en ella solidaridad y su costo es muy alto. Pierde hijo y marido. Pierde su pertenencia a la comunidad católica romana, pasa a la comunidad evangélica y se queda también sin ella. Se muere, al mismo cambio de la religión a la fe y de la fe al hombre. Pierde su principal trabajo —esto es, su corral y seguridad— siempre por el mismo motivo. Desde una perspectiva humana, social y religiosa el relato es realmente ejemplarizante.

El título de este libro, *Persegrinaje de Esperanza* emerge por la entrevistadora, queda por lo tanto plenamente justificado. *Persegrinaje* implica proceso y camino. *Persegrinaje*, leído como *paseo* tiene innegables connotaciones bíblicas. Leído como *paseo*, connota toda lucha popular en las grandes revoluciones sociales de este siglo. Leído junto con su complemento *persegrinaje* y de esperanza se titla de *incertidumbre*. ¿Dónde remata el proceso personal de la narradora, dónde su lucha, su voluntad, sus humanas ambigüedades? Como proceso de comunicación es un libro abierto, una obra muy abierta que desafiará al lector a interpretar y reinterpretarla y completarla. Para muchos será un libro decisivo. Esperamos que así lo sea. Para muchos jóvenes.

Elaine Espinosa

HABLA LA AMIGA...

Conoció a Luzmila Chirinos un día de 1986. Era un día que empezó como cualquier otro pero que marcó el comienzo de una experiencia memorable, el primer día de una amistad singular.

Apenas dos meses antes, la policía había matado a la hija de Luzmila en una refriada al confundirla con otra mujer. La joven era una de los integrantes del movimiento guerrillero Ejército Viro Garaje. Poco después de eso, la policía allanó la casa de la madre de Luzmila y al no hallar a Luzmila, llevaron preso a uno de sus hermanos. El hijo mayor, acusado de actividades subversivas, había sido capturado por la policía e internado en una casa de observación bajo custodia del Tribunal de Menores. En esta situación ella perdió el trabajo debido a que la consideraban un peligro para la institución donde trabajaba: podían perder el financiamiento extranjero si se llegaba a saber de su presencia. Sintióse en bajo custodia, perseguida y temiendo por su propia vida, angustiada hasta primero con sus hijos pequeños y luego sola, obligada a dejarse con la abuela. Halló, primero por el dolor de la muerte de su primogénita y luego por la separación de sus otros tres hijos y con la incertidumbre del futuro,

Recordo bien mis primeras impresiones de Luzmila. Pequeña, grandes ojos negros, tez oscura, pelo largo lacio, rasgos de raza india, apariencia humilde, sonrisa inabundante. Joven, muy joven para tener una hija de 19 años. Después averigüé que tenía 36 años. Resultaron. Comencé a hablar. La manera de hablar contrastaba con su apariencia. Que había estudiado era evidente. Conversamos. Conversamos mucho. Me contó parte de su historia.

Ya había cursado estudios de psicología en el programa de Entrenamiento de Asesores Familiares en IBERMÉ (La Asociación Latinoamericana de Asesoramiento y Ponería Familiar) y me había entregado un trabajo de estudio de caso para aprobar el curso "La Familia en América Latina Hoy". Se trataba de escribir, en aproximadamente diez páginas, una historia de vida de alguien que demostrara cómo el tránsito de por lo menos tres generaciones ha sido influido por el contexto sociocultural. Hasta ese momento yo no había encontrado al "caso" adecuado. Mientras conversábamos Luzmila y yo, pasé un rato y finalmente le pregunté si estaría dispuesta a compartir un poco de su vida empezando con la de sus padres para tener una continuidad de las tres generaciones. Ella estuvo de acuerdo y empezamos el trabajo. Frente a mí cuenta de dos veces: ella era una religiosa santa y tenía necesidad de hablar... realmente recibí una especie de terapia para ella al organizar sus pensamientos y tener quietos los recuerdos. Había momentos en que el dolor era tan grande que no podía hablar, especialmente en lo que se refería a la muerte de su hija.

Surgían muchas preguntas en mi mente mientras Luzmila hablaba: ¿Qué clase de mujer viene por madre una "guerrillera"? ¿De qué clase de hogar sale una chica que se hace "guerrillera"? ¿Qué es lo que lleva a una joven de 18 años a abandonar su hogar, dedicarse a la tarea de luchar por "una patria libre" y a los 19 años dar su vida por sus ideales? ¿Cómo escapa toda esta densura del esquema de la Iglesia cristiana? ¿Qué clase de relación podemos esperar en el futuro entre los cristianos y los jóvenes inquietos y decididos a vez cambiar? ¿Cómo

reaccionaría los líderes de las iglesias cuando los jóvenes empiecen a poner en práctica lo que ellos escriben como "el evangelio"? ¿Cómo reaccionaríamos al saber que el "pastorero" cuya foto aparece en el periódico es un conocido, un amigo o un pariente?

La idea inicial de escribir diez páginas pronto pasó por la ventanosa fiebre tanto material que parecía un animal desperdiciarlo y así el deseo de compartirlo con otras personas. Mi familia empezó a animarme a seguir con algo más elaborado. Recibí muchos alientos de parte de mi esposo Birmingham y de mis hijos René y Angela. Samuel Escobar vivió mis primeros esfuerzos y me animó a continuar. Varias veces nos reunimos con los jóvenes amigos que colaboraron con sus contribuciones para la introducción al libro y las reflexiones. Laura Gilpin participó con nosotros en estas discusiones. A todos ellos les expresé mi profundo agradecimiento.

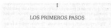
La vida de Laura ha sido tejida con un hilo de esperanza. Creo que la palabra "esperanza" es la que mejor la describe. En medio de los problemas de pobreza, enfermedad, muerte e incompreensión ella levanta la cabeza, mira hacia adelante, traza la salida y nunca pierde ni su confianza en Dios ni su fe en el pueblo. Incluso la vida dura sin amparo y sin un medio del dolor lleva una sonrisa. Al cambiar los nombres de ella y su familia, sentí la inclinación varias veces de llamarla "Esperanza" con mayúscula.

Mejorar como la han conocido a esta valiente mujer desde que ella me contó su vida. Otro día me daría gratitud para otro libro! Comparto ahora la historia que ella me contó, una historia de sufrimiento y dolor pero también de esperanza.

Joan Dickay de Padilla

Quito, Junio 1988

HARILA LUTIMELA...



LOS PRIMEROS PASOS

Yo recuerdo que en mi casa siempre vivíamos hermanitos chipiques, los mamá tenía bastantes —doscientos cuarenta y seis en la mayor. De esos murieron tres y quedamos ocho. Por un tiempo yo fui la única mujer y después se fueron más hermanitos.

Vivíamos siempre en el barrio de La Tola. Siempre vivimos en este barrio, un barrio pobre, pero en ese tiempo era bueno. Siempre vivíamos en un solo cuarto porque los arriendos ahí son eran muy caros. No sí, pero vivíamos en un solo cuarto y teníamos una sola cama para papá, otra para los hermanos grandes y una cosa que papá decía "cojito" para los pequeños.

Bueno, mamá tenía una linda costumbre: siempre nos leía cuentos. Se sentaba en las tardes cuando hacía lluvia y nos leía cuentos. Mis hermanos fueron felices, y yo también, pero yo era un poco desobediente. No me creía lo que me decía mamá y decía entre mí: "¿Ella mismo dice! Puede decir otra cosa". Sobre todo nunca conversaba al respecto de que los gatos, los perros, los ratones hablaban. Mi había visto nunca un gato con boca, ni había visto hadas. O sea, yo nunca había oído hablar a un ga-

ra. Entonces pensé: "Cuando sea grande y sepa leer, al leer los cuentos voy a ser el más así".

Por esta parte, mamá era religiosa. Le gustaba que las cosas se hagan y que así se le desahogara. En ese sentido era más fuerte que papá. Papá no ponía en la casa y siempre que venía, venía cansado. Pero mamá sí nos pegaba cuando no hacíamos las cosas. En todo caso, yo siempre estaba cuidando a mis hermanos chiquitos, ayudándoles a mamá. Mamá trabajaba. Papá trabajaba de carpintero y mamá trabajaba de empleada doméstica. Cuando éramos solo los dos mayores, nos llevaba a los dos a trabajar. Yo era más calladito porque quería que mamá me llevé todos los días. Mi hermano ronda bastante y mi mamá, mientras cocinaba, cogía un pedacito y le daba a mi hermano para que no llora. Yo no, yo me quedaba calladito no más a que me dé.

Yo después entré a la escuela. Cuando entré a la escuela, mamá me puso una condición: "Si de diez lugares, solo uno es el primero, ese es el tuyo. Los otros y nueve no me importan. El primero me importa". No te levantas que yo tenga notas buenas, solo quería que tengas notas muy buenas. Me vigilaba y apostaba todos los días en mis deberes. Me decía: "¿Hiciste bien lo mandaron la lección?" Yo decía: "Hiciste la página 15". Y ella decía: "Buena, hoy vas a leer hasta la 15". Y siempre tenía yo que adelantar la lección del día siguiente de todas las materias que tenía. Mamá me apostaba hasta que yo llegué al tercer grado. Como ella nunca tuvo más de tener grado, entonces yo no podía ayudarla. Y cuando me apostaba, me salían mal los deberes.

Papá no me apostaba. Él estuvo hasta el segundo grado y no quiso que yo estudié más que hasta primer grado, porque decía que las mujeres se casan o que escriben cartas a los enamorados. Pero mamá se empeñaba en que yo estudiara. Y entonces me mandaba a la escuela y en segundo grado las mañan (estudiaba en colegio de monjas) me daban los uniformes para que no salga de la escuela y mamá los daba. Cuando estuve en tercer grado, mi hermano entró en primero y mamá me dijo: "Ahora tú tienes que ayudar a tu hermano". Entonces así

como ella se portaba conmigo, era yo con mi hermano, y le corría los deberes y le enseñaba.

Mi gustaba estudiar y sobre todo me gustaban las premios. Mis profesores tenían un método de enseñar dando premios: por ejemplo, estampas, medallas. Yo estudiaba por las cosas que me daban y también porque me ponían bastantes puntos y porque me querían. Si estudiaba bien, más de lo que mamá me decía, yo estudiaba bien porque mis profesores me querían. En segundo grado ganó un diploma como la mejor alumna y me sentía muy feliz, y mi papá me regaló un suéter. Al empezar segundo grado, él no quería que estudiara, pero al final del segundo grado, cuando ganó el premio, papá estaba en la ceremonia y estaba feliz. Estaba bien feliz porque habíamos sido dos alumnos mejores en el año. Había un solo premio; entonces querían ser los Seriores y voló para mí el premio. Entonces el papá tenía que pasar al frente con la hija. Yo me sentía feliz porque mi papá y mi mamá me abrazaban y se sentían bien, y yo también. Y de ahí seguí estudiando.

No puedo decir nunca que estuvimos sin comer. Eso vino después. Sin embargo, ¿cómo podían eso? Porque vivíamos en un solo cuarto y cuando papá tenía que hacer un sueldo, nosotros alquilamos la casa y las sillas para dejar el puesto libre para poner allí el banco de papá para que trabaje. Le ayudaba mamá y nosotros le ayudábamos fijando las sillas, a comer, a tener las sillas, y mamá le ayudaba a lavar los platos.

Mamá era muy enferma. Tenía problemas con los pulmones. Papá no le pagaba a mamá. Lo que él, tomaba, y mamá se portó mal, y mamá parecía cuando era pequeña. Porque mi mamá tenía el cáncer bien fuerte, y cada vez que él tomaba era un día. Al otro día del que había tomado, papá tenía que ir antes de llegar a la casa, me llamaba. Se iba muy en la mañana a trabajar y a lo que regresaba, antes de entrar, me llamaba. Entonces nosotros salíamos y él iba a regalar, así como papá, tomaba, comía de comer, y me daba para que regresara a la casa. Así que, antes de entrar, él me mandaba con regañón para que mamá esté de a buena.

Una vez papá quiso comprar un terreno para una casa. Ya estaba trabajando en el Ministerio de Fomento como carpintero. Todo estaba bien para tener una casa—un terreno—y un día me vino papá todo el día, y ya muy de noche mamá decía: "Ya está comiendo", y estaba furiosa. Vivieron de noche los amigos y en esas primeras. Siempre cuando él venía llamado, los amigos venían antes para que mamá se calmar. Entonces, entró y mamá decía: "Ah, para eso son los amigos. Para eso sirven. Cuando se trata de dar de comer a los guaguas, ahí sí se se acorran". Entonces le dicen: "¡Basta, calma!". Y ella se quería ir. Y uno dijo: "¡Basta, Srta. Carmencita, no se acorran!". Entonces mamá dijo: "¿Qué pasó? ¿Qué pasó?" Y dice: "Nada. Es que la máquina le cogió a don Francisco". Mamá salió, y como iba quería salir. Entonces mi papá se aparece con la misma fama de vendijas. Y mamá dice: "¿Qué pasó?" Y le dice: "Es que la maquina, la maquina me corrió los dedos".

La maquina le había cortado un dedo y le había roto los tendones de los demás dedos, y el contrato que tenía que papá se acabó, porque era un contrato que tenía que cumplir, y si no cumplía se le quitaban. El contrato era la mitad del contrato y como ya no podía ir a trabajar, se le quitaron. No había en ese tiempo seguridad social para los que trabajaban al día, solo había para los que tenían constantemente y trabajaban por jornal. Papá no tenía seguridad social. En ese tiempo ya estaba haciendo política mamá. Entonces fue y habló con los dirigentes, y los pidió que le dieran una seguridad social (entonces estaba). Pero perdió el contrato, y no compraron ni el terreno, ni la casa, y seguimos viviendo arrendados.

En ese año llegó a tanto grado y papá me dijo que ya había estudiado bastante. Ya era todo lo que podía darles. Mamá no estaba conforme. Ya tampoco. Ya quería estudiar. Le dije que quería estudiar, y me dijo: "Si quieres estudiar, te pague eso, a por lo menos diezpaíses la sal de la comida". Entonces, a los quince días que salí de la escuela, me mandó a trabajar en una casa de empleada doméstica. Y me hizo eso, bien eso, porque como

quiera, yo había vivido con mis hermanos, y me dejó en esa casa. Me sentía como repudiada o algo así, pero que fui muy temprana y en la tarde llegó mi papá con el colchón y unas dos colijas como si me sacaron de una vida, y me dio ganas de llorar.

Mamá, unos días antes, estaba hablando conmigo, porque yo ya era grandecita. Yo le estaba haciendo una especie de cinco estrellas. Le pregunté: "¿Qué es?" Y me dijo: "Te voy a enseñar". Yo cuando terminé de hacerlas, me las empezó a poner en la cintura y me dijo: "¿Esa se pone así?". Le pregunté para qué me ponía esas cosas, que eran unas cosas como combiguerros, y me ponía entre las piernas y le dije: "¿Para qué?" Me dijo: "Ya verás. Yo te estaba haciendo grandecita. Pronto vas a ser mujer y cuando las niñas se hacen mujeres, empiezan a tener el sangrado". Y me contó lo que era la menstruación. Yo cuando había visto a mi mamá y no sabía qué era. Me explicó cómo era, y me dijo que las mujeres las tenían manchados y cosas así. Esto era unos días antes de irme a trabajar. Después me fueron a dejar, y yo tenía miedo y decía: "¿Si me tucan aquí en esta casa, si me pegan en esta casa y no está mi mamá?" A pesar de todo lo que me dijo mi mamá, yo pensaba que sí. O sea, siempre se asocia la sangre con el dolor.

Entonces me dejó allí y yo estaba en esa casa y muchas de las cosas que habíam en esa casa yo nunca las había visto en la mía. Yo las veía y no las sabía manejar. Un día la señora me dijo que hice un tortón. En ese tiempo tenía las tetas para los bebés. Yo fui a lavar el tortón. Yo no sabía que habían vidrios adentro y que se rompían. Y la señora se enojó mucho y me habló y me dijo que si molestando un año iba a pagar lo que costaba el tortón. Yo lloré toda la noche, toda la noche. Y en la madrugada salí. Me fui al escape desde una maquina sola a decirle lo que me había pasado y cuando llegué allá, mi maquina no estaba y pensé, pensé. Entonces le dejó una nota y me regresé a la casa.

Antes de las cinco de la mañana estaba entrando a la casa y me vio la señora y me dijo dónde había dormido, que me ha de haber ido con un hombre y ya tenía mis-

da. Y decía: "Si le llamo a tu papá". Yo me sentía mal. Fue a un cuarto que tenía y empezó a cambiarme de ropa y me di cuenta de que estaba manchada, y yo dije: "Ya pasó". Eso había pasado en la noche y yo no me había dado cuenta. Y se lavaba y lavaba, así que la señora vino y me veía y me dice que sí, que yo estoy así porque yo estaba con un hombre. Entonces vino mi papá de noche y se le contó y ahí mi mamá dijo: "No. Mi hija se va a la casa". En la casa mamá estaba bien tranquila, pero papá, no. Decía que soy una raga, una cochina, que no me gusta trabajar, que no soy cuidadosa.

LA HUIDA

Resulta que cuando mamá tenía problemas con papá, sobre todo cuando tomaba, y nosotros como chicos pequeños todavía le hacíamos tener ira, le desobedecíamos, no hacíamos las cosas como ella quería y entonces se ponía con ira. Yo ya estaba grande y empezó, no sé si porque estaba grande o por buena o porque estaba brava, pero me decía que yo no era hijo de ella y me decía que me había encontrado botado en un terreno donde había mala yerba y basura y que me había encontrado botado y arrojado en unos periódicos y que le daba mucha pena de verme allí tirado y que por eso me trajo a la casa. Me dio tristeza; me dio bastante tristeza. Ya tenía 12 años: estaba la primaria y había salido de mi primer trabajo. Papá estaba en la casa bien brava porque salí de mi primer trabajo y me había ido. Entonces empezó a pensar por "Claro, tienen razón de estar brava conmigo y perdona que después de la comida porque no son mis papás". Y estaba triste porque decía "¿Por qué le tengo que decir 'mamá' a ella si no es mi mamá?" y me decía haber sido brava y haber sido desobediente con ella. Entonces decía irme. ...

Me fui de la casa pero antes hablé con mi hermano. Le dije: "Si mamá no lleva mamá, qué hacemos?" Y me dijo: "Me lleva de la casa". Le dije: "¿Y qué más hacemos?" Entonces solo pensamos a pensar y decidamos algo. Bueno, yo me iba a trabajar y cuando recibía la plata para pagarle todo lo que ha gastado en nosotros, para recomponerle de todo lo que ha sufrido". Habíamos cuentas de cuánto valía un libro de libros, cuánto se tomaba un café en el día, cuánto valía la comida y habíamos para pagarle de todos los años. Ya tenía un problema y decía: "Bueno, y todo el amor y toda la atención y las cosas de cariño, y cuando me cura cuando estoy enferma y cuando me prima y esa, ¿cómo lo pago?" Se acordó que eso no había con qué pagar. Sin embargo, decidí que ya que no era mi mamá, yo me tenía que ir derecho allí, tenía que irme. Así que todos los días fui recorriendo un vecindio bajo el colchón hasta que tuve bastantes vecindios y mamá un día sacándome la casa, encontré las vecindios. Me dijo: "¿Qué hacen?" Le dije: "No sé". Me lo dijo cada día. Mamá era una vecindia las vecindios. Un día que mamá se fue al mercado, cogí todos los vecindios, los puse en una bandeja, cogí otra bandeja y diez colchones y así.

No sabía qué hacer. Buscaba trabajo. Tenía dinero y se hizo de noche. No tenía a dónde ir. Tenía una amiga que era maestra. Tenía mi colchón, pero como ella vivía sola, ella le apostaba a la mamá en un puesto y la mamá vendía en otro puesto. Quise irme donde ella temprano y no la encontré y volví a vagar buscando trabajo. Fui por el Ministerio del Trabajo, que ahora es el de Finanzas, pero en ese tiempo se llamaba Ministerio del Trabajo. Estaba al lado del Teatro Alhambra. Estaba parado allí pensando buscar trabajo. Entonces un hombre me dijo: "¿Qué buscas?" Le dije: "Trabajo". Me dijo que tenía un trabajo para mí y que le esperaba a las cuatro y media.

Así es que lo esperé hasta las cuatro y media de la tarde y a esa hora salió. Me dijo si lo quería, le dije que no y me invitó a comer. Entonces me daba de comer; yo tenía bastante hambre. En mi casa nunca habíamos comido cubiertos. Mamá creía que tenía algunos, pero guardaba para cuando habían invitados. No suficientes cu-

Miércoles nosotros, solo nosotros. Entonces ese hombre insistió y me enseñó a comer con cubiertos. Yo tenía bastante vergüenza, pero él me enseñó a comer con cubiertos. Me quedaba riendo y me decía: "Relax", y ahora siempre, siempre me acuerdo cómo aprendí a comer con cubiertos!

Entonces ese hombre me dijo: "¿Qué vas a hacer?" Le dije que yo era de Leticia. Tenía miedo de que sepa que soy de aquí y le dije que a mi mamá. Le dije que era de Leticia y que buscaba trabajo. Entonces me dijo que desde voy a ir y le dije que no sabía, que no tenía plata. Entonces me llevó a casa pronto por allí y le dije al señor que me dé un cuarto. El hombre de allí dijo que no, que yo era muy pequeña. Y él dijo que no, que solo me iba a dejar a mí para que allí durara. Entonces me pusieron en un cuarto y yo tenía miedo. Me cerré la puerta y lloré. No sé cuánto tiempo pasó cuando golpearon a la puerta. Golpearon duro, duro. Querían que yo abra y yo no quería abrir, porque el hombre me me dijo que me encierra y que no abra y que él vendría al otro día para llevarme a un trabajo. Entonces cuando me dijeron: "¡Basta!", no puedo quedarme aquí. ¿No puedo? ¡No puedo! ¡Salga! ¡Salga!" yo me volví, abrí la puerta y salí. En tal el hombre allí y me dijo que por qué no abra la puerta y dijo: "Porque usted me dijo que no abra". Dijo: "Basta, eres muy pequeña. Eres menor de edad y yo no puedo hacerle cargo. Vámonos que quieras. Yo no puedo hacer nada".

Eran las nueve de la noche. Estaba sola por la creación del tren. Yo tenía unos cinco sacos. Cogí un sacro y me fui al centro y de allí fui caminando hasta donde mi amigo que vendía carne. Ella vendía carne allí y se acercó de forma. "¿Qué haces por aquí?" Le dije: "Tengo un problema". Me dijo: "¿Qué?" Le dije: "Vine de Leticia a donde mi familia y no hay nadie en mi casa. Creo que se han ido de viaje y no me han dejado las llaves. Me tengo que dormir". No sé si ella me creía, pero me dijo que me quede allí hasta que venga la mamá. Cuando vino la mamá le conté y la mamá no me creyó, no me dijo nada. Me dijo: "Vámonos a mi casa". En la casa

solo tenía dos camas y ella tenía algunos hijos. Entonces nos repartió las camas: en un sitio las mujeres, en un sitio los hombres y dormí esa noche allí. Allí en la casa habían cueros y todos los animales allí mismo en las camas y yo tenía miedo.

Yo sabía que no iba a regresar, que tenía que seguir adelante así. El otro día madrugué y dije: '¿Qué hago? Voy por las tiendas preguntando quién quiere que trabaje'. Así es que salí de mi barrio y llegué cerca de la iglesia de San Blas y en una tienda me vendí, compré un pan y un plátano y dije: '¿Sabes, ¿quieres que yo te enseñe una cosa?' Me dijo: '¿Cómo así?' Dijo: 'Yo soy de Laturunga y estoy buscando empleo, estoy buscando trabajo'. Entonces me dijo: 'Sí, si tú quieres ven conmigo. Espérame. Yo mismo vengo a hacer los compras'. En ese momento vino una señora y le habló la diablita y me llevó a trabajar. Yo le decía que era de Laturunga. La señora era muy buena, pero creo que el marido le trataba mal porque siempre estaba llorando. Ella me mandaba al banco a esperar a él. Me dijo: '¿Conoces el Banco de Londres?' Como era a la vuelta de mi escuela el Banco de Londres, le dije: 'Claro, sí, lo conozco'. '¿Cómo así, entonces?' Le dije: 'Yo sí conozco el banco'. Como yo le decía que era de Laturunga, ella no sabía cómo contacta. Entonces me mandó al Banco de Londres a preguntar por el señor y espéralo a ver con quién estaba y qué hacía.

Me dijo que me iba a pagar 520 al mes y yo contaba los días. Cuando cumplí el mes, me me pagó. Entonces yo le decía: '¿Por qué no me paga?' No me quería pagar. Me dijo que no, que todavía faltan trece días para un mes. Entonces yo le dije que no, porque el mes tenía solo trece días. Me vola con una suplicancia y me decía que cómo sí. Le decía: 'Porque yo terminé la primaria y sé contar los días. Yo sí sé multiplicar'. Entonces me dijo que me largue porque soy reventada y no sé qué. Entonces yo dije: 'Y ahora, ¿qué hago?' Me pagó. Cogí mi ropa y salí.

Mientras tanto mi mamá me había estado buscando, me había ido a Laturunga, había hecho una cantidad de cosas burocráticas y había hablado a la policía. En

cuando yo salía cargada la maleta de mi ropa y a unas diez o tres cuarenta voy a comprar el periódico para hacer un trabajo y se para una patrulla con mi "¿Cómo se llama?" Digo: "Lucinda Ghiesina", ¡Bueno! ¡Adentro! Y me fueran a dejar en mi casa. ¡Ahí se acabó la primera aventura, la primera huida!

Mami decía que lo que ella más temía era que todavía era una niña y que tal vez tenía algún enamorado y que me había ido con algún hombre y mamá estaba investigando entre todos los marichanos del barrio a ver cuál se había perdido por esas fechas para saber quién era.

Después vino la parte de la investigación: ¿por qué qué me fui, qué para qué me fui. Entonces les dije que me fui porque ya no era hija de mamá. Y papá dijo: "¿Pero qué te pasa? ¿Estás loca?" Le dije: "Sí, porque mamá cuando ha estado fuera me ha dicho que no soy hija de ella". Mi papá se puso bravísimo, me mandó afuera y estuvo peleándose con mamá bastante rato. Casi nunca peleaban así: nunca papá le pedía ser bravo, ¡estaba bravísimo! No sé cómo ella explicó eso. Él me mandó afuera y nunca regresé.



EN MARCHA.

— Todos los días de ese año que no estudié pagé mi deuda: 'Me despierto la mañana de la escuela'. Yo me sentía mal, pero hacía en la casa las cosas con mis hermanos, les enseñaba los deberes a los chiquitos, los cuidaba. Y así mamá se iba al Centro de Salud y yo atendía la casa. Llegó el año siguiente y mamá me puso a estudiar. Me puse a estudiar y ya cuando entré a estudiar, siempre a cosas más problemáticas que en la escuela, porque en la escuela mis compañeros, por un tema de compatibilidad, así poco me me querían, porque veían que yo era la nieta de mis profesores. Tanto fuertísimas cosas y todo. Pero en el colegio no me querían. No sé, sentía que no era el mismo cariño, que no me querían mis profesores, que era más impersonal.

Yo me enfermaba, estudiaba, y por primera vez sentía la falta de los que me daban que soy india. Me daban que soy india, que la Chiriana es india. Yo no entendía. A veces me sentía mal. Desde pequeña me enseñó a jugar en las calles, a jugar con hombres. No le tenía miedo a nada. Yo sabía lo que es pagar y recibir y había jugado Fútbol, todo, todo, en las calles. Yo no le tenía miedo, pero tenía miedo a la ofensa. O sea, no me gustaba

atender nunca, pero tampoco me parecía que me olvidan. Entonces ya sentía que me olvidan. Cuando una vez una compañera me dijo eso y se acordó y yo sí quise eso, ella se apachó; no tenía la valentía de decirme lo en la cara. Entonces me regresó y le pagué. Le pagué con toda la foto. Le di en la espalda y ella toda del dolor y después lloraba. Mi compañera, después de esa lección, me volvió y no me decía nada.

Una vez una profesora, estando en examen, se acordó a otra y le dijo: "¿Cuánto le vas a poner a la Chinita?" Dijo: "Me es. Vamos a ver cómo viene". Era un examen de gramática. Dijo: "Puede estar". Entonces yo me regresé y le dije: "¿U por qué la Chinita, usted es la Tamberuco, ¿qué le parece?" Ese rato no me dijo nada, pero en la junta de otros niños que me captaban. Terminé el año y tuve muchas notas y pasaba de año. Cuando fui a matricularme en segundo curso, me dijeron que no podría matricularme. Y dije: "¿Por qué?" Me dijeron: "Llévese a su representante". Y fui con mamá. Entonces me dijeron: "No puede matricularse por alta, por gorda, por indeseable". Por parte del maestro un golpe. Toda la vida le habían dicho que era una buena aluna, que era una buena estudiante. Mamá dijo que yo le había hecho quedar mal, que era una vergüenza. Y me dijeron además: "Anda, pide perdón a la directora para que te acepte. Pídele perdón". Y yo no le pedí perdón. No quería pedirle perdón. Mamá lloraba. Lloraba y decía que le pidiera perdón. Y no le pedí perdón. La veritas me volé y me dije: "Ella no quiere seguir estudiando. Porque si quisiera estudiar me pediría perdón". Y yo sentía que era una injusticia, que no debía pedir perdón. Mamá me habló cuando llegamos a la casa. Dijo que yo le había hecho quedar mal, que era una vergüenza, que así mismo estaba perdiéndose todo el tiempo, que era una altagosa, una gorda. Yo no me había dado cuenta.

Al otro año más y no estudié porque mamá dijo que no iba a gastar en mí. Yo tuve una crisis de rabia. Le dije que siempre me arañando la tierra, pedía a cargar en el marido, yo iba a estudiar. Entonces mamá me dijo que no era tan flaco y que ahora sería lo que era trabajo.

jar. En ese año también papá me mandaba de la casa. Me decía: "Anda, después la sal de la comida". Era una frase preferida de él. Y me mandaba de la casa a buscar trabajo. Entonces yo mandaba a mis hermanos a la escuela y yo me iba a buscar trabajo. Y me encontraba trabajo. Salía en el periódico el aviso, yo compraba el periódico y decía, ¿qué sé yo, se necesita una maestra, por ejemplo. Yo me iba y para el puesto habían otras chicas que sabían y si se necesitaba una, habían treinta, habían veinte. ¡Qué difícil era! Después ya tenía cuatro años y mamá dijo: "Vamos a hacer un intento. Vamos a buscar trabajo o vamos a hacer otra cosa. Vamos a poner un negocio. Pero vas a estudiar en la noche". Le dijo: "Bueno". Entonces mamá puso un negocio de costuras.

Yo mamá me trabajaba de empleada doméstica porque como tenía más hijos cada vez, y como papá fue al Ministerio, entonces ya tenía un marido fijo. Él era carpintero en el Ministerio de Educación. Papá me quería que trabajara porque la mayoría de sus compañeros de trabajo no tenían a sus mujeres trabajando. Entonces papá me quería que mamá trabajara.

Mamá empezó a trabajar en los comités vespertinos y llegó a ser vocal principal de la Central Vespertina de Pichincha. Tenía una vida que se podía en las concentraciones —una cinta blanca y verde con las letras de "Central Vespertina de Pichincha"— y con eso desfollaba en las rifas. Salía a pagar propaganda y a pintar consignas en las calles. De madrugada, de noche, salía. Le decía a papá que lo acompañe. Papá quería la escuela, mamá la casa de engrudo, los papeles, las pancartas y el tinte de pintura y la brocha y se iba a pintar por el barrio. Él me era el activista; él tenía preocupación de que le pase algo de noche, como salía de madrugada, a las doce de la noche, a la una de la mañana. En ese tiempo las personas que pagaban propaganda de diferentes partidos, cuando se encontraban, se daban palo. Papá me quería con, y lo acompañaba. Pero por eso me daba lo acompañaba. No discutía, pero a veces papá iba de más la gana. Pero mamá era más fuerte que él, mamá le dominaba. Ella se podía concentrar y así entonces papá, ya

ta que no se enoja, iba con ella.

Después empezó a estudiar de noche en una escuela más universitaria. Se llamaba Universidad Popular. Daban clases solo los alumnos que estaban por graduarse en la Universidad Central. Daban algunas clases como parte de su entrenamiento. Eran cursos pequeños de contabilidad, enfermería, secretariado y ahí fui yo al curso de contabilidad. En esa época lo conocí a mi marido.

En cuanto a lo económico, se recuerda que éramos bien pobres y que vivíamos en barrios de pobres, pero siempre hemos vivido en barrios de pobres. Vivimos en La Tola y en las casas que vivíamos arrendábamos un cuarto y también habían otras señoras que arrendaban igualmente un cuarto. Habían muchos cuartos, un cuarto para cada familia. Era un barrio donde había guarderías y escuelas en cantidad, pero también un barrio donde vivía la gente que trabajaba en las minas. Yo me acuerdo de esto porque eran los hijos de las vendicinas de entre pagabanos con los casacaes de entre vacan cuando los casacaes no estaban. Con las tapas de las ollas nos metíamos en las cocinas a jugar con un combuchillo que se llama *sinata*, que sale de la madera. Es un material que se consume muy lentamente. Era bien bonito y nos gustaba jugar con eso.

Siempre vivíamos en esas casas y recuerdo que siempre teníamos hambre, porque mamá compraba medida la comida. Cuchucaba y en cada plato nos ponía cuatro pedacitos de papa y decía: "Nadie puede comer más de cuatro pedacitos de papa", y nos limitaba lo mismo en las otras comidas. Ella tenía la cantidad para cada comida y no nos daba más y escondía la comida. A nosotros nos gustaba lavar los platos para quedarnos a buscar dónde mamá guardaba la comida porque siempre teníamos hambre. Yo creo que todos los niños en ese tiempo teníamos hambre, padecíamos la misma cosa. También habían otras niñas que cuando nosotros fuimos al parque o a la escuela sabían pedir a las que tenían más o a las otras personas. Pero mamá nos decía que no debíamos pedir a nadie. Solía decir: "Un niño puede pedirle de hambre y no pedir a los demás, solo a sus papás".

En cuanto a lo político, yo recuerdo que en ese tiempo habían tres fuerzas: los liberales, los conservadores y los que no eran ni liberales ni conservadores—estos eran los velasquistas, lo que se podría decir el socialismo o populismo, porque Velasco en ese tiempo formó un Frente Nacional que intentaba abarcar a los que no estaban ni con los liberales ni con los conservadores. Los conservadores estaban en ese tiempo con el presidente que era Camilo Pozco y Gerardo Gándara Crespo que era candidato a la presidencia. Entre los liberales estaban Andrés F. Córdova, Gale Plaza, y Raúl Clemente Piñero como dirigentes. Y con Velasco ahora estaban líderes populistas y bastante parte del pueblo. Eran esas las principales fuerzas que yo recuerdo.

En ese tiempo estaban en campaña y pasaban muchas cosas chistosas en tiempos de campaña. Mamá era velasquista y trabajaba con los velasquistas. En cambio, en las escuelas nos decían las monjas que debíamos decirles a los papás que tenían que votar por el candidato conservador; si no, se iban a ir al infierno. Nos decían que la derecha es de Dios, que la izquierda es del diablo. Entonces nos enseñaban la vida de García Moreno, la vida de Camilo Pozco. Tenían las fotos de Camilo Pozco en cada sala y nos decían que debíamos decirles a nuestros papás que en la educación había enseñaban a votar a Dios, y nos hacían reír. Nosotros escuchamos cada hora porque nos decían que debemos reír por esos niños de las escuelas laicos y pedir a Dios para que así hagan escuelas cristianas y que esos niños se puedan salvar. Yo le sabía contar a mamá que la maestra decía eso de Gerardo Crespo, y mamá decía: "Ese es carachupa, ese es del gobierno, ese es conservador", y yo le decía: "La maestra dice..." "Lo que la maestra diga me tiene sin cuidado. Velasco ahora, el viejo, es el único que está con los pobres", decía así mi mamá.

Mamá también se peleaba con los de Gale Plaza, porque en los comités de Gale Plaza regalaban cosas. Regalaban botas, regalaban champús de cuero para que usen por esa lluvia. Entonces mamá, con otras señoras se iban al comité de los plásticos a hacerlos botas, a pe-

luz y a gritar: '¡Dio nos dió una champán! ¡Dio nos dió una buena!'. Mamá era una actriz militarista. Hacía un montaje en su actividad de militante que no era para ella una contradicción ser católica y ser voluntaria. No se hacía la, incluso con algunas cosas no se hacía la. Por ejemplo, ella no iba a misa todos los domingos. Decía que uno debe ir a misa cuando sienta devoción y no ir a 'estar haciendo mercedes para el diablo'. Lo que sí hacía era con flores y con algunas cosas así al año como mandaba la Santa Madre Iglesia, pero nada más.

Mamá me enseñó a una escuela católica porque le habían dicho que era un colegio muy bueno y era de una fundación: era el Instituto Pérez Párraga. Ella había sido pertenecer a una familia de estos apellidos. Como le habían dicho a mamá que era muy buena, entonces quería que estuviera allí. Además, ella siempre quería ponerme en la mejor. Otra cosa además, era un colegio gratuito. Los profesores eran unas monjas voluntarias, pero eran muy buenas maestras y en general yo me sentía bien. Ocurrió más en las escuelas; evaluaban el estado todas las tardes. ¡Ah! es que durante esa época pasó revolución!

En la casa, mi hermano y yo éramos los "moralizadores", porque mi hermano también estaba en una escuela gratuita católica para niños que se llamaba Domingo Rubio y nosotros éramos los moralizadores porque en la escuela nos enseñaban eso. Por ejemplo, nos decían que nadie debe trabajar en domingo porque era como estar en casa rico, que se estaba por un lado y salir por el otro; en domingo nadie trabaja sino que debe ir a misa. ¡Ah! nos enseñaban y después las monjas se inventaron un sistema de obligar a los padres a ir a la misa los domingos: era que cada padre de familia debía ir a la escuela y a la misa todos los domingos y después de la misa las monjas iban a informar a los padres cuál era el comportamiento de sus hijos en la semana. Entonces como mamá siempre quería saber al contrario: mi comportamiento, entre los días se turnaban a ir, una papá o una mamá, todos los domingos para preguntar por mí.

Mamá en tiempo de guerra me enseñó el catecismo y las

letanías. Como en ese tiempo la mayoría de la liturgia católica era en latín, mamá recitaba una semana en latín y una semana en español. En las letanías hay unas frases como "Tierra de David", "Tierra del Cielo", "Salud de los Enfermos", "Batalla de la Miliana", etcétera. Mamá decía y nosotros le respondíamos cuando era en español, "Venga por nosotros" y si en latín, "Veni pro nobis" y así. Entonces nosotros nos cambiábamos, veníamos sueltos.

Un día mamá, que igual que nosotros estaba cansada y tenía sueño, —cansada de las actividades de la casa, del Centro de Madres, del Centro de Salud, de la campaña, del comité voluntariado— estaba cansando, porque ella siempre ha sido así ante una obligación: algo que se le proponía, lo hacía aunque se cansara, ella seguía. Entonces mamá estaba cansando la letanía y en ese momento "Batalla de los Gargueros". Nos venían todos, nos despertamos de lo que estábamos durmiendo. En que Gargueros estaba en ese tiempo de candidato a alcalde por el partido Velascoquista. Mamá estaba muy preocupada porque el candidato rival por los liberales era Julio Moreno Espinoza y la campaña estaba bien refrendada y habían varias razones para pensar que podía ganar Julio Moreno, como en efecto ganó. Entonces mamá estaba todo el tiempo diciendo en cualquier lugar: "Gargueros! Gargueros!" y me imagino que era por eso que a mamá le valió eso. Mi papá ni mamá podíamos controlar la disciplina esa día porque a ellos también les parecía gracioso.

Papá participaba también en la actividad religiosa. Me recuerdo que una vez la semana nos traía un cuadro a la clase. Los cuadros lo vimos en todas las clases. El cuadro decía: "La familia que vive unida, permanece unida". Nosotros como fuimos las generaciones de la casa, decíamos en la casa todo lo que nos enseñaban en el colegio. Entonces yo les decía: "La familia que vive unida, permanece unida", y mamá también nos contaba que cuando ella era pequeña el papá le enseñaba a todos los empleados en la tarde y les hacía reír. Entonces ella tenía el hábito, mamá ya tenía esa costumbre y esperaba que venga papá y nos poníamos a reír.

— Nos conocíamos mucho porque había que repetir las mismas cosas: un Padrenuestro y diez Ave Marías. Como no podíamos rezarlas, yo recitaba con los dedos las diez Ave Marías y decía: "¡A qué hora se acaba!" Eran cinco cuando Ave Marías, cinco Padrenuestros; las letanías eran que eran como treinta o cuarenta. Entonces cada rato estaba preguntando: "¡A qué hora se acaba!" ¡A qué hora se acaba!" Como yo tenía los dedos a las diez de la mañana iba a once y a la una de la tarde a rezar el rosario —esto todas las días— y cada hora tocaba el timbre y rezábamos en el cambio de hora, entonces el rosario cambiábamos y eso que cuando solo rezaba en la mañana./

ENTRADA AL MUNDO DEL TRABAJO

Papá siempre insistía en que salga a trabajar, que busque un trabajo. Yo le ayudaba a mamá en la tienda a trabajar. En ese establecimiento de comida yo hacía las cosas, distribuyo, todo lo que me decía mamá, porque yo era la más fuerte, la más grande. En ese tiempo mamá tuvo su último hijo. Pero papá quería que yo salga a trabajar y gane en otra parte independientemente y yo no encontraba trabajo. Por ese entonces yo ya era más fuerte. Era más mujer. Ayudaba haciendo trabajo y había gente que decía: "Mia, ¿quieres trabajar?" Y pégase que yo le decía que sí. Generalmente eran hombres y los llevaban a las colectivas a trabajar y abusaban de ellas.

Una vez que alguien me llevaba a mí así a trabajar, me dijo: "¿Quieres trabajar?" Yo le dije: "Sí, yo estoy buscando trabajo". El me vio con el periódico en la mano y me dijo: "Te tengo un puesto para cerca de 800 personas". En ese tiempo era como decir 80000 le dije: "¿Qué hay que hacer?" Me dijo: "Aquí, no más. Es en un hotel". Y me fue con él. Pero nosotros nos conocíamos en la calle, en el mercado de trabajo, nos conocíamos las chicas que buscábamos trabajo. Y entonces una chica me dijo: "Oye, ve". Yo me quería que ella me viera porque dijo: "Me

va a quitar el trabajo", y me hizo la que me la vi. "Oye, venís", y yo nada, nada. Yo negaba. Yo pensé que el hombre me oía. Yo le dije: "Esperame un minutito". Y él me dijo: "No le haga caso". Le dije: "No, espere". Me dijo: "No, no le haga caso. Venga. Y yo digo andando y me digas atrás la china. "No, le oíste a tu mamá", me dijo. Le dije: "¿Qué pasa? ¿Qué pasa?" Y me regresó. Le quedo riendo y ella me falta de la mano y el hombre estaba parado. Me falta de la mano y me dice: "No te voyas con él". Yo le digo: "¿Por qué?" Y ella me dice: "Ella es cierta que él te dice que te va a dar trabajo contestándole el teléfono en un hotel?" Yo le digo: "Sí. ¿Te lo diría a ti?" "No. Yo le que te digo es que no te voyas con él. Es un hombre malo". Yo le digo: "¿Por qué?" "Porque a este hombre le gusta rugir a las niñas para perderlas". A mamá ya le había oído decir una vez que una niña siempre debe cuidarse de que los hombres no le pierdan. Yo me sabía de qué se trataba, pero mi mamá me había dicho. Así que ya le dije a ella: "No me voy". Y me regresó a decirle, pero el hombre ese momento se iba. Se iba a pasar bien rápido. Me fue la única vez que cuando iba a buscar trabajo habían hombres que me decían lo mismo.

Luego que salí del trabajo desde la señora a la que le rompí el trenzo, luego después me fui a trabajar desde una señora que se llamaba Mercedes y tenía un niño de bellota y muchas almejas. Pero lo que me me gustaba era ella, porque le tenía miedo. No sé, era muy misteriosa y cuando iba mi papá le decía que me vigile mucho. Le estaba esperando a arreglar unas flores y no sé si fue mi culpa o de ella, pero entre las dos se nos quedó un hombre y se puso furioso. Yo le dije que no quería trabajar con ella. Entonces me convertí en un cuervo para que ya no me viera, pero me escapé haciendo la ventosa. Era era mi segundo trabajo. Con lo que quedé en ese trabajo me compré flores: un libro de acrílo de magia y otro que se llamaba El Dominio de la Voluntad y yo leía ese libro porque me gustaba. Al principio creía que era algo como que me hipnotizara o dominara mi voluntad. El libro decía: "El control aprende a dominar la voluntad, pero esa vez quiere muchas cosas y mucha resistencia", y era bien bon-

sino el libro.

Después de ese trabajo en un restaurant lavando platos y un día que me fui a traer más para hacer bistec (tenían cocineros el más en una habitación en el tercer piso), uno de los salones cabía sólo mí y quien visitamos. Yo grité y bajé corriendo y el dueño del salón me dijo que le llamo a mi mamá. Yo le avisé a mi mamá y mamá fue. El dueño le dijo: "No quiero una muchacha coqueta en mi negocio". Y salió del trabajo y pensé que mi papá me iba a hablar, pero no me habló. Mi papá no me habló, ni mi mamá, y me llevaron donde el médico para que me examinara. El médico había conmigo primero. Me preguntó cómo había sido. Le conté y después me examinó y le dije a mi mamá que no se preocupe, que no me había pasado nada.

Luego después de eso, trabajé en un almacén que vendía muebles triple, muebles para hacer puertas y divisiones maderadas, pero lo principal era la madera y la hornita. Yo trabajaba allí y me sabía manejar una sierra, nada. Yo tenía un poco más de carrera ahí. Yo tenía alguna experiencia y el dueño me dio trabajo allí. Un día me dijo: "Yo le pago horas extras. Quieres a trabajar para hacer unas cosas". Y a mí me gustaba. Yo recuerdo que me gustaba cuando estaba en la escuela saber las monedas de todo el mundo. Entonces me dijo: "¿Tienes más las monedas del mundo?" Algo así me habló, pero yo le había dicho antes algo. Le dije: "Sí". Me acordé que las monedas son nuevas, las monedas alemanas, y entonces me dijo: "Ayúdame a hacer un catálogo de esas importaciones". Le dije: "Bueno". Me dijo: "Bueno, entonces comencé el almacén y vamos a la tienda para hacer un inventario". Yo dije: "Bueno". Y fuimos a la tienda y él en la tienda quería una cosa, ¿no? Me quería hacer el inventario. Quería usar la fuerza conmigo y yo regalé una máquina de escribir y se la llevó a las piernas. Ahí habían bastantes máquinas de escribir. Y él me dijo: "Desgraciada. No sabes cuánto vale una máquina. ¡Hey! No, no sabes de aquí". Y entonces yo le dije: "A mí no me importan cuanto valgan esas máquinas. Yo voy a ir comprando todas las máquinas hasta que me abra la puerta", porque

el no se quitaba de la puerta. Entonces rugí otra máquina y le hice contra el suelo, y rugí otra, y entonces, ¿qué haces? me dijo, y se lanzó hacia las máquinas. Entonces ya él la sacaba y abrió la puerta. El momento que abrió la puerta escuché dos tipos más. ¿Conoces ya le dije: "Si usted quiere putas, véngase a la 30,¹ ya viene a trabajar". Y me salió y los hombres se veían la cara todos contentos. Yo llegué a la casa y lloraba, lloraba, lloraba fantásticamente. Y mamá dijo: "¿Qué te pasó?" Entonces le conté. Y mamá al otro día bajó con un cachillo a decirle que salga y él se salió. Había cogido otra empleada y con esa empleada mandó a que me entregara \$1.00 de lo que había trabajado. Con esa plata mi mamá me compró una colcha.

Después trabajé en una fábrica de hacer caramelos. Era una fábrica bien casera de hacer caramelos. Hasta ahora sé cómo se hacen caramelos. Hablamos con mamá y chachitas. Nos pagaban 20 centavos la libra de caramelo hecho y pagaba el papel-celofán, envuelto, listo para vender. ¡Qué barbaridad! Yo pensaba a veces un centavo diario, dos centavos diarios porque era tan duro. Significaba hacer cinco libras, diez libras, y el caramelo no pesa. Era bien duro, ¿ver? Y entonces había que hacer todo el proceso de elaboración de caramelo, hasta el más, desde la pastulina y el chocolate. Yo era muy muchacha y no tenía la experiencia ni la rapidez, porque allí pues habían otros que hacían 25 libras diarios. Y ya me amonaban. Entonces al mes me dijo el dueño que él necesitaba gente que tenía experiencia. O sea, él pensaba en la proporción en que sus obreros eran valerosos y ya no era valiosos.

Así fue la primera vez que me sentí frustrada de un trabajo porque fue la primera vez que lo perdí porque yo no servía. ¡Lloré. Tenía mucha frustración y me fui de la casa porque se decía: "Yo no valgo para nada". Esta fue la segunda vez que me fui de la casa. Me fui a Lancaster a buscar trabajo. Así es que dije: "Allí me han de dar

1 La Avenida 24 de Mayo, conocida sólo de prostitutas.

ga a buscar trabajo. Así es que dije: 'Bueno me han de dar trabajo', y fui a buscar trabajo y mi papá fue y me trajo de allí. Papá tenía un hermano de padre que mi abuelo había tenido en una mujer porque siempre era muy mujeriego y yo tenía unas primas lejanas, así fue sabiendo ir en Laticunga. Entonces papá fue y me trajo de allí. Creo que yo largué allí y ellos le fueron a avisar a papá. En todo caso, mamá, cuando yo regresé, me dijo: 'Dí le que me siento tranquila en que donde voyas, vas sola'. Me había un hombre, porque me lo usaron la primera vez. La había tenido el dueño de la cocina. Entonces había que si una vez, me voy sola, porque tenía espíritu aventurero.

EN LAS HUELLAS DE LOS ANTERPASADOS

Mami siempre nos contaba que ella fue huasteca de padre y madre a los diez meses y que siempre se crió con unas tías. Primero con unas tías que la trataban mal, que la maltrataban mucho y luego de ellas y se fue donde una tía que la quiso y la crió y que la trataba bien. Mami decía que ella quería que nosotros la queramos mucho, porque ella no había tenido una mamá a quien querer o a quien hacer sufrir. Yo siempre quise tener abuelos, tías, y así, y yo le solía preguntar a mami por qué otros niños tienen abuelos, tías, primos y yo no tenía. Entonces ahí ella me contó que era huasteca y así que se crió con las tías.

También mi mamá perteneció a la zona sur de la patria, a la provincia de Loja, y en esa zona, así como en la sierra alta del país hay haría el norte los tsafikiungos y los tsafikiungueros, hacia el sur del Azuay en Loja, hay los "arimados". Los arimados son los mismos que los tsafikiungos, el mismo sistema de cultivar la tierra; es decir, el sistema feudal. Entonces se puede decir que mi mamá era una arimada. Sus familiares también y su padre y su madre también habían sido arimados. Y mami, cuando ya la zona de la había mandado a la escuela, en

nave de primera a tercer grado y al pasar a cuarto grado la tía no le podía seguir mandándole a la escuela y el papito dijo que ya tenía edad para pasar a trabajar en la casa de la hacienda. Entonces mamá dejó de coquetear y pasó a trabajar en la cocina de la hacienda para los trabajadores.

Luego, cuando tuvo doce años, me contó ella que salió de la hacienda y se fue a trabajar en Portoviejo, a trabajar en un hospital que atendía en su mayoría a los mineros de Portoviejo. Siempre me ha contado mamá que ella tenía mucha ira porque los mineros robaban el oro y los extranjeros se llevaban el oro y los mineros iban al hospital tuberculosis. Ella se quedaba hasta bien de noche porque en el día trabajaba y en la noche planchaba y me decía que cuando le daba sueño de noche y tenía bastante tarea, dejaba la plancha y se fue a meter en el agua para que se le dé sueño. Cuando ya tuvo doce años, mi mamá empezó a tener traumatismo y el médico decía que era por eso que ella había sabido hacer de joven. Allí en el hospital había trabajado un año y después se vino a trabajar en Quito. Mientras en día vivía, mi mamá le mandaba dinero de lo que ella trabajaba. Esa es la historia de mamá.

Mamá tenía un carácter rebelde. No llevaba siempre a trabajo, pero me decía que no debemos decirle "señorita, túta o paterata" a nadie de la casa. Lo que sí podía decir era en su día, porque ella trabajaba y ella recibía los sueldos, que ellos eran los patrones de ella, pero no patronos de nosotros, así es que no debíamos hacer eso. También mamá me contaba de un señor que se llamaba Nahum Belones. Este señor era una especie un owner de haciendas que andaba por las haciendas, que cogía sucos de los dueños de las haciendas y los repartía entre los armados y los pobres y decía que la única diferencia entre los ricos y los pobres era que los ricos-ruman y los pobres no comen. Eso también me sabía decir mamá, que nosotros somos iguales a cualquier niño y que si nosotros en la posición de que a nosotros nos digan "niños", nosotros podemos decirles "niños" a ellos, porque la única diferencia entre ellos y nosotros era que ellos comían

mal.

Mamá no le enseñó a Natham Britton; a ella le enseñaron de él. Yo siempre creía que era como un cuento, así como se cuenta de los duendes, pero hace dos o tres años la prensa del país empezó a sacar datos biográficos de Natham Britton y el diario *HOYT* decía algo así como "el bandolero sentimental". Otro nombre que le ponían era "el Robin Hood canadiense", porque él andaba haciendo eso y él parece que incluso tuvo contacto con las tropas montoneras de Elroy Alford. Pero su mayor labor era enseñar a los hijos de las haciendas y pedir rescate para luego repartir el dinero entre los arrieros y los pobres. Mamá decía que los arrieros le protegían en sus carretas. Eso es lo que mi mamá me ha contado.

Mi papá me contaba cosas buenas de mi abuelo — cosas buenas buenas y otras no tan buenas. Una de las cosas buenas era que él tenía caballos y que andaba a caballo y que era un hombre simpático. Cuando me fui a Laramie, cuando era grande, la primera que hice fue preguntar a las personas que le habían conocido a mi abuelo cómo era él, y me decían que era un hombre bien alto, que medía dos metros cinco, era un hombre simpático, que él se hacía molle y que andaba en caballo. Eso me gustaba porque mi papá me contaba cosas de él. Pero mi abuelo había muerto cretando los pulmones a consecuencia de un resaca y la abuela había muerto loca en el Hospital San Lázar. Mi papá tenía solo siete años y media cuando estaba viviendo solo él y el hermano en el Pomerillo y mi abuela en el Hospital San Lázar, que era una mala situación del Pomerillo. Un día mi papá bajó a dejarle la comida a mi abuela y la mujer le tiraba agua bendita a la abuela. La abuela ya estaba muriendo y entonces se acordó papá y ella le dio la bendición y murió. Papá sabía decir que ella le salvó representando para morir.

Luego de que la mamá de papá murió, papá pasó a poder de un señor de apellido Quirós que era médico y que tenía un local de foliar en Laramie. El abuelo le había dado el poder a ese señor para que como tal se cuidara los ojos en caso de que él muriera. Mi abuela, di-

en papá, tenía bastantes tierras en el Panecillo y en Latoranga tenía muchas tierras. Pero así mismo, decía papá, que eran terrenos mal habidos porque mi abuelo gustaba de poner en litigio judiciales con todas las partes que vivían alrededor de sus terrenos y ganándoles los juicios se iba agotando del terreno de las demandas tal punto que cuando vino a Quito, compró tierras en el Panecillo porque ya no le quedaban en Latoranga por esas cosas y lo habían heredado, decía él, porque de pronto enfermó y una vez había enfermado una hija de su enfermería junto a la puerta. Entonces él había curado la tal y decía que por eso se había enfermado y había tenido que ir al hospital y al día que él había salido del hospital, a pocas horas le acabaron y le enterraron los pulmones.

Entonces, cuando papá fue a poder de mi señor Quiroz, con su hermano, los trataba como si fueran esclavos. Los pagaba mucho y los tenía de la mañana a la noche trabajando. Solo quedaban dos hermanos. Habían sido en un inicio cinco; luego habían quedado dos. El hermano se llamaba Guillelmo; mi papá le decía "Guill". Su hermano por lo poco fue perdiendo la vista. Entonces papá le decía a este señor: "Mi hermano me puede trabajar". Le tenían durmiendo en una caja el hermano y mi papá trabajaba bastante para hacer las cosas de él y del hermano. Papá pidió que lo manden a la escuela y el señor no quería mandarlo a la escuela. Una vez le dijo: "Yo te mando a la escuela si haces todas las cosas, arreglas la casa y por eso todo me ordena". Entonces papá se levantaba a las cuatro de la mañana, dejaba todo listo a las cinco, se iba a la escuela y cuando volvía, tenía que continuar con las tareas y se acostaba todas las días a las once o doce de la noche. Las cosas de trabajo mi papá nunca dejó hasta el momento que dejó de vivir con nosotros; nunca dejó sus cosas de trabajo. Trabajaba siempre así y así había trabajado a nosotros también así.

— Papá llegó hasta segundo grado cuando murió su hermano y mi señor Quiroz le dijo que ya no podía seguir dándole educación y papá llegó. Además, el hombre dijo que le decía "Mamá, si te voy a ayudar, pídele lo que

te dejó en mal". Pero creo yo que papá no le daba tanto valor a lo que tenía y más era un niño que quería hacer del maltrato y al ver que ya no le iban a dar escuela, luego, le dio papá que fue hasta Guarapil y que ahí hizo de todo desde heladero, vendedor de jugos, panadero, vendedor de cacahuetes, hasta papelería y millinería y sabía decir: "A pesar de todo lo que he hecho en mi vida, nunca estuve preso; siempre fui honesto". Después vino a Quito, le enseñó a mamá y se casaron.

Entre los tantos oficios que tuvo papá también estuvo el de carpintero. Cuando estaba en Guarapil para sobrevivir tenía que hacer de todo; entonces también aprendió la carpintería. A pesar de todo, no pudo ser lo que siempre quiso ser. A pesar de todo lo que él vivió, papá decía que quería ser abogado. Me dijo una vez cuando yo tenía diez años y me dio una pena que me muriera que él quería ser algo que no era, y me hizo un propósito de que no sé si podría cumplir alguna vez. Me hizo el propósito de que antes de que muriera mi padre, le enseñaría a manejar.

Entonces mi padre se conocieron en Quito. Mi padre, nacido en Latacunga, formado en Guarapil; mi mamá, nacida en Loja, trabajando en Quito. Mi papá, carpintero; mi mamá, empleada doméstica. Mamá era mayor que papá. Mi papá aún no cumplía los treinta y mi mamá ya los había cumplido y tuvieron once hijos. Mi último hermano tiene veintidós años; mi hija menor en este momento tiene nueve años. Ellos dos se criaron casi juntos; él era su confidente.

Mamá me contaba que inicialmente ella no quería casarse, que era muy independiente, que tenía todos sus cosas y que tenía su vida hecha y no tenía interés en casarse. Mamá me contaba que siempre se decía: "Vuelvo estar sola que mal acompañada". No quería estar sola por el matrimonio.

Mamá me contaba de sus primeros años y de lo que más se acordaba y me ponía de ejemplo. Nos decía que empezaron viviendo una cama angosta, de una sola plaza. Tenían dos platos, dos tazas y dos cucharas, además dos ollas. Y siempre trabajaron los dos juntos para sa-

car adelante las cosas y que papá ganaba muy poco. Mamá, para ayudar en el gasto y para no pagar de la comida, como ella era empleada doméstica, ella siempre cocinaba un pequeño más y llevaba para la casa en la noche. Mamá trabajaba en casas hasta que tuvo tres hijos.

Mamá decía que el parto para que yo nacara fue muy duro, todos todos porque yo estaba mal colocada; sufrí como ocho días. También el último parto fue duro para mamá: sufrió dos días luego de haberse reventado el agua de fluente. Esto le sucedió en la casa y yo nunca había visto esto antes. Era mi mamá no me contó y yo me sabía cómo venían los niños y yo tenía todo lo que decía la gente, sin tener idea de cómo era. Cuando se reventó el agua de fluente en la casa delante de mí, yo sentí como que me hubieran empujado, porque pensé que ya me habían contado todas las cosas. Yo tenía cuatro años y sentí como empuja. Eso, en cambio, fue diferente con mis hijos; a ellos yo siempre les conté la verdad acerca del cuerpo y al sexo y de cómo venían los niños. No me parecía bueno ocultarles.

Volviendo al último parto de mamá, ella sufrió veintenta y ocho horas y al niño lo sacaron con fórceps. Sin mucho tiempo de eso empezaba la menopausia para mamá. Mamá quiso limitar la familia y fue a decirle al sacerdote que no quería tener hijos (mamá me contaba esto cuando yo ya era mamá) y me decía que el sacerdote le dijo que debía tener hijos porque era era la cruz del matrimonio y que ya que se había casado, debía seguir teniendo hijos porque cada niño viene con la palanqueta bajo el brazo. Sin embargo, mamá estaba consciente que frente a la situación económica que vivía no podía seguir teniendo hijos y mamá dice que para ella le llegó la menopausia como liberación. Cuando mi hermano tenía dos años y medio, mi hija nació y entonces recién estaba implementándose el programa de planificación familiar. Cuando le conté esto a mamá, me dijo: "¡t los niños que vienen! ¡Cuánta hubiera querido yo esto! No me arrepiento de los hijos que tengo, pero hubiera podido evitarlos mejor si hubiera sido mujer".

UN CAMINO, DOS DESTINOS

Yo estaba estudiando en la noche y trabajaba de día y un día llegó Julián a la casa buscando a una familia. Como el nuestro era un lugar de reunión, un salón de comidas, entonces lo gente siempre llega a esos lugares cuando busca a alguien. Llegó preguntando por un señor y nosotros le dijimos que no sabíamos. Nos dio las señas y nosotros no sabíamos. Él quería agradecerme, no solo preguntas, y pidió algo de comer. A mí mamá me ha gustado que nadie me diga nada, nada como píeques o cosas así. Y él empezó a decirme píeques y yo me fui a mi cuarto. Entonces mamá me dijo: "Sírvale al señor". Y yo le dije: "Má", "Sírvale, te digo". Y yo bajé las escaleras, le serví las cosas y ¡pum! todo en la mesa. Me acuerdo que él me dijo: "De sus manos, aunque sea veneno". Y yo me puse feliz.

Ante la comida y siguió hablando, hablando a visitar y no solo a visitar, tenía que comprar. En esos días mi madre día a día a mi último hermano y llegaba a visitarlo a mamá. Le traía cosas de comer, generalmente golosinas. Y a mí, eso me gustó. Yo soy así siempre que alguien hace algo por los míos, y eso me alegraba. Entonces empezó a verlo de otra manera. Pero de pronto mamá se me hizo ocurrirle que terminarlo siendo mi marido. Mamá

me decía "Verás, verás, que ese señor anda detrás de algo". "Que anda, paterico", decía yo, y no pensaba que me iba a caer.

Pero después seguía viniendo, viniendo, y los llevaba a mis hermanos a poner y a mí no me llevaba a ninguna parte. Decía a veces que quería irse al cine y nos llamaba con mi papá y con mi mamá hasta que un día me dijo que me quería. Yo me quedé sorprendida y no entendí lo que decía. Como siempre me ha gustado escribir desde que era pequeña —algunas veces he empezado a hacer cosas y las he abandonado— entonces le escribí una carta y entre las cosas principales (que siempre me ha interesado), yo le decía: "Máxime una cosa: verdad que eres pataleta mentira", y que yo no le quería porque quería a otra muchacha. Entonces él vino y llamó y me dio la carta las pueras. Y yo le decía que no. Entre una vez al mes de septiembre. Una vez noviembre y me dijo que qué había pensado y le dije que bueno, que yo no quería al otro muchacho. Me dijo que por qué no hacemos la prueba. Le dije que bueno. Yo tenía casi quince años y él tenía veintiocho. Así fue el inicio y después nos casamos.

No vivimos juntos precisamente, pero hablamos todo de relaciones antes de casarnos. Primero, no quería casarme y fui de la casa. No quería casarme con él. Toda miedo, miedo de casarme. Por otro lado, quería independencia, porque papá todos los días me mandaba de la casa para que busque trabajo y yo no sé si me podía empujar o si tenía miedo de las personas que se acercan a una chica en la calle a decirle si no quiere trabajar. Así es que quería ya esa libertad y decía "Casadime me voy a casar a nadie que me diga que busque trabajo y yo he de hacer lo que me di la para". Pero por otro lado, toda miedo. Entonces me había que enfrentar al marido.

Cuando ya hablamos todas relaciones con mi marido, él se veía con cierto derecho sobre mí. Entonces me presionaba. Por ejemplo, me presionaba para que tengamos relaciones cuando él quería porque era bien celoso. Quería que me casara a nadie, que vive presionando. Le molestaba cuando sabía que había salido a la calle. Me decía: "¿Por qué saliste?" Le decía: "Porque mamá me mandó".

Entonces vendrán las pelotas y por eso tenía miedo y estando así no quería casarme y me fui de la casa. El me fue a traer cosa que me pagó lo había culpado a él: "Venid más débete más mi hijo". Y él le decía: "Si no está conmigo". Y pagó le decía: "Si no está con usted, está en Laramanga. Esta es la diversión. Así es que se va y le trae".

De allí regresé a la casa y en eso me me el cuento que estaba emborrachada. Me dio, pánico, pánico por mamá. Decía: "Mamá va a morir". Mamá no sabía nada y yo decía: "¿Y yo con un hijo, qué hago?" Dijo: "Bueno, voy a traerlo". Y después pedían: "¿Y si él no quiere casarse?" Entonces dijo: "No, no voy a decirle que tiene que casarse conmigo. Si quiere, se casa, sí, no, no. Pero yo me voy de la casa donde mamá me venga de esto. No tengo mi hijo. Yo he de trabajar de lo que sea. Ahora si voy a ir a hacer por el hijo que viene". Yo tenía un propósito más de quince años.

Entonces mamá, con esa cosa que tienen los madres, me llamó un día y me dijo: "¿Qué te pasó? ¿Ente casa. Me sé que te pasó. ¿Me te pasó nada?" Entonces me dijo: "La hora de irme antes de que mamá se del cuento", y me iba a ir. Pero dijo: "Ea malo que me voy sin decirle a él lo que pasa. Tiene que saber. Si quiere casarse, bien". Entonces se lo dije y cuando supe que estaba emborrachada, me me creyó. Dijo que muchas chicas hacen eso para obligarle al hombre, para chantajeárselo que se case. Y yo le dije: "No, yo no quiero que se case conmigo si es por obligarlo. Solo le cuento para que sepa y no digas que me lo arrojé". Después él se preguntó cómo y me dijo: "Ahora, qué hacemos?" Él tenía veintiocho años y me dijo: "¿Qué hacemos? Si fuéramos mayor de edad, nos fuéramos y nos casáramos este rato, pero así, me van a traer a la cárcel". Le dije: "Cárcera. Entonces vengamos de la casa". "Sí", me dijo. "Desde esa, yo voy a trabajar y cuando ya seas mayor de edad, ahí nos casamos". Le dije: "Bueno".

Entonces así me la cosa, pero no sé cómo mi papá se dio cuenta. Debíamos vernos con mi marido en algún sitio y de allí irnos. Fue a esa casa y mi papá estaba ahí con él. Nos llamó diciéndonos que éramos cosas inconsecuentes.

tes, que pensábamos solo en nosotros y no en los padres, que por lo menos debíamos decirles y que ellos como padres tenían el derecho de saber. Entonces él le dijo a mi papá que estaba ya embarazada y mi papá se puso mal. Fuimos a la casa y mi mamá lloraba y decía que lo va a matar a él. "Má voy al parol, pero a dote, le mato" Y lloraba y me veía a mí y me decía: "Mí hijo en quien puse todas las ilusiones. Yo pensé que ella iba a ser lo que yo me puede ser. Mí hijo, mi hijo que es inteligente. Mí hijo que es serio, que es lo otro". Cómo me hacía sentir, cómo me arrepentía? O sea, me arrepentía porque para mamá era como si me hubiera muerto. Decía cosas tan tristes como si fuera el fin de mi vida, como si realmente era acabar con todo lo que yo podía ser como persona. Le dije: "Má, yo no me fue acabada. Yo voy a estudiar". Me dijo: "Má, eso es lo que dicen ellos, no me importa que se quede con el hijo. Se queda con el hijo, pero no se cura".

Entonces yo me hacía problemas y decía: "Má él no le quiere reconocer al hijo?" Y ahora, ¿qué le diré a mi hijo cuando nazca, qué le diré del papá?" Y me hacía historias en la cabeza. Entonces le dije a mamá: "O me casen con él o me largen con él". Viendo eso, nos hicimos como, pero mamá me dijo: "Má en la tumba te ha de perdurar lo que has hecho". Y esas palabras equivalieron a dieciséis años de silencio, porque yo le quería mucho y tenía, pero cuando yo estaba pasando mal, nunca le iba a ver. Cuando yo sufría, nunca le decía y cuando él se portaba mal y cuando me pegaba, nunca se lo dije. Cuando supe todo lo que yo tuve que sufrir, no me creía años después, porque siempre me callé porque decía: "Yo me casé contra la voluntad de mamá". Yo quiero demostrar que soy valiente y no me tiraba más que cargar con eso.

Siempre, siempre fue así y solo cuando dijo: "Má voy a separar. Hoy es el día. Hoy se acaba esto", fue y le tiró todo a mamá y le contó la verdad. Mamá lloraba y me decía: "Nunca debíame callarte". Porque le contó todo lo que había vivido con él, todo lo que había sufrido, porque ella quería saber: ¿Por qué te quieres separar? Y le fue que contar y me decía: "Nunca pensé que mi hijo

habían sido. ¿Por qué te callaste? Pero ella me había dicho: "Si en la tumba te fue de perdonar lo que has hecho", porque para ella era matar todos sus sueños y a pensar de que ya la iba a visitar en las vacaciones, en el Día de la Madre, en la Navidad, en el Año Nuevo, no podía quedarme más de medio día porque mi marido peleaba y me lo gustaba. El era lo que le quería a mi madre y solo por días de fiesta me iba, pero tenía que regresar rápido, si no, habían pelea.

Hace cinco años que papá se separó de mamá. Se divorció y se casó con otra señora y se fue a vivir al Canadá. Fue a empezar otra vida. El tiene ahora veintea y dos años. Yo estoy separada más de diez años y cuando papá se separó de mamá, yo todavía estaba con mi marido. Cuando estábamos en el día de separarnos, él me decía: "Quiero ser como tu padre. Quiero ser igual. Has de tener otro. El mal ejemplo de tu padre..." Pero si me crecí, si fue un ejemplo en el que me enseñó para separarme. Porque ya le vi a mi madre toda la vida sacrificada, administrando al mismo las cosas, preocupándose. Nunca le regaló nada de porquería, nunca. Y la vi así, toda una vida entregada, y llegar a la vejez. Ella ya no significó nada para papá y papá le dejó cuando ella le había dado hijos. Me pareció injusto, no el hecho de que se fuera, pero sí el que ella se separara, debía haberse separado antes cuando mamá era joven y podía luchar y enfrentar la vida en otras circunstancias, no en la desesperación en que ella se dio. O sea, papá debía haberse hecho antes, y me dolió.

Bueno, ya otro que ya enfrentados los hechos como para que ya me dase, entonces mamá me regaló un día a aconsejarme. Me dio algunos consejos en cuanto a la vida de pareja, consejos que en ese momento yo los acepté totalmente, pero que me hicieron mal a mí como le hicieron mal a ella en su tiempo y que finalmente frustro a ella que soy mujer y tengo hijos, así que esos mismos consejos a la separación de mis padres. Los consejos de mamá eran en cuanto a la vida de pareja, a la vida sexual de pareja.

Para mamá, vivir en pareja, tener relaciones en pare-

ja, era una obligación del matrimonio tanto como lavar, comer, planchar y además, tenía mamá ciertas limitaciones en cuanto a su propio cuerpo, inclusive a lo que ella pensaba de la privacidad de su cuerpo, que no podía tocar mamá, ni el marido, ni los hijos. Por ejemplo, mamá decía que cuando tenga mi hijo, nunca debía tocar los senos y cuando ya tuve mi hijo me era totalmente imposible tenerle las mamas quietitas. Así pues, esos consejos me hicieron mucho daño. Pero mamá pensaba que estaba bien, porque a ella, sin dudar, la educaron así.

Después me casé y lo que es un inicio de mi relación con mamá con mi marido, cuando aún no era mi marido, habíamos tenido una conversación de lo que era más bien espontánea, natural, en el momento en que se encontraron en un dolor más o menos común, lavar y planchar, en el, parecían todo el mundo y era una tarea más y era muy dura. Tarea que entendía más como una obligación más después de mi matrimonio, me relaciono con mi marido a discutir con él cuál era mi papel en la relación de pareja. Pero antes de ese tiempo, siempre, en cuanto a lo sexual, estaba consciente de que era una tarea y me sentía utilizada. Puedo decir que todo lo que duró mi luna de miel y la felicidad total de mi matrimonio – así una felicidad plena – duró quince días de los dieciocho años que estuve casada con él. Quince maravillosos ratos de tiempo, instantes, horas o quizás días, podríamos hacer un año y yo creo que es bastante, demasiado, quizás.

La formación psicológica de él, su formación cultural, su formación intelectual y la mía también eran una mezcla que no daba para más y la situación económica de ambos era muy dura, pero yo creo que habríamos podido pasar por delante de todo, pero él no estaba dispuesto a recibir la vida como yo la concebía. A los quince días de casado me pagó por primera vez por ir a ver la familia de él. Yo me quedé absolutamente atónita mi papá nunca le había pagado a mi madre y no pude responder. Alas después, cuando analizando con mamá esta situación, mi mamá decía: “Todo resultó en que lo primero sea que te pagó, si no lo reconocías. Tú debías

haberle dado una respuesta de igual tono³. Yo no pude haberlo porque me debía la respuesta para eso. No había nada más. No sabía cómo responder.

Las dificultades y la diferencia de pensamiento de los dos era en lo siguiente: yo me sentía un var con autoconciencia. Creía, estaba íntimamente convencida, de que yo servía para algo más. Nunca, nunca dió el sol en eso. Siempre estaba íntimamente convencida de que yo estaba para algo más y de que mi vida me había concluido siendo una madre de familia. El, por el contrario, pensaba que la respuesta aspiración de una mujer es ser madre y que una vez que tiene marido (como él mismo me decía: "¿Dónde puedes decir que eres soltera?"), él creía que era todo lo que una mujer puede aspirar a tener y que le debía sumisión y obediencia absoluta a su marido. Decía que los hijos que debían de su mujer sus hijos, así su propiedad, tiene sobre ellos absoluta potestad, igualmente sus seres que le pertenecen y que no pueden escapar.

También tenía el un absoluto desprecio por la mujer. Después me di cuenta de eso. No creía en la dignidad de la mujer, no creía en la honestidad de ninguna mujer. Muchas veces le pregunté y en el fondo culpaba siempre al hecho de que mi suegra tuvo tres maridos y a él le creía con pedantes. Él conoció a su padre cuando tenía diecisiete años. Él tenía un profundo resentimiento. Algunos vez bromeaba me dijo: "Sólos las mujeres son putas, incluso mi madre". Mi tía de valores era muy diferente.

A pesar de todo lo que viví en mi casa, de lo feroz que yo sufrí cuando estaba hecha, recordaba siempre una vez que mamá comentó una inquietud conmigo, algo que había ahora ocurrido. Venía yo de clases y mamá me dijo: "¿Cómo estás?" Le dije: "En clases". Sin decirme nada más, me pagó. Me pagó hasta cuando. Yo bromeaba y le dije que por qué me pagaba y me dijo que le había encontrado a la prima de una amiga que era mi compañera jugando y que le dije: "Mi hija, ¿por qué me es en a la escuela?" Ella le dijo: "El ya volvió". Sin decirme nada. Sin mandarnos. Sin hijo y mi prima se quedaron jo-

gardo'. Cuando yo fui otra vez en la tarde a la escuela lo encontré a mi amiga y también ella decía y me dijo: 'Mí mamá me pagó porque la Gloria fue dicho que no tuviera clase'. Así es que nos pagaron a las dos. Más tarde llegó mamá. Yo le hablé dicho: 'Si quieres, vete a preguntar'. Y también la mamá de mi amiga llegó a preguntar y la mamá le dijo: 'Si tuviera clase, la chica Gloria, ella no ha venido'. La mamá de mi amiga llegó y le pidió disculpas a su hija y le abrazó y yo me quedé riendo y mamá dijo: 'Mamá largo'. En la tarde lo reclamé. Toda noche de reclamarlo. Mamá había visto que mi mamá haga una cosa injusta. Le reclamé y me dijo: 'Yo soy madre. Yo no tengo por qué rebajarle a pedirme disculpas a un mucoso'. Y ese momento me dijo, me dijo cuando me casé, me dijo cuando empezó a ser madre y todavía me dijo hoy: 'Ser madre no es el monopolio de la vejez, uno puede equivocarse'. Esa era una diferencia en mí había de valerse con mi marido, mi marido era igual que mamá en ese aspecto: pensaba que un padre es responsable. Se pensaba que los padres pueden equivocarse.

Yo pensaba que la mujer es un ser humano, que entre que ser mujer es un ser humano que tiene derecho a valer hasta donde a sí misma se convenza que no puede más. Yo pensaba que tanto el hombre como la mujer, así están casados, tienen un espacio que les es propio y en nombre del amor, no se pueden plantear ese espacio. O sea, no puedo decir: 'Yo te quiero y no te vas al fútbol', por ejemplo. Fue era el gusto de mi marido. Le gustaba, podía irse, y yo no podía decir: 'Yo te necesito todos los horas que no trabajas'. No podía pedirle que no suene de la casa solo cuando se trata de producir: cuando tenía sus ganas personales, sus gustos. El no quería admitir eso.

El pensaba también, por ejemplo, que me había casado y que debía permanecer a mi familia. Todo el tiempo se equivocó, todo el tiempo me prohibió, y muchas veces y golpes aguanté cada vez que iba a visitarlo a mi mamá. Al no tener más familia, visitaba a mi mamá, a nadie más. Y los celos, los celos no solo de otro hombre, sino

del castigo que podía darle a mi madre, a mi padre, a mis hermanas, con lo enfermas. Después me di cuenta de que sus celos ya eran incluso patológicos. Una vez me acusó de vivir con sus amigos y cuando acudíamos a la congregación, a la Iglesia de Cristo, me acusó de vivir con las hermanas. Si no podía vivir con él.

SOLA CON LA CARGA

En esos tiempos del embarazo mamá me dio la primera gran lección de los deberes ineludibles. Desde entonces tenemos que cargar agua porque no había en la casa. Debíamos caminar largo rato y a veces ya no quería cargar agua porque me sentía mal y a mi marido no le gustaba hacerlo. Yo le decía que me ayude, que puse el mismo la necesitábamos. No me quería ayudar. Yo me cansaba a veces y a veces no quería. Me sentía pesada. Mamá me llamó un día y me dijo: "Luzmila, hay cosas ineludibles que tienes que hacer. Hay cosas que debes hacer; cuando lo que quieres no puedes dejar la ropa sucia; no puedes dejar de cocinar, tienes que cocinar; si no hay agua, tienes que traer. Con la vida es lo mismo que con tu barriga en ese momento. No puedes encargarte a nadie; tienes que llevarla. Y así será con tu hijo cuando nazca; no puedes abandonarlo, tienes que cuidarlo. Tú te metes a tuerte y tienes que llevar peso, el amante". Y para mí esa siempre ha sido una gran lección en los momentos más terribles de mi vida. Siempre me ha dicho: "Nadie puede con esto porque no es de nadie, es mío", y lo seguía adelante.

Cinco meses después de estar casada él a fue a mi hi-

ja y bueno, me fui a La Maternidad. En La Maternidad tenía dolor, me sentía mal y no sabía cómo mismo iba a ser el parto. Un poco ya había leído. Había conversado con mamá. Buen consejo para las tres de la mañana del 16 de diciembre de 1966 cuando nació mi hija. Yo había cumplido seis días antes diciéndole a ella. Me sentía feliz. Le veía a mi hija. No podía cerrar los ojos nunca; ni hija los tenía cerrados. No tenía pelo. Era linda. Yo pensaba que era más linda de lo que podía pensar. Todo el tiempo había pensado que era mala, y mi marido también había pensado eso. Todo el tiempo estaba pensando y decía: "Vine más, no quiero que sea linda. Quiero que sea tonto, completo, que no le falte nada". Cuando nació mi hija el doctor me dijo: "Tienen los ojos grandes, lindos como la madre". Yo creo que si en ese momento yo tenía los ojos grandes, era del mismo. Después yo veía los ojos de mi hija, eran mucho más lindos.

Era linda y cuando yo supe que era mujer, me hicieron los propósitos. No solo lo que yo me había visto, ella sería; yo creía que era lo a ser mujer que yo y sobre todo, siempre quise que sea otra mujer. Yo estaba enamorada. No me había criado viendo, si bien no en mi casa, había visto cómo los maridos pagaban a sus mujeres y sabía cómo mi marido me pagaba a mí y decía: "No, a ella me le pagaré si es esposa, si sus hermanos, si nadie. En igualdad de condiciones ha de estar en la vida". Y me hizo el firme propósito de que así sea y veía me હતી in mi brazo y decía: "¿Cuándo será el día que le lleve a la escuela, con delantal blanco, con zapatos? ¿Cuándo será el día?" Yo estaba y me parecían interminables los días, pero no quería tener más hijos. Por muy doleroso. Me dolía bastante y no quería tener más hijos.

Cuando fuimos a la entrevista los trabajadores sociales en La Maternidad, me dijeron: "Mamá, señora, ¿cuando es a eso en cantina?" Yo no sabía de qué se trataba, ni por qué me daban. Yo había renunciado a la religión católica unos meses antes, algo así como cuatro o cinco. Todos los cambios de mi vida han sido por culpa o gracias a los libros. No tenía mucho que hacer cuando estaba recién casada y mi marido me tenía libre -libre que él

compañía de segunda mano a no sé. El decía que también tenía en la casa desde la mamá y los tres hijos. Uno de aquellos libros de Eusebio San Juan Montalvo y era escrito por un señor que había sido sacerdote católico. Desde el principio meí que tenía un fuerte tono antirreligioso y dije: "¡Ay a desafiado!". Yo estaba convencida, ya era católica. Me había casado por la Iglesia Católica y había perdido a Dios, al sacerdote, cuando me casamos, que no me permitía nunca traicionarme a mí misma, que me permitía ser una buena mujer y ya no iba a vender baratos mis principios. Entonces me puse a leer y para todo podía ya tener conclusiones. Era serio, Clodoveo González, en su libro decía todas las aberraciones, todos los desenfuegos de los sacerdotes. Yo decía: "El sacerdote es un hombre de Dios. La Iglesia es otra cosa". Después leyendo. Algo de lo que nunca dudé, de lo que nunca se me ocurrió dudar, era de la Palabra de Dios, la Biblia. Este hombre en un momento dado empezó a utilizar argumentos bíblicos y me puse a leer con mayor atención. En uno de esos momentos decía: "El culto a los ídolos" y él hablaba de Éxodo 20. Me quedó con una duda terrible. Igual que cuando era niña y me creía en los gases que hablaban en los cuernos, dije: "¿Tengo que verlo. Yo tengo que leer! No puede ser posible. Pero no es así. Yo tengo que leer".

El libro tenía un capítulo que decía "Los jueces en el Éxodo" y hablaba de todo lo que los jueces habían hecho, de cómo eran los principales culpables de la matanza del 2 de agosto, de cómo cometieron a los indios con el alcohol, de cómo obligaban a las mujeres a desnudarse a sus maridos en el confinarlos, de cómo rivalizaban con García Moreno, quién era más rico y quién más rico indio en el Oriente. Yo siempre tuve orgullo de ser una india y me dio ira y me propuse revisar la historia de mi patria.

Entonces cuando fui a dar a leer ya no era católica. Mi marido ganaba muy poco y cuando terminé de leer el libro, le dije: "Quiero que me compres una Biblia". "¿Será, ¿dices idea de cuánto cuesta?" me dijo. Yo le dije: "No sé". Me dijo: "¿Te imaginas qué me está pidiendo?" De-

le estas cantidades". Mi marido ganaba siete mil dólares.

Bueno, pasaron los tiempos y fui a dar a luz y cuando la enfermera me dijo que si era católica, yo me fui después de esa lección de la Iglesia con el Estado, porque yo les oía que hablaban bendiciones de armas —cuando estaba lejos en una de esas cosas— y dije: "Yo quiero si digo que no soy, me mantengo alejada de la violencia". Me quitaron a mi hijo". Entonces le quedó viendo a los trabajadores social y le dijo: "¿Por qué?" Y me dijo: "Es que nosotros somos estudiantes de la universidad y estamos haciendo una encuesta a las madres, sin ofender su creencia religiosa, para que sea posible tener menos niños. ¿Usted quiere tener más hijos?" Entonces era el hijo porque la Iglesia Católica dice que hay que seguir teniendo hijos o alguna cosa así. Yo le quedó viendo y le dije: "Yo quiero tener más hijos". Entonces me dijo: "Bueno, si usted no quiere tener más hijos, tiene que ir a una diversion". Después de que se cumplían los días y ya se iba a la casa, se siente mejor, se va a una diversion". Y me dio un papel con la diversion. Cuando se fueron ya estaba aliviada, porque pensé que si decía que así soy católica o alguna cosa, una cuestión de la fe para tenerme allí y no era nada de eso. Era solo para saber si quería o no tener más hijos.

Regresé a la casa. Mi marido había dicho en un inicio: "Yo le voy a querer a esa hija". No le iba a querer porque era mujer, pero mi hija siempre tuvo una suerte enorme. Nadie que la conocía pudo decir que era la esposa. Nadie estuvo en el camino de la gente. Entonces yo regresé a la casa y tenía muchas miras de la reacción de él. Pero tenía también gran esperanza. Mi hija se parecía bastante a él: los ojos, la nariz, los labios. Apenas nació, yo le veía el se parecía a él, porque él siempre puso en duda su paternidad y yo sabía. Eso era el motivo de la mayoría de sus peleas, por lo que me pagaba, porque creía que me estaba emborrachando de él. Yo decía: "¿Y si se le iguala a mí?" "¿Y si se le iguala a mi mamá?" "¿Y si se parece a mi papá?" No tenía necesariamente que parecerse a él, pero decía: "Como es mujer, no la voy a querer". Y

llegamos, pero él sí estuvo tranquilo. Me tenía una violencia, me la veíamos. La acogió, él bien me era un delirio, pero estaba tranquilo.

— Él me que vive mi hija, cuando empezó a decir que le bauticáramos. Mi marido le decía también y yo le dije: "El padre que yo no soy católico. No puede hacer que mi hija haga algo de lo que no es católico". Él dijo me que ella quiere, que ella decida ser católica o no. Si quiere, puede hacerse judía, pero ella decidió, no yo. No voy a ligarme a ella la ignorancia que a mí me han ligado, me así".

Entonces empezaron las peleas, a pensar de que ya habíamos tenido un poco de peleas porque, según él, antes de casarnos él era ateo y yo le dije que con un hombre antes yo me quería saber nada. Yo me estaba segura del recuerdo de un hombre que me creía en Dios y yo le llevé a la iglesia cuando éramos estudiantes. Nos casamos y resulta que yo dejó de ser católica y él en cambio se volvió un ferviente católico. Eso a mí me y como así y yo me iba porque para mí ya no tenía valor. Yo me creía y para mí era hipocresía ir allí. Volvieron a pelear. Me obligaba a entrar a la iglesia y yo decía: "Bien, voy", entraba a la iglesia y una vez en la iglesia, yo llevaba un libro, más que sea de esas historias del FBI, y me sentaba a leer mientras él estaba allí devotamente. Yo tenía más argumentos, los mismos argumentos que el libro. "Si le robas, no se queja; si le roban, no te castiga. Eso no es Dios". Ante estos argumentos yo los contestaba y decía: "Claro, eso no es Dios".

Después de que nació mi hija, él tenía a su favor a mi madre. Entendí al ser, que le bauticáramos, lo otro, que le bauticáramos; y yo no, que no quería bautizarla, que no iba a bautizarla. Mi marido me exigía bautismo. Mi marido no tenía trabajo y me decía: "Si vas, por vos que eres buena, por vos Dios me castiga, por vos, por vos". Y yo le decía: "Yo no sé. Me tienen trabajo, pero eso es otro asunto, no es por mí". Él me decía: "La granja no va a hacer nada, le va a regar el diablo", que no sé qué, que no sé cuando. Que "yo te colé en las cosas corrompidas, en el temor de Dios y ahora es que piensas así?" Era

lisa, lisa-encomen, pero yo no quería bañarme hasta que mi hija se enferma.

Siempre fue delicadita. Tenía malos los bronquios; tenía bronquitis. A los tres años se curó. Entonces mamá decía: "¿No ves? La gripe se va a morir! Ahora se curó: se le va la gripe y se va a ir a no sé dónde". Y era porque se iba a morir sin bañarse. Entonces mamá y Papá me enseñaron que un día les dije: "Bueno, bañámonos. Para mí no hay ninguna validez. Yo a mi hija le he de decir que eso no vale y que ella debe escoger en quién debe creer. Mi hija se irá a mí, se me va a dar que no". Entonces le bañamos y después de unos días, se le quitó la gripe y mamá decía: "¿No ves? ¿No ves? La había hecho borrar". Y él también decía que era así.

Temíamos mucho los por los asuntos de la religión y también por el asunto de la pobreza. Si bien en uno del bañarnos mamá se había aliado con él, mamá no lo quería por la forma como me trataba, la vida que me daba; sólo todo por su absoluta falta de responsabilidad. No le permitía trabajar y se hacía milagros. Recuerdo que una vez con un suéter y treinta centavos hizo almuerzo. Él venía y pedía de comer y tenía que darle tres comidas y si no le daba, me pegaba. Muchas veces quería apurarnos, pero al mismo tiempo decía: "No, voy a hacerlo ver a mamá que soy más valiente", y me aguantaba.

VIII

WAGANDO SIN RUMBO

Entonces nos fuimos a cuidar una construcción en el norte de Quito. Ese sitio se llamaba Chapinosa. Fuimos allí a cuidar esa casa. Me nos daban su sueldo. Era más por la vivienda. Yo me acordaba allí y viendo que la gente estaba trabajando, yo recordé que mi mamá me contó que alguna vez ella había hecho lo mismo: esto es dar de comer a los trabajadores. Yo hacía la comida para los trabajadores y ganaba, pagaba, porque de eso yo comía y mi marido comía y mi hija comía sin plata; más bien dicho, sin que me tenga que dar el hombre que tenía la casa suspendió la obra porque no tenía plata. Eso a hacer un crédito. Entonces los trabajadores se fueron y yo me quedé yo cómo hacer negocio.

Puse un letrero en la puerta de la casa donde yo vivía que decía "Se componen calchichos a domicilio". Entonces la gente me iba allí cuando tenían algún calchich y yo iba a componer. En ese tiempo comí a los dos hermanos —a los hermanos Mito-Naranga. En casa de ellos fui a componer un calchich. Pero eso era muy suspendido; no era muy constante.

A veces no teníamos qué comer y mi marido no encontraba trabajo. Le volví a ver a su padre que había

vuelto a Quila. Creo que él tenía hambre de afecto y se puso totalmente transformado. Solo quería estar con su padre. Se iba y le veía y solo estaba con él. No buscaba trabajo y nosotros nos moríamos de hambre mientras él pasaba con el padre.

En ese tiempo tuve una parálisis horrida. El agua era bien mala y comíamos bien poca. Le dije a él que no pudiéramos vivir así, no por mí, por mi hija. Al principio ya tenía bastante sedes. Creo que era por mi alimentación de joven. Tenía todo el tipo de mi vida. Pero ahí me iba opacando. Yo le enseñé a mi hija a comer desde el principio. Cuando llegamos allá mi hija tenía como cuatro o cinco meses. Ya cumplía los siete meses y ella comía en la teta de mi teta. Yo también no comía bien y no tenía mucha leche para lo que necesitaba y ella necesitaba comer aparte.

Una vez la niña lloraba y lloraba. La esposa del papá de mi marido le había regalado unos recipientes de Pyrex que me gustaron. Yo le tenía por el guardado y la niña lloraba del hambre. No le tomaba mi seno. El se desesperó. Le había, le amarraba y la niña lloraba. El hizo como siempre hasta que nos separaron: todos los momentos los arreglaba con un pedo. Pues, le pagó a mi hija y yo me tenía que ir y le dije que era un poco malo y que era un infeliz. Entonces me pagó a mi también y la niña lloraba de hambre. Le dije: "¡Oo hambrer! La niña llora de hambre. Hambrer, es hambrer. Hambrer! Vea, como está donde ya pedía: así no le valen. Vea no sabe lo que es el hambrer". El cogió los Pyrex y fue a vender. Hicimos la comida y me dijo: "¡Máster! No podemos vivir así. ¡Olor qué no le pones un cigarro!" Le dije: "¿Un cigarro de qué?" Frente a donde nosotros vivíamos había una cancha, un espacio donde la gente jugaba fútbol y volébal los domingos. "¿Por qué no vendes ahí flocos, más que eso?" Una buena mujer hiciera eso, más que eso". Me dio por lo que no quería vender. No sé, siempre contravenida de que yo servía para algo más, decía: "No me puede". Y le veía a mi hija comiéndose, con las dos manitas puestas a la boca la comida y dijo: "Má, por ella". Entonces con esa plata del Pyrex fue él a comprar un balde, li-

maíces, frijoles y con calabacitas, una paella, papas y salchichitas. Yo esperaba a vender los sábados y los domingos los miércoles y jueves con salchichitas a los deportistas.

Por ese tiempo volvíamos a ir los hombres otra vez a trabajar, pero hacer la comida para los hombres quedaba una inversión y yo no tenía. Estaba esperando la oportunidad para tener el capital y los trabajadores ya me dijeron: "Dadnos la comida", y les dije: "Bueno". Estaba esperando eso, pero yo no sabía que la semana ya me había pasado, que ya ya estaba anémica. Un día que tenía hambre, mucha hambre y no tenía plata —no me acuerdo por qué, pero no teníamos plata— yo iba a pedirle al maestro mayor de la construcción (al jefe de los maestros) que me diera me presta unos dos meses y me alcanzó a pedirle. Hacía casi tres días que no había agua en el sector y que no tenía plata. No alcanzó a pedirle porque me había desmayado con la falta de trabajo. Cuando me desperté, todos los obreros me cogían de los brazos, me levantaban y me sacaban, me llevaban apurados y ellos me decían: "¿Qué le pasó?" Yo dije: "Nada". "¿Qué le pasó?" insistían. Yo decía: "Nada", y me dijeron: "¿Qué está mal?". Y mi hija decía: "¿Qué tiene?" Yo le decía: "Estoy quierita, estoy quierita. Ya mismo viene el papá". Ellos se dieron cuenta y fueron a comprar pan, leche y plátanos. Continué los dos. Después empecé otra vez a trabajar haciendo la comida y las cosas para los trabajadores.

Siempre me gustaba ahorrar. Me hice el propósito de guardar el 10% de todos mis ingresos. De todo lo que yo tenía, guardaba el 10%. Si tenía un euro, guardaba un real y así con disciplina yo guardaba, guardaba, guardaba. Podía prescindir de eso y guardaba para tener una casa algún día. Tenía ya libros en mi casa siempre. Aunque no hacíamos mucho ruido de radio, hasta hace unos tres años siempre teníamos libros. Así guardaba yo y esperaba que los recursos se hagan mejores, los recursos se hagan mejores. Entonces tenía generalmente casi solo libros de a cinco. Guardaba y guardaba hasta que una vez en un tiempo que mi marido estaba sin trabajo, mi marido me dijo que me quería ayudar a arreglar la casa y le dije que bueno. Arreglando los libros, encontré la

plata. "¿Cómo es esto?" me dijo y le dije: "Es que me lo ahorraste". También le dije que era mi pedimento para mí dijo: "¿Por qué?" Le respondí: "Porque no podemos gastar", "Si la plata, es mi plata. Es mi plata, de lo que yo te doy, de lo que yo te mantengo", y me quitó la plata. O sea, no me quitó para él, sino que me hizo gastar en la comida y en las cosas de la casa. Desde entonces yo me inventaba cosas escondidas, para él siempre encontraba y cuando no encontraba no se iba a trabajar simplemente, como para decir: "Le rinde por hambre". Me decía "Me tienes que tener guardado. ¿Me tienes guardado?" Entonces me hacía sacar la plata muchas veces. Yo, por no verles a mis papapi con hambre, gastaba.

Entonces en eso cuando un día vino el hombre que era dueño de la casa. Llegó como a las cuatro y media o cinco. Los mareros se iban a las cuatros. Me dijo: "Bueno..." El recibí me comió. Siempre había habido solo con mi marido, nunca conmigo. Entonces me dijo: "Usted, ¿qué hace aquí?" Le dije: "Yo cuida aquí". "Ya soy el dueño", me dijo. "Sí, ya", le dije. Entonces se puso a reírse. Yo no sabía nada de la construcción, yo cuidaba, nada más. Entonces se dio la vuelta, se despidió y se fue.

Después vendió todas las tablas a los cinco. Mi marido vendió el trabajo a las siete y cuando estaba dando el papá, pero vendió a las nueve. Vendió el hombre todas las cosas. Un día me dijo así de fiesta: "Mia, bonita. Si usted quiere seguir viviendo aquí, tiene que vivir conmigo. Yo a su marido nunca le veo. Yo por usted aguanté y si no, me desocupan esta casa". Yo le dije: "Voy a avisarle a mi marido. Usted me puede decirme lo que le da la gana. Yo me soy una proclama". Cuando vino mi marido le volví y me dijo: "Veo que de haber estado esperando tú y yo", y me pagó. Le dije: "El hombre va a venir mañana", porque él me dijo: "Pólvora. Mañana venga". Al otro día él entró a las cinco y media allí. Llegó el hombre y mi marido se humilló. No le reclamó y yo me sentí mal. Siempre los latinos al menos pensamos que el hombre es el que defiende a la mujer. El no me defendió y yo sé por que estaba solo para siempre, para toda la vida.

— Una vez le traje de su trabajo a un amigo: tira un tiempo que nunca me he de olvidar. Me dijo unos días antes: "Están vendiendo unos compresores en 1.500". Le dije: "No se puede creer!" Indudablemente. Faltaba a alguien. Entonces, ¿qué hacemos si podemos pagar? Yo tenía confianza porque yo sabía que mi marido cuando conseguía trabajo más abajo de donde vivíamos (donde había un taller de pintura de carrocerías), ganaba el doble: quince pesos diarios, pero el hombre ganaba 4.500. Mi marido ganaba un carro en tres días. Solo por tomar el equipo el hombre ganaba tanto. Mi marido ganaba 45 pesos y el hombre, 4.500 la mano de obra. Entonces le decía por: "¡Nosotros podemos! ¡Si podemos! ¡Si podemos cobrar como ese hombre! ¡Si podemos!"

— El le traje a un amigo del trabajo. Conociéndolo, conociendo, se pusieron a tomar y yo cogí a mi hija y me fui a la casa. Después vino mi marido y se acostó. Al otro día me desperté y mi marido bien dormido y el hombre está también bien dormido allí y me veía. Me veía a mí en la cama y yo me hacía la dormida. Después se despertó y se fue. A los dos días de eso, un día en que no estaba mi marido, vino y me dijo: "Un marido quiere el compresor", porque ese día que estaban tomando habíamos del compresor. Ese hombre era separado de la mujer y me dijo: "Si usted vive conmigo, yo le puedo dar". Yo me decía: "No, esto es una cosa mala. Desde que he sido muchachita los hombres han querido esto conmigo. Yo soy mala. Yo no sé. Mi marido me oía. ¿Qué me pasa? Yo realmente no siento nada, ni deseo de hacerlo, ni nada. Pero, ¿por qué? ¿¿¿es un delito ser pobre, o qué?"" Yo me sentía bien mal. Le conté a mi marido porque yo no podía tener nada que él no sepa. No sé, hasta que se acabó el amor, nunca le volvió nada, por decir que era. Entonces me decía así: "Mama, nunca puedes volverle a tu marido. No se puede. Empiezas conociendo una cosa y acabas siempre alguna cosa mala". Entonces le conté. Me pagó, me habló, y al otro día me dijo: "Yo le reclamé al desagradado ese". No sé si le reclamaría, pero el hombre nunca volvió a la casa.

Después yo volví en la persona que solían los compre-

seres todavía en promoción. ¿Qué angustia que tener? Y me dijo: "La única manera es si yo me voy a trabajar de empleada doméstica. Así puedo tener plata, pedir un préstamo, alguna cosa". Y me fui donde alguien que era mi profesora, pero me estuvo ella, con el papá, quien me dijo: "Venganos tarde. Este caso no está. Tardo con el hijo". En la tarde fui y pregunté por ella. Estaba el papá con un, era un anciano como de unos ochenta años. "¿Usted qué le busca a mi hijo?", me dijo y yo le dije: "Veni. Necesito trabajar y quiero ver si la licenciada me da trabajo. Yo puedo hacer lo que ella me diga, trabajar de lo que sea". "¿Cómo así?", me dijo. "Yo que yo quiero regalarle una cosa a mi marido y necesito plata". "Ah", me dijo. "¿Por qué no estás contenta? Yo soy viejo y no puedo tener hijos". Le quedé viéndolo. Era un viejo que apenas se podía parar. Le quedé viéndolo y le dije: "Yo vi que a buscar trabajo". Me cogió de la mano y entonces me dijo: "Pobres muchachos. Pero tu marido es un irresponsable. No debería dejarlo salir". Yo le dije: "¿Usted qué? Yo me aluciné". "Ah", me dijo. "No entiendo lo que es el mundo. Tendría esos muchachos y esos buses. Mi hija me sacaría empleada. Así que, no más". Y me fui y lloraba. ¿Qué desamparo que tener! Mi marido era darle a mi marido el compresor. Yo quería ayudarlo a trabajar y no podía.

Entonces me fui donde mamá. No le podía decir: "Te falta eso", pero quería que mamá (tenía un negocio de vender gallinas, huevos, puerros, gajos) me ayudara un, y entre mí me dije: "Voy a ayudarle a mamá". Entonces le dije a mamá: "Mamá, ¿qué está vendiendo?" Y mamá me mostró. Entonces le dije: "Cuando tengo puerros, dones para yo vender". Mamá vendía en el mercado, pero cuando tenía puerros me los daba a mí. Yo cogía los puerros y los vendía en la finca.¹ Entonces se vendían más cosas y le daba a mamá: "En tanto vendi". Y mamá me decía: "Cápete, no más". Yo seguía a vender puerros ha-

1. La tienda Ampara, sector comercial frentado por personas acomodadas.

ta en quinientos marcos. Entonces mamá me decía: "Si le hubieras vendido en cien marcos, ¿ganas el suero?". Bueno es mamá lo es hasta ahora. Es una mujer buena. Un poco ya podía vender una vez al mes cuando mamá tenía. Mi marido cuando talla, me decía: "Mh, ¿con qué te faldas?" Eran los tallos anaranjados.

Se acabó la promoción y cuando ya tuvimos los 1.500, ya no vendían esos compressores y no compramos. Después tuve a mi segundo hijo. Hubo una necesidad, más hambre. En ese tiempo mi marido empezó a pintar casas. Desde antes misinos pintaba casas ocasionalmente. Yo siempre le ayudaba. Cuando mi hijo era chiquito, lo ponía en la espalda y me cubía en la casaca y pintaba o pintaba las partes bajas. Se había convertido así en su compañero habitual y así iba haciendo casas que están despidiendo. Le llevaba a la escuela y le decía: "Le doy pincelito". Me llevaba a mí y pintábamos. Ya estaba embarazada de mi hijo y teníamos ese trabajo.

Un día mi marido estaba pintando una casa donde un señor que era dueño del Rancho San Ricardo. El Rancho San Ricardo vende aves de incubadora y huevos. El rato de pagarlo, el hombre le dijo: "¿Qué le parece, le doy en huevos o en pinta?" Y mi marido le dijo: "¿Cómo en huevos?" "Sí, precio de negocio para que pueda hacer negocio", dijo el dueño. Visto y me dijo: "¿Qué te parece?" Y le dijo: "Carretero. Hagamos negocio". Entonces él le pagó en huevos y nosotros empezamos a vender huevos en las fiestas. Llevamos los huevos en canastas y empezamos a vender. Después mi marido tuvo otro contrato para irse a pintar fuera de la ciudad y no me llevó. Me dejó con mi hijo y me puse a pensar: "Bueno, si yo les encuentro y los vendo excitados, voy a ganar más". Me puse a excitados y los empecé a vender y en oferta, ganaba más. Hubo a comprar y a vender. Por un día vendiendo huevos excitados por el Palacio Legislativo y así así todos. Al otro día también y así me iba bien.

En esos días regresa mi marido y me dice: "¿Dónde está? Necesito que me ayudes". Le digo: "Pero está lejos y hay muchos y le van a pintar a mi hijo". "Mh, necesito que me ayudes", me dice y me lleva a trabajar. Antes de

trabajar mi hija tenía hambre y dijo: "Voy a cocinar". Yo estaba ya emborrachada de mi hijo. Me puse a cocinar y él se fue a trabajar. Me se cocinaba rápido y él vino y me dijo: "¿Por qué me te apuras?". Pero, expente. (No me que voy cocinando) No se hace rápido. Había allí bastante gente. Los hijos del dueño estaban allí. Él dijo: "La que pasa es que eres una vaga. Para eso no te hubiera traído", y me pegó delante de todos. Era algo que nunca había hecho. Ahí sí dijo: "Manda que ven" Cagó a mi hijo y emprendió el camino. Estaba fuera de la ciudad. Tenía cuarenta años. Me cogió a mitad del camino. Había andado un largo trecho. "Desvalíame la plata", me dijo. "Te interesa en la plata", le dijo. "Toma la plata". Y seguí caminando. Me siguió más allá y me dijo: "Dame a mi hija". Yo me puse a pensar: "Voy a pla. No tengo plata. No tengo qué comer. Puede pasarme algo. A mí no importa, pero no a mi hijo". Le dejó a mi hijo y seguí caminando.

En la noche llegué a Quilín. Llegó y le conté a mamá. Mamá era un bruto de mar. A los tres días vino él a reclamarme. Entonces mamá cogió una botella y le dio en la cabeza. Mamá sí es violentísima. Y le dijo que se largue. Le quité a mi hijo y él se fue. Yo al otro día dije: "¿Qué voy a hacer?" Y en la persona un señor de empleada doméstica y me fui a trabajar porque se decía: "Si quieres a los buenos, él va a estar explándome". Yo le conocía como era. Me fui a trabajar. Él me apareció hasta un mes después que vino a decirme: "Toma eso. Es todo lo que he ganado. Si quieres, vamos a vivir juntos". Yo decidí darle una oportunidad más y fuimos a vivir en una casa aparte.

Entonces mi marido dijo: "Yo no quiero que estás trabajando de empleada doméstica. ¿Por qué no pensamos un negocio?" Le dije: "Pero, ¿de qué?" Me dijo: "Mi hermano tiene una fábrica de muebles de acero. Voy a decirle que haga un charral para que vendas caramelos". Le dije: "¿Otra vez a vender?" Pero al fin le dije: "Bueno". Primero nos fuimos a vender en el circo, en la puerta, pero el circo era solo por temporada, no era permanente. Entonces se me acordó que había vendido bien los muebles en el Palacio Legislativo y di-

¡es "Allí se vende bien. Allí hay buena gente", y fuimos y pedimos el puesto de caramoles allí y así fue cuando más me servían y me contentaba de que yo era capaz.

UNA LUZ EN EL CAMINO

Bueno, estábamos allí en el Palacio Legislativo vendiendo caramelos. Vendía yo y él, claro, quería estar conmigo y abanderar su trabajo y se puso un puesto de limpiabotas para estar a mi lado; eran sus cosas. Bueno, a mí no me importaba. Total tenemos que trabajar ambos, y respondí a trabajos caseros. Ahí le dije: "Mira si, ya podemos comprar la Biblia". Fuimos a la Librería Realidades y allí vendían la Biblia. Dijo mi marido: "¿Cuál es la Biblia?" Y le dije: "Entonces mira". Y él dijo: "Entonces mira". Y me ve a mí y yo digo: "Entonces!" Eran unos precitos que vendían así el material y ellos se volan y ellos crea que tenían mucha fe, mucha creencia, y hablaban entre ellos y me dicen: "¿Puede pagar veinte?" Y yo le digo a mi marido: "Ve, veinte me dice". Bueno, quince. No podemos bajar más", me dicen. Les digo: "Bueno, déjala". Yo pagué los quince y el resto que yo pagué los quince, los muchachos hacían cosa entre ellos para completar los veinticinco. Y ya, compré la Biblia y leer haré así! Yo no me separé de la Biblia nunca más. Yo la leo siempre, siempre. Y claro, lo primero que leí cuando fui Ezequiel 20 y decía: "No te harás imágenes...", y dije: "Hatey bien! Hatey bien!"

Pero, además, empecé allí en el puesto a hablar con los diputados, con los senadores. Bueno, no es que hablara conmigo, sino que opinaban al lado mío y yo decía: "¡Bueno!" O sea, entiendo muchas cosas de las que hablaban y decía: "Yo soy tan ignorante".

Allí nació mi segundo hijo y yo le dije a mi marido: "Yo sé que sigas de limpiabotas. Séa bueno si podemos conseguir un puesto aquí adentro en las oficinas para ser". Como yo me hice amiga de un señor —¡buen amigo!— y él llegó a enamorarse tanto, tanto a mi marido y a mí porque nos veía trabajar juntos y juntos con los hijos, entonces, le dije yo a él: "Yo quiero hablar con usted. Quiero ir a su casa". Me dijo: "Bueno. Vivo en tal parte", y me fui y le dije: "¿Sabe una cosa? Yo quiero que mi marido trabaje en los tiempos que hay sesiones del Congreso. Yo quiero que mi marido trabaje. Yo sé que usted puede". Entonces él me dijo: "Ustedes para mí han sido un ejemplo de pareja y un ejemplo de padres desde que los conozco a ustedes. Sé lo que vive estar con los hijos y yo no voy al fútbol cuando me trabajo, pero con mis hijos. Ustedes para mí han sido un ejemplo". Entonces la mujer dijo: "Bueno, ustedes no saben cómo él venía a hablar. Primero decía: 'Mí, hay un par de cosas que sé cómo que hacen el amor allí en la librería. Ahí hay un par de cosas que tienen dos garrafinas. Son poder'. Y dijo que le consulto lo que él veía, seguramente cómo venía yo, cómo quería él, cómo querían mis hijos. 'Mí, hay un par de cosas que ni sé qué, pero cómo los quieren a los garrafas. ¿Qué leventá? ¿Cómo los quieren? ¿Cómo los rubien?' Y ella dijo: 'Y mi marido empezó a cambiar'. Entonces él le dio trabajo a mi marido. Fue el principio de una larga amistad con ese señor y yo sé que mi marido va a conseguir ahí al congreso en tiempos de sesiones. Ahí trabajaba él y yo venía.

Una vez le pedí a un diputado (porque me querían ellos y me acordaba una vez más de ellos me dijo: "¡Repiten al verte aquí diría que nunca había ni a la escuela, pero hablando contigo es mucho más. Todo el mundo se lleva una sorpresa de verte aquí"). El diputado Manuel Araujo (Midaño un día le dije: "Séa, yo quiero que me

hago un favor", "El que quieras, negro", me dijo. Le dije "Quieres una letra para mi hermano". Mi hermano está en el estudio y mi mamá en toda plata. "Quieres una letra para mi hermano. Quiero que estudie". Me dijo "Bueno". Yo sabía que ellos tienen un ciento setenta de letras para dar a estudiantes pobres y me dio una letra para mi hermano. Y dije "¿Si consigo una para mí?", y le planté a mi marido. "La mujer casada es del hogar sólo las señoras y las que quieren ser putas estudian", me dijo. No le dije nada más. Pero yo leía siempre, siempre leía.

Allí tenía oportunidad de leer la prensa mientras estaban los chochos de los estudiantes y diputados paídos. Yo les decía: "Préstame la prensa". Leía la Biblia. Siempre tenía oportunidades de leer muchas cosas. Algunas una vez me dijo "Si usted quiere, puede. Usted es capaz". Yo me decía también: "Yo soy capaz", y dije un día: "Le diré que quisiera como después en algún día regresar al Palacio Legislativo, pero no vendiendo. Quisiera, si fuera posible, regresar así como diputado". Y bueno, lo más paradójico, quizás lo más agradable fue lo más agradable, lo más agradable con más hijos, una de las cosas agradables fue que logré el sueldo. Yo soy diputado nacional ahora. No soy una diputada nacional principal, pero soy diputada nacional suplente, yo me dije el día que me nominaron: "¡Oh campeón! Entonces, bien. Ésta son las cosas que viví allí.

Después le conté al Sr. Sirocco en el Palacio Legislativo. Cuando yo estaba casada, él era casado, y me veía leer la Biblia, me veía leer la Biblia siempre y un día me dijo: "¿Usted cree lo que dice ahí?" Le dije: "Sí". "Si usted cree lo que dice ahí, le voy a hacer una promesa". Le dije: "Sí". "¿Quiero creer usted es más culpable, el que cree el vicio o el que reparte el vicio?" Le dije: "Más culpable es el que reparte el vicio". Me dijo: "Y usted, ¿qué cree que está haciendo?" A muchos (muchos) los ha dado por primera vez un cigarrillo." "Se tengo que vivir", le dije yo. "De esto depende mi vida. Yo tengo que trabajar". Y me dijo: "Eso le hace ver bastante, porque si usted confía en la bondad de Dios, Él no le va a dejar morir

de hombre, pero luego se le ve en tan grande". Y todo mi cerebro se cuadró ahí, porque fui a la casa con un computador y pensaba y sabía porque ya no solamente se vendía allí en el Palacio Legislativo; cuando los caligrafos hacían fiestas nocturnas que antes decían "fiestas" después las prohibió el gobierno, pero entonces ya iba a vender en una fiesta y yo me decía: "Si, claro, ¡cuántos jorrotitos aprenderán a fumar en esas fiestas! ¡Chabones!" Entonces me dije: "Bueno, si no es Dios, que yo siga vendiendo y si no es de Dios, que se acabe este negocio". A los otros días —no sé si fue que ya ya me tenía interés— pero ya me tenía cosas que vender y mi marido decía: "¿Estás segura de que quieres hacer eso?" Y me reí: "Y después, ¿en qué vamos a trabajar?" le dije: "Dios no me iba de dejar morir de hambre". Entonces vendimos los caramelos que quedaban, vendimos el poco de caramelos, vendimos el charal.

Fuiste un tiempo entre que dejé de ser católica y tuve mi hijo en que había: entre en que dudaba de la existencia de Dios y decía: "Bueno, no ha de haber Dios; tanto lo, tantas religiones". Pero pensaba por: "Largo, si no hay Dios, yo soy un animal, usualmente un animal de repostería, es más diferente de una vaca, de un perro con instintos, y bueno, no sé si yo, sino mi hijo también". Entonces ahí sí decía: "¡Mi hijo, mi hijo, mi hijo, el hijo de Dios!" Pero después, ya leyendo la Biblia, ya creía en Dios, ya no dudaba. No era católica, ni tampoco sería ninguna denominación, solo leía la Biblia, sola siempre. Pero me hacía mal. No entendía muchas cosas, pero ahí, dale, habían cosas clarísimas. Pero habían otras cosas como la Ley que era terrible para mí; crecí me parecía la Ley.

Vendimos los caramelos, el poco, el charal —el charal era bien bonito. Este charal movió el honor de un matrimonio por el mismo Concejo Municipal de la Zona Norte. Y con la plata de lo que vendimos, compramos el compressor que habíamos querido por tanto tiempo. Ese compressor sería para mostrar la forma consistente de vida durante muchos años; porque incluso cuando él en un tiempo se hizo policía municipal, en sus días libres pisaba carreras. Creo que a los cuatro años de ma-

tráenoslo tentamos el compromiso.

Al inicio me tentamos todos. Mi marido visitaba las casas, andaba por la ciudad, las casas, los parques, donde, viendo que haya carros sin pinta, y cuando encontraba un carro sin pinta, le esperaba al dueño hasta que se fuera. Cuando se acercaba, le proponía que le pinta el carro. Un día yo dije: "¿Por qué no hacemos tarjetas?" Así que hicimos unas tarjetas como de visita. Así decía "Válan Sólves. Pinta Profesional". Y nos conseguimos de un amigo que nos presta un teléfono y también el teléfono de mi cuñado. Entonces en los carros desgraciados llamamos dejando una tarjeta. A veces cuatro veces y perdíbamola.

UN NUEVO CAMINO

Yo hubiera querido no tener más hijos después de mi hija, pero mi marido quería el varón. Yo tenía la mujer y decía que quería el varón. Cuando llegó mi hijo—el segundo hijo—yo era feliz. O sea, con cada hijo yo he sido feliz. Cuando tenía Felipe dos años tres meses murió Pedro José, mi tercer hijo.

Para ese tiempo yo me había vuelto bien crítica en cuanto a mi situación espiritual. Hacía cosas y pensaba: "¿Hará esto bien?" Aunque me tenía una aflicción, un sufrimiento para pertenecer a una iglesia, a una denominación, aunque me cuestionaba si lo que yo hacía era correcto para una cristiana. Era una actitud mía. Algunas veces se habían pegado donde mí, violándose con la Biblia, porque yo iba con la Biblia, así como iba con mis hijos al trabajo, la Biblia en el bolso. Era una cosa que iba siempre conmigo; no podía despegarme. Me acordó que cuando compraba cigarrillos y caramelos llegaba con los bundles grandes y encima de los bundles ponía la Biblia. Siempre la tenía conmigo. Nunca hablado con algunas gentes, se acordaban aventuras, y así, y yo no me decidía. Lo único que decía es: "Yo quiero ser cristiana, nada más".

Por aquel entonces conocí al Sr. Quinto que era miembro de una iglesia. El Sr. Quinto había crecido y era la primera persona que me gustaba cómo hablaba; no era sectario. El estado había empezado a estudiar con los Dogmas de Jéhu y me gustaba pelear con él porque, en sí, medio me parecían a mi tataron, muy cercanos a los monoteísmos, solo ellos están tener la verdad. Entonces por una rivalidad y por varios argumentos iba donde el Sr. Quinto. Ya me tenía ya los comentarios. Cuando no veníamos carnos que pinto, madrugaba, hasta las cosas para mis hijos, y me iba a la casa del Sr. Quinto que me enseñó y escribió mis comentarios. Una vez me dijo el Sr. Quinto: "Lo que usted escribe son comentarios humanos. Lo que dice la Biblia, realmente eso es lo único que tiene valor porque es la verdad". Y me gustaba.

Estaba en el séptimo mes del embarazo de mi tercer hijo, Pedro José, y tenía muchos problemas de salud: tenía febre recurrente. Mientras yo estaba con ella — recordo muy claramente era una crema de tomate — y mientras hacía la crema de tomate, mi marido jugaba fútbol ahora con mis hijos más grandes, Barto y Felipe. Cuando viene mi marido y dice: "¡Guauuu! Guauuu! Hay unos príncipes así abajo que dicen que son evangelistas". En ese momento le dije: "¡Oh! Pámonos!" "¡Claro!" dijo y apagó la cocina ese momento, me saqué el delantal y huyó.

Ellos estaban en el sótano en una casa, estaban muy alegres, muy ruidosos. Barto, ya tenía algo que decir y les dijo: "Ma sabía de las limitaciones de no interrumpir un odio, de las limitaciones de las mujeres, no sabía nada!" "¿Tiene un deseo y punto?" Yo pensé que se iba a alargar y yo no sabía cómo interrumpirlo. Dijo: "Un momento, yo quiero hablar con ustedes". Era en el momento en que él me interrumpía a todos los presentes. Entonces yo dije: "Yo quiero hablar con ustedes". Ma dijo: "¿Uhh qué?" "Amo todo, yo quiero decirles que mi presencia aquí es porque yo quiero hacerlos. Estoy dispuesto a que me hagan cualquier pregunta. He estudiado tanto a cinco años la Biblia y pueden preguntarme lo que sa-

todos querían, pero ¿quién bautizarlos? Entonces ellos estaban angustiados, no sabían quién era yo y no sabían qué decir. Primero querían explicarme qué es la Iglesia de Cristo, qué hace, qué crea. Dijo: "Bueno, pero dicen que bautizarse ahora, porque yo quiero ser y ya creo que soy en lo que me necesitan, y me necesitan nada más para estar en paz, para ser cristiano". Ahí me dijeron que espere un momento para escuchar el culto. Acabaron el culto y comenzaron hablando conmigo, que ellos están y todas esas cosas y hablando de la Biblia. Entonces yo les decía todo lo que me preguntaban, más o menos tengo buena memoria; les decía lo que ellos me preguntaban y también había aprendido yo a manejar la Biblia. Ellos se sorprendieron. Preguntaron: ¿tú habías estado en el tanque? No había. Entonces me dijeron que para el miércoles. Eso pasó el día domingo. Volamos en un barco donde se había agua. Había cada cinco cuerdas un río de agua y el agua era comunitaria de todo el mundo. Había que poner las manos la mariguera y por tanto, porque cada una tenía el derecho a una fuente de agua para lavar la ropa. Así ellos demostraban una idea en lavar el tanque de agua.

Mi mundo estaba angustiada. No pensaba que era era mi reencarnación. Entonces ese domingo de noche, lunes, martes, y miércoles todo el día discutimos con mi marido por qué yo quería bautizarme, que si no me daba miedo, que me a cambio muchas cosas de nuestra vida. El al principio estaba en desacuerdo que yo leyera la Biblia; ahora ya estaba a favor; entonces cuando bautizarse ya era más profundo; era un compromiso mucho más grande. El resto mundo de cómo voy a cambiar yo, ideas prevencionales, culpas esas. Me decía: "Pero, verás, tienes que seguir siendo mi mujer". Él pensaba que la iba a rechazar, que iba a convertirse en mujer.

Habíamos seis días. El miércoles discutimos en la mañana, llegó el viernes; discutimos una vez y en la tar-

Muchos iglesias evangélicas bautizan por inmersión, sea o, sumergiendo completamente a la persona en el agua.

de me digas "¿Y si yo también me levanto?" Le dije: "No me problemas. Si tú quieres, bien. Está bien. Pero si no quieres, píamelo. No es por agradarme a mí, es una decisión tuya". Dijo: "Bueno. Yo también quiero levantarme". Así que a las siete de la noche nos levantamos. Recuerdo los esos momentos los palabras de Jesús cuando dice "tú por un día, así por un día" (No como el mundo lo da). Me como el mundo la comida, como la par de él. Yo me sentía bien sola y solísima caminando por la calle hacia mi casa.

Ingresé a la iglesia de Cristo y desde ese momento di-viní que esa sería el camino por donde yo habría de ir. Desde un inicio creía yo que tenía talentos para hacer las cosas, para enseñar; y me gustaba enseñar, enseñar. Lo que me me gustaba era que habían limitaciones para las mujeres. Las mujeres pueden solo hablar con mujeres y con niños, no pueden hablar con hombres. Por ejemplo, no pueden dirigir el culto o dar una clase a hombres y mujeres juntos, porque la Biblia dice: "La mujer manténgase en sujeción al hombre". También hay una parte que dice que la mujer sale en la congregación. Entonces, esa es limitante. De pequeña me había criado pensando a la par con los varones. Me había criado con el sueño secreto de manejar un colectivo, porque había visto que solo hombres manejaban colectivos y yo decía: "Cuando sea grande he de manejar un colectivo y yo he de entrar la planea". Entonces en la iglesia era un limitante, pero yo me decía: "En la disciplina. Algún día yo haré cosas por mí en el campo de los hombres, pero fuera de la iglesia". Dentro de la iglesia tenía que sujetarme, que someterme. Era triste, ¿no?

Luego esta actividad creció con el carácter de mi marido a pesar de que él es hijo cristiano justo varón. Él ingresó justo conmigo y yo le presenté algunas cosas cuando me hice cristiana, sobre todo veritas mi conducta y no exigía cosas que no podía darles y acostumbrarme con lo que él me decía. Y lo acepté, porque antes de eso le exigía cosas, pero a partir de ese momento en que me hice cristiana, nunca le exigí, siempre estuvo conmigo con lo que él me dijo, con lo que producían mientras ma-

1984.

Entonces trabajamos duro por un lado, pero mi actividad en la iglesia no le gustaba a mi marido. No porque creyera que está mal, sino porque primero no reportaba beneficios económicos alguno, y después le volaba su presencia para él. Me decía: "Un domingo podríamos irnos a un balneario, a un paseo, y si tienes que estar siempre allí en la congregación. Tienes el afán de figurar". Yo le decía: "No es eso, pero tengo un compromiso", y había asumido un compromiso. Entonces me decía: "No, lo que pasa es que tienes ganas de figurar". Y me veía que toda la semana pasaba haciendo las cosas. O sea, hacía ya las cosas de la casa, cuando tenía que trabajar; trabajaba con él y cuando no tenía que trabajar, pasaba diseñando las preguntas, diseñando los dibujos. Pedí a la congregación que me diera para comprar colores para que los niños dibujaran en las clases, pintaran, y también pedí dinero para comprar unas telas, unas cintas que cuando los iba bien al examen que los hacía y salían los resultados, yo les regalaba una cinta. Y así, eso que volaba a las pretensiones de mis profesores, ¿no? Trabajaba con entusiasmo y como así. Pero a los chicos, les gustaba; les gustaba bastante.

HACIA LOS DEMÁS

Por ese tiempo estábamos viviendo donde mamá. Y una vez que estábamos viviendo allí, se despertó por primera vez una carrera que no sé, tal vez se estaba cuando yo me muera. Era preocuparme por los demás. Entonces, yo me preocupaba. La Biblia decía que el mundo no se va a acabar hasta que toda su palabra sea conocida en el último rincón de la tierra, y yo veía que casi nadie sabía nada. Entonces yo decía 'A ellos les falta'. Y sinceramente esperaba que venga el juicio. También junto con eso, me di cuenta de que la gente no sabía nada, ni de Dios, ni de la Biblia, o que eran católicos o tenía un nivel moral muy bajo. Había bastante gente que era delincuentes en el barrio donde yo vivía, y empezó a trabajar con ellos. Y mientras yo trabajaba con ellos, mi marido aprovechaba la situación para conseguir trabajo. Ya durante conocidas en el barrio, ellos venían, me convenían.

Mi casa ha sido tomada de bastante gente. La primera persona que vino a la casa era una prostituta. Su compañero estaba preso y los agentes querían para ponerla en libertad a él que ella vive con ellos y vino a mi casa y yo la vi. Como vivía con mamá, mamá se puso a li-

me, me pidió, me gritó, me dijo de todo para que le mande. Mi marido no le da nada. Finalmente mamá dijo: "¿En qué es mi casa. En mi casa entran los que yo quiero". Entonces le dije que se vaya. Se fue y días después estaba libre su computadora. Entonces vinieron ellos a agradecerme y mi marido está en su propia casa.

Un día traje papitos y cajas de basura y le dije "¿Qué es?" Dijo: "Hay a vender esto". Dijo: "¿De dónde sacaste eso?" Dijo: "Jorge me dio". Pero él, cuando dice, es robado". "Sí, pero tanto bastante y yo le dije que me venda y le voy a dar dinero" (porque mi marido de muchachito había venido clases de artes marciales —daban personal). Entonces yo le voy a comprar y él me va a pagar así". No me parecía bien, le le dije y se enojó. A los quince días de eso vinieron los agentes a la casa y le llevaron a mi marido. Yo le dije: "¿Le le dije, le le dije". Él tuvo que desvestir las cosas, pero me sirvió de estímulo porque le hablaban rápido a Jorge una vez. Él había robado primero y vino por la casa, dejó algunas herramientas y llaves de carros y a mí me regaló para la mano un maletín y me dijo "¿Qué comprar?", y yo le regalé el maletín. Era bien bonito; le quería mi hijo... Murmuramos entonces los pesquisas y ahí al cast lo llevan preso a Jolito, pero él los llevó a los agentes a todas las partes donde había llevado las herramientas. Y yo decía: "¿A mí me va a dar vergüenza", porque desde él había vendido las herramientas eran talleres que a veces utilizábamos nosotros para pintar un carro. "¿Me da vergüenza", dijo. "¿Me va a dar vergüenza". Pero él, la única locura era que había perdido plata. En la última vez que se cayó en eso. Sí, yo me puse bien enojada, bien enojada. En la última vez que se cayó en eso y para salir del asunto —porque yo no podía llevarse del amigo— me cambiaron de barrio.

Nos abrieron una casita para cuidar; era guardamía. Estaban construyendo una iglesia en la colada: la Quinta Noche y fuimos a vivir allí dentro al barrio Rosario. Era bonito. Era todo construido de ladrillo, incluso el piso era de ladrillo. Claro que se machucaban las cosas, ¿no? Todo tenía pólvora amarillo pero no guardaba. Pa-

mos a vivir allí. Tenía Pedro José cerca de un año. Entonces allí empezó nuevamente a hacer la comida para los trabajadores, porque habían bastantes trabajadores. Pero además hacíamos otra cosa. Le dije a mi marido: "Ahora aquí el problema tener un taller". Así es que fuimos al mercado -había madre allí y pasamos unas pautas- y compramos cintas y con las cintas hicimos paredes y allí hicimos el taller. Yo arrendé un taller y le dije a mi marido: "Vengámonos un cirulo". Pusimos un cirulo en la esquina de la Avenida de la Frasca donde se podía ver que decía SE PINTA CARROS. Entonces así pusimos la vista, entre pintar carros y yo hacía comida para los trabajadores. Luego comencé el trabajo de pintar carros. No era como creíamos y mi marido buscaba, buscaba trabajo.

Nosotros vivimos a dos cuadras del Hospital de LILA (lo que es ahora el Hospital Pablo Arturo Juárez). Velamos el hospital y yo decía: "Hay hombres allí se comen". Yo sabía que eran tuberculosos. "¿Qué harías? ¿Quitar los animales? ¿Qué será de ellos? ¿Cómo vivirán?" Yo sabía porque había leído que la tuberculosis entra a los animales más pobres del país por deficiencias de alimentación y lógicamente cuando hay deficiencias de alimentación, hay deficiencias de educación. Yo decía: "Yo creo que debo hacer algo con ellos", pero no me iba. No me iba, y le decía a mi marido y él me desanimaba. "Ya quieras hacerlo otra vez en un día".

Bueno, así es que un día miércoles vino mi hermano a la casa y le dejamos a él cuidando a mis hijos -a los tres- y fuimos a la travesía de la iglesia. Cuando regresamos mi hermano estaba dormido, el cuarto está bien frío, y lo encontramos a mi hermano dormido atarrasado en la cama. Fuimos a ver a los chiquitos y tenían el germen en la nariz. Nos pagaron un suato y fuimos a la cocina y me había el riachillo. Nosotros tomamos en la casa un equipo de cine y una grabadora; estas eran cosas que la iglesia me había dado a mí porque yo daba clases en las noches a cualquier persona que quiera ver las cosas, hacer estudios bíblicos, y los víbamos en la casa. En fin, bien inquieto era por Nos habían robado y el

cuarto día bien des. Nos habían robado el compresor y los herramientas y ellos estaban como drogados. Les habíamos puesto algo y yo decía: "Bien que se durmieron", porque se habían robado el cofre y los habían matado si se despertaban. Entre mi hijo: "Esta es una advertencia: no he hecho el trabajo que siento que yo debía hacer".

Al otro día fuimos a ver a los agentes y los agentes nos pidieron dinero. Nos dijeron primero que era una imprudencia cómo habíamos dejado la casa. Después nos pidieron dinero para el taxi porque habían venido. Después dijeron en venir casi todos los días a pedirnos plata para el taxi que ya conocían dónde estaba, que así, que así, y no nos daban el dinero. Finalmente abandonamos la investigación. Nunca supimos quién se robó las cosas. La iglesia nunca pudo en darle lo que nos había pasado. Se perdieron las cosas.

Entonces yo le dije a mi marido: "Queremos o no queramos, me voy al hospital". Fui y pedí a mi iglesia unos libros, Nuevo Testamento, Biblia, y nos fuimos al hospital y él me acompañó. La primera vez que entré me dio mucha alegría. Me impresionó mucho porque ellos no me daban la mano y tenían las bocas cubiertas. (Enti, hablé con el Dr. Ojeda, le expliqué el motivo de mi visita. Me dijo: "Enti". Conversé con ellos, hablé con las mujeres, con los hombres, y les pregunté que cuál era la Biblia que ellos tenían. Buena, todas querían buena. Después les dije que les traía una cosa de la Biblia. Todos copian los Nuevos Testamentos, las Biblias y nos veían la cara. Veían el libro y nos veían y entonces un señor que después se hizo cristiano dijo: "Verd, si nos serviría, pero la madre mía nos lee. Había una mujer así y nos lleva a la misa. Porque nosotros no sabemos cómo leer la palabra". Entonces les dije que el domingo siguiente iba a venir con palabras. Cuando fui a la casa, les pregunté: "Yo sé leer. Yo podría enseñarlos". Pero no me atrevía. Primero fui a Albalá a decirles mi proyecto y me dijeron que estaba muy bien, que los materiales costaban tanto y tanto. Les dije como decimos: "Bien, si quiere hacerlo, hágalo, pero la cuenta". Yo decía: "No". Pen-

salta y se queda yendo a verlos en sus tiempos libres.

Tu me inventas el compresor y ya era una entrada normal. Entonces me inventé un trabajo que era hacer paños fríos, chifles, mami y bathas frías. Hacía eso a día a vender en las tiendas, y me iba más a montes bien. Me moría como ya se vio sin compresor ni nada, dije: "Voy a empezar a trabajar en una fábrica. Voy a trabajar dondequiera", y fue a buscar trabajo. Yo le mandaba a la fábrica a el dueño de bathas a día mami a que venga a sus computadores. Entonces el vendió y a la semana me trajo la plata. Y así pasábamos más o menos la vida.

Por eso entonces Pedro José tuvo una rabieta y se golpeó la base de la columna y tuvo un embolismo. O sea, se le cayó el cerebro derecho y se quedó blaco. Así es que lo llevé al hospital, le curé y los remedios eran carísimos. Yo trabajaba para eso, le llamaba el remedio Prednisona, una de las tabletas. Y entre esta y la otra, llegó el día en que finalmente decidí irme al Ministerio. Dijo: "Usted son ciudadano y el Estado tiene que subsidiarlo". Me fui y en el Ministerio les dije: "Yo quiero subsidio", me dijeron: "¿Cómo es eso?" Entonces les conté del hospital, de todo el trabajo que había estado haciendo. Me dijeron: "Véi, vamos a darle el material, pero sueldo no tenemos. El sueldo no más, es así honorario". Yo no quería sueldo! Yo quería que me me diesen el material! Me dieron un pizarrón, una caja de filar, unos centos bien sencillos con monedas sencillas y cuarentos y lápices. Y por de una vez me compré unos tres o cuatro cajas de pizarrón. ¡Y ahí sí, fui feliz a enseñarles a escribir!

Los sábados en la tarde que eran visitas iba al hospital y los domingos iba de mañana al culto y en la tarde al hospital. Entonces mi marido nuevamente se puso enojado. Allí por cinco días y noches. Por último dijo que yo debía tener algún trabajo sosteniendo en el hospital. También la mamá, que al principio me dio ayuda, después no me dejaba entrar. Sentía que estábamos interrumpiendo en su mundo, que estábamos cambiando la fe de los enfermos. Me mandó muchas veces, incluso una vez con el pretexto de que me tenían que sacar radiografías. Así es que nos fuimos nosotros a sacar radiografías

cada tres meses e ingresábamlos.

Un día de esos cuando reunidos algunos enfermos y ellos nos dijeron: "Quisimos bautizarnos". Fuí a la iglesia y les comí. Veníamos y los bautizamos. Me gustaba; era bien bonito y después los domingos en la mañana estaba en la congregación y en la tarde veníamos culto en el hospital y celebrábamos la Santa Cena (eucaristía). Bueno, después por motivos de religión, de persona a pelear con la monja, los hermanos se pusieron allí beligerantes. La monja quería obligarlos a ir a misa. Ellos ya no querían. Entonces le mandaron sacarlo a uno y vino a vivir con nosotros. Nosotros tenemos dos camas y él compartió la cama con mis hijos y nunca les pasó nada hasta que estuvo mejor y se fue.

ENCUENTRO CON LA MUERTE.

Por entonces vino un predicador español, Juan Antonio Monroy y una campaña (evangelizadora) bien bonita. A mi madre le cogió un fervor y se fue a provincias con este hermano. El hermano se fue a España y mi marido quedó en gira en Ambato. Ese día mi hijo murió. Hasta unos quince días había abandonado el tratamiento para los ojos y estaba bien, se le curaron, ya no tenía estrabismo. Y como estaba sano, se le había curado. Le había puesto las varanas, completaba las dosis, estaba bien.

Ese día ya tenía poca plata y quería hacer una sola comida al medio día, entre el día, para que no me pidan en la noche, porque teníamos poca plata —a veces casi no comíamos— y no quería hacer tan pronto la comida. Pedro José me llevaba a la cama: quería comer y yo le daba de lactar. Quería dejarlo dormido y él no se dormía. Él se me dormía y él no se dormía. Finalmente dije: "Bueno, voy a cocinar". Eran las diez de la tarde y dije: "Móstrame si es buena hora. Voy a dormir y ya no me piden más de noche". Entonces fui a cocinar y dije: "Muyan a estar lista". Fuimos a buscar la leña y yo también. Cuando ya regresaba con la leña, Pedro José estaba morido

casi hasta medio cuerpo dentro del fuego! Yo le quité la manta. Y si se había quemado, y no se había quemado. Después dije "Mi hijo, vete a jugar". Y me dijo: "Tati mamá. Tati". Le dije: "Sí". Y me hizo con la mano salite y se fue. Diez minutos después los digo a mis hijos, a los dos grandes: "Bueno, ya hacen de loín. Vengan a que se bañen. Bañen a su tío para que se bañen los tres". Le bañaron y se lo encontraron. Me puse a bañarlo, a bañarlo, a bañarlo por todo sí. Me lo encontré a mi hijo. Pasaban las horas, las horas, y le bañaba, mi marido vino a las diez de la noche. Yo lloraba. Y mi marido dice: "Mi hijo está ahogado!". Le dije: "Díle Dío puede ser?"

Hubo un pozo de agua que el cura tenía allí, el pozo de agua para los materiales. Había florido bastante. Era para aporachar las aguas floras. Mi marido cogió un baldé y sacaba el agua. Después se murió y cuando él se murió, le puse el cuerpo de mi hijo. Estaba quemado con las piedras y le sacó. Yo perdí la razón. Era una locura. Era horrible. Salí a la calle a tirarme debajo de un carro o alguna cosa así. Después me trajeron. Yo estaba ahogada.

Vino mi suegra. Ella nunca me había querido. Siempre decía que soy una india, que había matado al varón con la de su hijo, que yo era gente boba. Yo me quería. Trabajamos el cuerpo de mi hijo a mi cuarto. Era increíble. No podía creer que ese cuerpo estaba helado, frío, no respiraba. Era una locura. Vino la policía y se llevó a mi hijo. Me me dejaron ir. Vivieron bastante gente, Me al oírme se habían enterado: chorrearon de la iglesia, gente a la que yo daba clases en las noches, toda esa gente— y me consolaba. Y yo lloraba, lloraba mucho. Al otro día fuimos a la comisaría a ver lo que decían de mi hijo. Y le fuimos a enterar.

Le enseñé al hermano Moncey Me mandó una carta y 100-dólares. En esa carta me ponía ese ejemplo de cuando el hijo se le muere a David muestran el hijo estaba ahogado, entonces, él se ponía de loco y todo. Y cuando el hijo murió, él se murió y dijo: "El no puede venir donde mí, pero donde él está ahora yo me he de ir algún día".

Te enseñé a hacerlos, pero botabas en las tarteras. Cuando se hacía la noche, escribía poemas para mi hijo.

Mi marido tuvo una gran crisis de fe. Decía: "¿Estaré haciendo la obra del Señor, ¿por qué?" Empezó a decir que no existe Dios. Entonces, me enseñamos piano, el teclado. Era terrible, ¿no? No nos alcanzaban lo que ganábamos en los alcancabos. Si solo trabajásemos ya para los enfermos. Lo que él ganaba eran quince meses después. Le enseñé al hermano de la iglesia y me dijo: "Te los puedo dar un trabajo". Dijo: "¿Qué?" El trabajo era hacer la iglesia, arreglar la iglesia para el domingo. El sábado de mañana me iba a arreglar la iglesia. Comprábamos las flores, todo, todo. Disponíamos todo para el otro día. Nos pagaban 150 monedas por hacer ese trabajo. Yo hacía eso en dos horas. Enseñábamos, todo. Y en la tarde, iba donde los hermanos del hospital. Dios, cuando llegué, apenas murió mi hijo, eran diez soldados. Decían: conéctame. Mi hijo murió el 8 de noviembre y en la Navidad yo enseñé, hice alcancabos, todo lo que podía. Hablé con los hermanos y me di regalos para todos los hermanos del hospital. A ellos les habíamos dado regalos también los comités de damas que se reúnen. Y cuando nosotros fuimos, ellos nos dieron todos los regalos que les habían dado, y nosotros les dimos los regalos que habíamos conseguido.

El sacerdote allí tenía una vida como de soltero y llevaba mujeres y todo. A raíz de la muerte de mi hijo, el sacerdote empezó a hablar conmigo de la Biblia primera, a decirme que yo no tenía nada, que por eso me había castigado Dios. No, tenía la Biblia en la mano, decíatelo con él y pedíabamos. Después empezó él a cambiar de actitud y me mandaba regalos, comida generalmente, caracoles, gallinas, queso, así. Todo era bienvenido, ¿no? A veces no tenía ni qué comer igual, habíamos hermanos que así viajaban a la Costa —cobrar todo, el hermano Johnny viajaba a la Costa— y nos traían plátano verde, por ejemplo. Eso me servía a mí para hacer los chiflón y a veces era lo único que comíamos. Cocinábamos los verdes, los mollos cocinados, los mollos, comíamos así, y a veces solo nos comíamos. Entonces, todo era bienvenido.

de. *Yo me acordaba de mi madre que me decía: ¡Cuidado!*

Yo nunca me imaginaba que el cura estaba complotándose como mujer hasta que un día él me dijo claramente. Yo le mandé al diablo. Fuéramos muy duro. A los quince días de eso, cuando la casa. Primero, cuando me lo dijo claramente, me dijo que si yo no aceptaba, tendría que irme de allí. Entonces yo no le hice caso, pero a los quince días de eso me mandó la casa y salió las telas y los ladrillos. Yo cogí a mis hijos y nos salimos afuera; mi marido estaba trabajando. Vía como todas mis cosas —las camas, las sillas, todo— se movían.

Un curuleño que vivía por allí nos dijo: "Vámonos a mi casa. Vámonos a una bodega que ya tengo. En esa bodega usted puede vivir no mucho tiempo, pero hasta que encuentre algo. Sus hijos no deben hacer ruido, porque la dueña de casa no quiere niños en la casa y me arrojó porque era para bodega". Fuimos allí ocho días y los niños pasaban enredados en la mayor parte del tiempo. Nosotros fuimos a casa y salimos de allí. Paralelamente a eso, fui a verla a un señor que nos ayudó cuando se murió mi hijo. Fui a verlo y le dije cómo estábamos y buscó el trabajo para mi marido y se hizo policía municipal mi marido. Entonces ya con el marido fijo de policía, buscamos algo para pagar arriendo y fuimos a una casa a pagar arriendo.

Al otro día que murió mi hijo yo dije una cosa cruel contra mi marido, que para él era una cosa así cruel, pero después viéndolo, era una realidad. El me acusaba y me decía: "Overalada, tú le mataste a mi hijo". Yo le dije: "Si trabajaras como es debido, si me mantuvieras, arrendaríamos un cuarto y mi hijo no habría muerto". En realidad, si hubiéramos tenido dinero, hubiéramos vivido en otro sitio.

Eso es el fin de esa etapa y solo hubiera que añadir un asunto. Hasta a nosotros vino una curuleña en una casa de al lado. Esta curuleña tenía tres hijos y el marido en la cárcel, y la curuleña se emborrachaba mucho. Venía pagando eso. Cuando ya no estaba, hacía los días de comer a los hijos de la curuleña, porque estos niños pasaban hasta ocho días sin comer —la mamá, la abuela

también pasaba? Nosotros no sabíamos, porque veníamos de trabajar y no encontrábamos comida. Así porque herfita repartía. Una vez veníamos y la encontramos en plena repartición de comida a los hijos de la escuela. Entonces yo le dije a mi marido: "¿No podríamos hacernos cargo de uno y que la mamá se respaldara billete de los días, porque no podemos dar de comer a tres herfita más". Entonces uno pasó a vivir con nosotros.

Rosa, la escuela, nos regaló un gran carrito y ramilletes, más que nada. Vino a la casa y nos dijo un día "Patrona, yo quiero que me apudes a una casa". Le dije: "¿Qué casa?" Me dice: "¿Cuándo es más?" Yo me le entendí: "¿Cuándo es más?" Le dije: "¿De qué?" Ella que yo pago de arriendo a la dueña de casa cada mes. "Ah", le dije. "Bueno, un mes son treinta días". "¿Cuánto pagas mes", me dijo. Le dije: "50". Me dice: "¿Cuánto es ahora?" Le dije: "18". "Entonces, vos me arinas, patrona, cuando es más". Le dije: "Bueno". Y así a los diez o doce días vino-dóla Rosa y me dijo: "¿Tú es más, patrona?" Le dije: "No". Pero patrona dueña dice que yo es más". Entonces le dije: "Venís a tu casa", y nos fuimos.

Ella vivía en un patio y su casa era lano de diez. La dueña de casa tenía una casa bonita, pero en el patio de la casa había un espacio de tres metros por dos corrido con lano, con cerrosos que ella, la escuela, había conseguido. O sea que la dueña de casa le arrendaba un espacio de seis metros cuadrados para que viva con nuestros hijos y la escuela 120 mensuales. Me dio indignación y fui a hablar con la señora. Me dijo que no me meta, que soy una metida, que... Le dije: "Yo. Ella no le va a pagar. Ella le pagó el 18 a usted. Me le va a pagar". "No, si no me pagan, ya vas a ser larga tal, larga cual". Yo de llorar me le largo". Le dije: "¿Qué qué no le arriendo un espacio, por qué le tiene así?" Le largo, ¿qué entre a mi casa? Ella larga apretosa, piéjosa?" Le dije: "Pero la plaza de ella no es apretosa, ni piéjosa. ¿Qué el cargo la plaza". Me fui y entonces dóla Rosa me decía: "¿Entonces, patrona dueña de casa, ahora me pagas? ¿Cómo no me va a pagar si otras veces cuando venga chutando me pagas?" Le dije: "No, no le va a pagar".

Al otro día viene gritando un hijo de doña Rosa y me dice: "Patronat! Patronat! Anararap! Anararap!" Yo le voy y el chiquito me da la piel quemada, me da espelma. "¿Qué te pasó?" Yo le quito el cepo y él grita. "¿Qué te pasó?" le digo. Me dice: "Patronat! dueña de casa, agua caliente nos botó". El mismo amulha así siempre después; me da como cuatro años. Fuimos a verlo y doña Rosa estaba llorando y tanto toda la ropa mojada y echaba humo. La dueña de casa los había echado agua hirviendo. Entonces yo fui, le recitaba y curémos un sufrimiento distinto. Nos involucramos y le dije: "¿Cuándo va a ver usted?". Yo fui con doña Rosa a la comisaría y sacamos una boleta de auxilio. Dijo: "Mira que le tope, usted que le mare prensa". La señora dueña de casa fue a una comisaría también y sacó una boleta de captura por robo.

Al otro día yo estaba en la casa cuando viene y me cuenta el hijo —era Manuel, el niño que vió con ametralladora— y me dice: "Patronat, ¿cuál una cosa? Le llevaban preso a mi mamá!" Yo así y veía que le llevaban y le dije: "Doña Rosa, ¿dónde está la boleta de auxilio?" Dice: "Aquí tengo papel que me dió, papel aquí tengo", y en el caso tenía y les dije: "Aquí está el boleto de auxilio. Ustedes no le pueden llevar preso. ¿Dónde caben qué pasó?" Dice: "Está acusada". Yo, les dije: "La rebota en la ladrona". Y les expliqué toda la situación. Entonces el policía dijo: "Yo no tengo nada que hacer. Con la boleta de auxilio, ya no puede llevarle preso".

Al otro día, estaba yo en la casa cuando vino corriendo dentro de los hijos y dijo: "Patronat, ¡vaya también la casual!" Y yo que fui, la dueña de casa ordenaba a los otros inquilinos que vivían dentro de la casa de ella (porque era una casa grande) que le también la casa, que le también —eso no era casa era casucha— me vino de ella y de los hijos para que se vaya. Nosotros tendamos una parrilla de fogones para dejar a los ladrones porque arribamos allí para cuidar. Entonces fui, saqué la pistola, y les dije: "Patronat, nadie le toque la casa de doña Rosa". "Ah", la dueña de casa se iba gritando. "¿Qué? ¡Usted que se me metió a llevar preso! ¡Venencia hija de mamá!" y no sé qué decía. (El marido era militar.) Entonces yo les

dije a los hombres: "¡Unidos quitas una teja, yo les voy a la tapa de los sesos. Unidos son unos inconscientes. Unidos no se dan cuenta, unidos también pagarán arriendo. ¡Algun día les va a hacer la misma. ¡Por qué se aprovechan de ella! ¡Por qué son injustos! Ella es pobre, igual a nosotros. ¡Unidos son dueños de casa!" "Oh, es que la larga apena, la larga es mala, la larga es buena". Pero la plata de ella me apena. La plata no es mala, pero de la plata de ustedes y de ella vive la familia de casa esperando como pascos que ni da maestra". Entonces ellos se suben en las escaleras a bajar las tejas y ¡cuánto yo disparo el primer tiro, ¡ah! Les digo: "¡El otro les va a la cabeza!" Se bajaron las escaleras y se metieron. Mi marido vivió en esa casa. Me pagó, me insultó, me dijo que soy una marida. Pero yo sabía que era la verdad.

Entonces fui donde mi cuñado que con había ido de la tienda —era riquísimo— y le dije: "Vea, usted tiene un terreno. A su persona, dele que vive allí". Le conté todo y él rió, pues era su tío. Pasa, hablé con ella en quichua —¡qué le dije! Al otro día dele casa y los hijos harán niños primeros. Después que piensen el barro e hicieron adobe, hicieron una casa, un cuartito más grande que el que tenían en el patio. Como eran de ellos las latsas, cubrieron las latsas y pusieron de tejas y se fueron a vivir allí. Esa era una de las últimas cosas antes de irse de allí.

Una señora que arrendaba una cabaña allí de al lado, viéndome a mí pobre, vino a la casa. Según ella, me admiraba y se llevaba conmigo. Me dijo: "Usted no debe desperdiciar su talento. Usted podría enseñar. ¡Es lo si ellos usted hablaban! Usted parece abogado! ¡Usted podría ser un abogado! Usted podría ser un abogado!" Entonces dije: "Si siempre he querido estudiar, pero después de mi marido". Siempre yo le decía así a mi marido: "Estúpido. Vea, mi hijo, estúpido, porque los hombres mantienen la casa". Yo le decía y él no quería. Cuando ella vino en la tarde me dijo: "¿Qué qué? Yo le voy a enseñar a su marido. ¡Estúpido! Cuando vino en la tarde yo le dije a mi marido: "Vea, la señora quiere hablar con

nge", y él se fue. A lo que respondí, cogió el alfiler de la plancha y me pegó. Yo tenía una rubia y cogí la plancha por la tira y estampé en la cara y él tuvo miedo. El caso que yo le dije a ella, pensé: "Yo le voy a hacer mucho daño; yo con esto le marro la cara, sí". Entonces vino la vecina y él se corrió, y a lo que se fue me dijo: "Le prohibo que te lienes con esa mujer".

LOS LIBROS, COMPAÑEROS DE VIAJE

Yo tenía unas planas —siempre me guardaba— y dije: "Bueno, ya que no voy a poder estudiar, no voy a dejar de leer". Había sido habitué de los cineclones, pero ahora había leído un cineclon. Así es que fui, compré *La Odisea*, compré *La Ilíada*, y otro más; compré los tres para leer y decía: "Por lo menos no me voy a dejar vencer; voy a leer. Algún día me va a servir". Y cargaba esos libros que eran pesados a todas partes. Cuando nos cambiáramos de casa, yo siempre buscaba que los libros ocuparan limpiadores, baldesitos.

Después de la muerte de mi hijo, ya que nos habíamos ido la casa, pasamos a vivir en la ciudadela Anaxotona que es en el sector de Tuxtla Chico. Allí hicimos amistad con alguna gente. Yo tenía solo dos hijos: Verónica estaba en la escuela y Felipe estaba solo en la casa. Felipe escuchaba figuras porque le faltaba un hermano. Yo había ido y me dedicaba a cortar figuras de los periódicos y los tiras cómicas y los hacía hablar. Verónica y yo decía: "Mamá, está la dice: 'Figura'". Y así se inventaba diálogos. O me decía: "¡Qué están diciendo!" Y como él me escuchaba y no le interesaba el diálogo que decían, entonces él se inventaba los diálogos, y me daba pena.

Mi marido era policía municipal y su puesto de guardia estaba en la Tenencia Municipal. Se enteró entonces que en un salón que había frente a la Tenencia Municipal había una vacante de cocinera y vino y me dijo: "Voy este trabajo". Le dije: "¿Cuanto iba voy a trabajar?" Entonces a él le gustaba cómo yo cocino y como hablamos también el lenguaje de comidas, él sabía que yo podía y me fui a trabajar. Me pagaban 500 mensuales. Con eso y los 150 de la iglesia y el sueldo de mi marido vivíamos más o menos. Vivíamos bien, más o menos bien, salvo los incidentes de los celos de él que me decía que estaba con cualquier persona, se inventaba y habían las peleas. Pero económicamente vivíamos establecidiéndonos.

Como ya tenía un horario y libertad estaba en primer grado, entonces le dije: "Bertha, ha llegado el momento de asumir responsabilidades. Voy me voy a ayudar". En que yo pasaba todo el día, pues, cocinando. Mandégame a las cinco, hasta lo que cada podía y Bertha tenía a contemplarlo. Yo venía en la tarde, lavaba hasta las once, después de la noche, y así era mi vida y la de mis hijos. Entonces entré un mes allí y al mes siguiente me dice mi marido: "¿Te gustaría trabajar en una librería?" "¿Claro?" Entonces: "En la librería de aquí a media noche hay un puesto. La señora está buscando a alguien que quiera estar vendiendo". Eso más de lo que yo podría haber imaginado! Siempre! Toda la vida entonces dije: "¡Sí!" Pero me dice mi marido: "Voy a ver el sueldo". Y dijo: "Aunque sea menos", pero me pagaba lo mismo y pasó a trabajar allí y me parecía mejor. Entonces le puse a mi hijo en un jardín de infantes del gobierno, un jardín de infantes en que yo me había criado. En un jardín del gobierno le dió a una desgracia, almorzaba y dormía. Colocaban dos mesas contiguas. Entonces le puse a mi hijo allí. Así a poco un certificado de que estaba trabajando y pasó a trabajar en la librería.

Pueda salir a media día. Mandégame yo a las cinco de la mañana, trabajaba de ocho a doce y en la tarde de tres a seis. Entonces yo tenía tiempo, pero mandégame igual a las cinco de la mañana, hacia el desayuno, arreglaba la ropa y dejaba preparando las cosas para el almuerzo.

no, preparando así, cosa que era de venir y meterlos a la candelita, no más, y le decía a Bertha: "Lo que yo esperaba de mañana, ni enjuagaba en la tarde. Y la correa debía estar limpia siempre". Yo tenía un paquito antes que ella: tenía a mi niño; él, hijo también tenía cosas suyas. Entonces ella tenía, le daba de comer y bajábamos —ella bajaba a la escuela, yo bajaba a mi trabajo— y en la tarde, ella tenía y enjuagaba la ropa o en su dormitorio, ella enjuagaba la ropa y yo en la madrugada enjuagaba, y así nos dividíamos el trabajo.

Felipe era muy pequeño. Empecé los domingos a enjuagarle ropa se lavaban las cosas, y Felipe empezó a arreglar el cuarto, o sea, a apilarlos más porque no sabía hacer así nada; empezó a apilarlos, a aprender a hacer las cosas, y empezó yo a comprar pollos. Siempre me han gustado los animales. Recuerdo que en la Quinta Norte cuando yo era más difícil le donde los hermanos, al hospital, entre ellos había alguien encargado de ver las cosas y todo. Era más difícil —mi marido ya no me dejaba: pero una vez salió uno de ellos del hospital y vino donde nosotros viviendo y me dio las gallinas. Entonces un día se fue. Dijo que va a volver luego. En efecto, volvió y me trajo una gallina. Me regaló una gallina negra y para mí fue el inicio a tener animales. Teníamos espacio en esa casa donde teníamos. Llegamos a tener veintidós entre patos, gallinas y gansos. Y como mi marido era policía municipal, él más de los mercados lo que le regalaban las vendedoras. Y los enjugábamos con mi y trataba! Me gustaba, ¿no?

En ese tiempo mi vida a dar cuenta de cómo era el asunto: un policía municipal no vive solo de su sueldo; vive de las colinas. Mi marido ganaba 1.345 pesos mensuales. Eso era su sueldo nominal; de ahí le descontaban el Seguro. Entonces yo hice un pacto con él. Le dije: "Por todo lo que yo te vivía, por lo que yo te vendía, yo nunca te entera a nadie todo el tiempo que trabajé en las calles. Por el tiempo que hemos vivido, por lo que yo sé, no quiero que a las vendedoras les ruben. Me parece indigno. La vida en las calles es muy dura. ¿Cómo se puede robarle al pobre? ¿Te acuerdas de cómo Rosa? ¿Te

acuerdas con sus ganancias? Vos sabías cómo vivían así
hacia de veinte años. Vos sabías cómo nosotros no
comíamos y no podían? Entonces si no volvísteis por ahí.
Pero hay otros recursos, infinitos recursos que puede utili-
zar un policía municipal. Por ejemplo, si veía basura en
la calle, en las veredas, entonces mi marido le hacía
un parte. Era difícil un florín de parte a los policías y no
eran numerosos. Por ahí se producían los abusos, ¿no?
Entonces si los llevábamos un parte por basura en la ca-
lle y le hacíamos al dueño de casa. "Basta, lo voy a pasar
ante parte, andase". Antes de ir a la comisaría, le sobor-
naban a mi marido, ¿no? El soborno era cincuenta ce-
ntes, cien cetes, así, dependía. Pero el soborno de las
verederos era mínimo de dos pesos y máximo de cin-
co pesos. En ese tiempo un veredero ambulante gana-
ba cincuenta pesos y si se topaba con cinco policías al
día, le estaban quitando la quinta parte de su ganancia
en el mejor de los casos, si era más. Entonces mi marido
no podía irle a las verederos y llegó a ser bien que-
rido y él me decía a mí que gracias a lo que le había di-
cho, las verederos lo querían y lo respetaban. No sé
ahora, pero mientras yo vivía con él, lo encontraban y le
daban tres. Y él decía más, pues. Si encontraba sacos
de materiales de construcción en la vereda, enton-
ces él le cobraba, pues el dueño de casa retiraba los es-
cimientos y aparte le pagaba la cuota. Así había una re-
lativa prosperidad en cuanto a lo económico.

En cuanto a lo sentimental, no podía yo pedir una re-
conciliación. Él no tenía nunca confianza en ninguna
mujer, ni en su madre. Nunca supe que tenía otras mu-
jeres, sino el problema era la conducta de su madre. Yo
le dije una vez, cuando recibí con confianza "Si se ven
con alguien, lo dejas". No sé si sería por eso o por qué,
pero ya nunca le vi, ni supe. Una vez me dijo que le in-
teressaba una chica y que la pedía, que nunca había
pasado con ella nada pero que lo estaba intentando. Pe-
ro, no sé, no me contó que haya hecho nada.

En ese tiempo empezó, digamos así, una tarea: la de
leer. Totalmente mi marido se opuso a que volviera a ha-
cer el trabajo de la iglesia. Él me decía que en un día que

El trabajo unas dos o tres semanas, él tenía lo que me pagaba la iglesia en un mes por trabajar. Peleó todo el tiempo e insistió que a hablar una vez con el hermano y le dijo que en la congregación era injusto que él no podía hablar con su mujer, no podía comunicarse, ni siquiera tener un domingo para él, porque su mujer ya estaba trabajando todo el día y encima el domingo iba a dar clases y el sábado iba a trabajar en la iglesia. Así es que me desanimé de la iglesia porque además se puso celoso con uno de los hermanos. Entonces dejó de ir a la iglesia. Él no iba a la iglesia. Era su represalia: él no iba para que yo no vaya.

Entonces empecé a trabajar en la librería. Leía todo lo que yo podía, pasaba leyendo la mayor parte del tiempo. Me decía: "Para ser buena estudiante, debo saber qué estoy leyendo". Así es que me leía todos los prólogos de todos los libros que encontraba y de los que me gustaban, leía todo el libro. Bueno, después a tener algunas excepciones de arquitectura, de ingeniería, de filosofía leyendo y me gustaba, ¿no? Llegué a conocer la mayor cantidad de escritores españoles, los best sellers, los premios Nobel. Era un tiempo increíble! En ese tiempo había una riqueza espiritual bien linda, un crecimiento sobre todo, un conocimiento de muchas cosas, un ponerse al día de más cosas de las que yo sabía y empecé mi inquietud. "

Vivíamos en un barrio donde había bastantes delincuentes. Estaba dividida la gente así: la gente que se creía "la gente bien" no dejaba que sus hijos se junten con los delincuentes y los delincuentes en las esquinas de las calles eran los prescriptos. Los sábados y los domingos compraban los autos, los rubos. Conversábamos con mi marido y le dije "tengo muchas cosas que decirte muchas cosas para saber por qué". Le dije que como yo era mujer, no podía, que se acercara él. Y él fue y habló con ellos y conversamos y les propuse formar un grupo. Entonces los invité a la casa. Conversamos y le dijimos presidente a mi marido. Entonces dijimos que vamos a conversar con ellos. Queríamos saber qué pasaba. La mayoría de esos muchachos, de los drogadictos —porque habían barba-

nos drogadictos— eran estudiantes de primeros, segundo, tercer curso. La situación económica y la crisis de sus hogares les había alejado de sus estudios y eran chicos económicos de tercer y cuarto curso, no pasaban de ahí y se drogaban y se emborrachaban bastante. Entonces conversando con ellos me enteré de la cantidad de problemas que se dan al interior de los hogares: alcoholismo de los padres, la separación —todas esas cosas— del hombre, de la necesidad, la falta de trabajo. Los muchachos buscaban matujo en vano. Se repaña mil historia. Entonces ya les vela y aunque se dice que los varones son más fuertes, en realidad son más débiles, porque ya con todas las cosas que cubría y había cubierto, hubiere tenido miedo de emborracharse. O sea, el medio condiciona a la mujer a no emborracharse. Ellos no tenían eso.

Les dije que le pongamos un nombre al grupo y buscamos actividad. Se inventaban todos los nombres: había un mundo de nombres y al final el grupo se llamó "Barricada". Con el nombre de "Barricada" hicimos una colecta para sacar hojas mermeladas con el nombre del grupo. No sabían de dónde sacar y todos decían: "Un levante de noche, un levante de noche..." y se reían. Ya me caía que era "un levante de noche". Se pusieron una cuenta, cumplían, sacaban las hojas. Entonces les pregunté, y me dijeron que ellos, cuando les pagó diositas, se levantaban de noche, se hacían los que se llaman al baño y se volaban del bolsillo del papá.

Bueno, hicimos las hojas. Buscamos cerca de las fincas de Quito y sacamos unos oficiales pidiendo a todo el barrio un nombre de todos los muchachos una colaboración para las Barras. La mayoría del barrio colaboró —solo algunos no colaboraron— e hicimos las Barras. Después, en enero, decidíamos elegir otra dirección, porque ya les dije que no valía que solo entre ellos, que los barras involucrar a sus papás, porque si los involucraban a los papás, los papás les llaman a ser con desconfianza al grupo y si involucraban a los vecinos, los vecinos que querían que sus hijos no se llevaran con ellos, entonces los vecinos también decían que podían captar puntos de discusión, llan a ver que también sus hijos podían tener

en el grupo.

Iguad por culpa de los libros llegué a conocer otra cosa. Había en ese tiempo una colección. Se llamaban *Salvati* Grandes Tesoros y yo supe qué comprar. Uno de los tomos decía *Polipolietilo y Anti-polipolietilo* del Sr. Daniel Campos. Leí. Por un cheque para mí. El libro decía que en su los debe llamar "mami", que debería llamados como enfermos mentales, que siete de cada diez personas tenían problemas mentales. Sobre todo, hablaba mucho de esquizofrenia y decía que son personas que simplemente tienen una realidad distorsionada de como nosotros aceptamos, pero que ellos no se sienten locos. Llegué a saber que Van Gogh fue un pintor esquizofrénico. Había una terapia ahí para cuidar a los enfermos. No era ahí en las cárceles que son los sanatorios, sino en ranchos con enferos, con cariño, con comprensión. No es el más el enfermo, sino a veces la madre, los padres que pelean. Mía decía a mí el libro todo eso y tenía miedo por mis hijos. Les veía las reacciones y decía: "Pueden mis hijos volverse así". Toda mierda, mucho miedo. Decía el libro que antes se repleaban al garrote, al palo, los cadenas, la celda de fuerza, los baños hirientes para los locos y que la moderna medicina empleaba los químicos que eran exactamente igual y no recibían ninguna atención. Estaba en contra de la medicina totalmente. De la terapia sacaba más saber las respuestas que generalmente los esquizofrénicos tienen un coeficiente intelectual alto; no es bajo, no son idiotas. En los resultados de la terapia mostraba unos dibujos que hacían los niños en sus momentos de más depresión. Había un poema que me golpeó durísimo. Era "Poema de un Niño Hospitalizado". Me recuerda literalmente como era, pero era así, más o menos: "Miedo, porque tú eres buena, no puedes querermos a mí porque soy malo. Si me quisieras, fueras mala. Tú eres buena, por eso no me quieres. Me pagas porque soy malo. Cuando piensan buena, me vas a querer, pero soy malo y no debes querermos".

Entonces se ponaba, como siempre me lo decía, los padres no tienen un monopolio de la verdad y cordialidad con sus hijos. Me tío el firme propósito de cam-

lías, y con los muchachos del barrio acalifuteo en situaciones y me daba cuenta de que era un problema de familia. Empecé a hablar con los papás; hablélos uno a uno con los papás. "¿Qué pasa?" "Es que mi hijo es rebelde". "Vero, ¿por qué es rebelde?" Y así. En el fondo habían muchas cosas. Las mamás lloraban. Los papás no lloraban, pero las mamás, sí. Era toda una frustración de cómo se están tratando, de cómo los hijos se hacen grandes y adoptaban las actitudes del papá con la mamá y con las hermanas. Hicimos así como una familia grande. Cuando los hijos volvían a tomar, venían a la casa. "Vea, tía, Luamila". O le decían a mi marido: "Don Juliáncito, mi hijo ya tres días que no se acosa. Tómalo, díquele anda". Y nosotros fuimos a buscarlos. Era bien bonita hasta que mi marido empezó a hacer almas con los muchachos.

Yo hablaba bastante con ellos y creía que el triángulo de ellos sería no tomar los dirigidos. Conversemos así. Los veo. Les dije que por qué a ellos no les quería el barrio, que por qué no podían tener una chica o una cosa buena porque los maten, odiaban, inclusive las mamás les apartaban a sus hermanas de ellos. Hacemos así formamos unas patrullas juveniles. Los chicos de semana todos podían tomar menos los chicos que están de familia y se iban por el barrio viendo que no haya matón y roba, ellos mismos. Vigilaban el barrio. Yo me consideraba feliz. Decía que vengan todos los muchachos que conocíamos. Era sábado, un día de tomar y venían a las cinco de la noche a decir que querían jugar. Nosotros vivíamos ya más o menos bien. Arrendamos un departamento en 500 pesos. Tenía un dormitorio, una cocina y una sala. Así es que vivieron ellos y en un viejo dormitorio grande de madera que tenían (nos habían regalado) nosotros le pusimos una red para ping-pong. Ellos vivieron y dijeron que querían jugar. Les di todo lo red, las raquetas, las pelotas y bazuca. Se quedaron jugando y yo me fui a dormir. Mi marido se quedó con ellos. Después de un rato también vino a dormir. A las cinco de la mañana se despertaban totalmente sobrios. Ella había comido esa noche! Y yo me sentía bien feliz

porque no habían tomado.

Se acercó el Día de la Madre y vinieron a hacerse presentes todos los muchachos. Entonces mi marido empezó a decir que era un interés de hombre por mí, y un día que ellos se acercara por ahí a alguna chica, él me obligó a golpear a salir a la ventana a que identificara quién era que estaba tocando. No era conmigo. Los niños floraban bastante, pero desde esa entonces le dije: "Verás, la próxima vez que quieras pelear, que ellos no sepan, que no nos vean". Entonces ya le vela que venía a pelear, en pin de leonora, y yo mandaba a los guaguas al parque o adonde sea. No quería que nos vean pelear. Después se daba cuenta, porque me veía llorar. En todo caso, yo me hice el firme propósito de que no sea así. No solo me dolía; me daba miedo de que pudiera pasarles algo, hacerme como los muchachos. Entonces le decía: "Mí hija, ¿qué quieres ser si no haces persona?" "Mariposa", me dijo una vez. Le dije: "¿Por qué mariposa?" Dijo: "Para volar, volar fuera de aquí". Dijo: "¿Qué quieres estar en la casa?" "No, no es eso", me dijo. "Quiero ser mariposa para darte felicidad a los ricos". Dijo: "¿Cómo así?" "No sé, a mí me parece que ellos no son felices". Me dejó realmente desconcertada, pero en todo caso aliviada, porque yo pensé que ella quería ser mariposa para salir de la casa. Y le dije: "Después de estar por ahí, ¿qué hicieron?" "Volémos a mi casa".

UN VIAJE DECISIVO

Yo trabajaba allí en la librería y un día la dueña me fue y le dejó al hijo que tenía 17 años. Se fue a pasar por quince días y se quedó el hijo. Entonces yo trabajaba y el hijo también; al venta del colegio con los hermanos, y mi marido empezó a hacer alianza con el muchacho. Un día nos hizo una broma al muchacho y a mí allí en la librería. Yo no sabía qué hacer y en la primera vez que tuve un intento de suicidio. Terriblemente veneno para mí y subía a la casa a tomarme el veneno. El día sí el no día cuando; subía arriba y el día que yo tenía el franco en la mano, me quitó. Por eso me quedé y me quedé. Yo fui a trabajar. Al día siguiente, cogí a mis dos hijos y me fui de la casa.

Era la tercera vez que yo me separaba de él. La segunda vez fue después de que murió mi hijo y todos los días me decía que yo le había matado. Un día que yo tenía dinero le invertí todo en materiales para hacer las papas fritas. El me dijo que le devolviera la plata. Le dije que todo estaba invertido y tiré las cosas y platón. Yo sentí que todo lo que yo hacía me valía para él, no servía para nada, y me fui. Me fui, y a la señora que me tenía dando comida, le amarré con el revólver, y me traje.

Ella era la segunda vez que fui. La primera vez le dije adiós en Chapultepec con la niña. Esta era la tercera vez.

... Me fui con mis hijos, les dije encargando desde mamá y me fui a trabajar. El me fue a buscar en el trabajo. Yo me quería regresar. Entonces se puso de rodillas y besó a mi padre pequeño. Y a la luz de lo que yo había leído en esa libro dije: "El tiene un problema. El tiene un momento problema". Yo sabía que mi suegra no me quería y que hacía distinciones con los hijos y todo. Entonces me senté con él a hablar. Le dije: "¿Cuánto-cómo era?".

... Y me contó todo lo que él se acordaba, todo lo que el padrastro le flagelaba, me dijo que todas las mujeres son malas, incluso su madre era una puta, toda su madre. Si uno tiene algo limpio, es el recuerdo de su madre, y ese recuerdo muy fuerte dañando. Me contó todas las cosas, cómo su madre le obligaba a pedir caridad, cómo le decía: "Anda a buscar la vida", así como mi papá me decía a mí: "Después la sal de la comida", pero papá me decía que busque trabajo. Ella decía: "Anda a buscar la vida". Mi marido me decía: "Tráigame como sea o si no me das de no pagar el arriendo y la comida de casa nos quería mandar a buscar. Yo iba de noche en salido diciendo poemas y la gente me daba limosna y con eso pagábamos el arriendo". Dice que avanzaba desde Coacallan hasta Santa Domingo a pie de noche en salido. Tenía unos cuantos años, y esto hacía hasta bien juveniles cuando ya empezaban a insultarlo. Mi suegra le utilizaba así, y cuando le rebatía plana, se compraba joyas. Ella era analista, era costurera y vendedora de vender costura, pero eso no da. O sea, ella era costurera empírica, hacía delantales. Ella vende hasta ahora delantales, delantales para la cocina.

Me contó de cómo le pagaban sus hermanos, porque no era hermano. Los dos hermanos mayores que tiene son de apellido Olvera y él era de apellido Silva, pero su apellido tampoco es el propio, porque ahí le reconoció el padrastro. Su verdadero padre no le reconoció nunca. El conoció a su padre cuando tenía 18 años. Le hacían sentir mal; le decían que era un intruso, un bastardo, se-

des sus hermanos.

Su mamá me lo quiere mucho. Ahí fui hasta mi suegra e insistí cómo fue el nacimiento de él. Me dijo mi suegra que ella había sido violada, que era un embarazo que no quería, y que cuando nació, a los cinco meses lo mandó desmenu a vender en una piedad para que no moleste (le habían dicho que así los niños duermen como piedras); que el niño tuvo hermapción y así se murió, que los hermaneros le pagaban siempre, y su padastro le sacó siempre un cara al apellido y decía: "Má eres mi hijo y ya te reconozco; debes serme agradecido". Le pagaba y me reportaba que él loco. Igualos acinados, igualos acinados que él con sus hijos! El mameo suportó que los niños, ni de bebé, lloraran. No quería el llanto de un niño. Él dudaba de la paternidad de los niños. Había con él y le dije que eso era su problema y sería mudo de recordarme de las cosas. Le dije: "Tienes que acordarte de todo, de todo, porque me tienes la culpa de cómo está, a vos te hicieron eso. Tienes que salir adelante".

Me hizo el gran propicio: "Voy a cambiarte, voy a hacer de él otro hombre". Así como quería hacer con sus hijos, pero ya él muy serio hecho. El después me enseñaba cuando me podía pedirlo. Después de que me pagaba, me decía: "Má tengo la culpa; ellos me hicieron", y lloraba. Yo siempre trataba de recomarle, le ponía papales. Yo me acuerdo cuando nos reconciliamos, me gustaba ponerle en la cama un papel que decía "te quiero". Decía cosas así, notas la ponía, notas que generalmente decían te quiero mucho, pero él quería que yo sea su mamá. Decía: "Tienes que ser mi madre", y yo decía: "Má quiero ser tu mamá. Quiero ser tu mamá". Ya que yo no fue madre, es que a mí mi madre no me quiere. Soy un hombre de mala suerte y no he tenido madre". Yo quería ser su computadora.

No sé si sería exagerado, pero mi marido me decía que su padastro le pagaba tanto que le desarrolló la piel y que él se ponía la camisa y después me quería sacarme y que pensaba hacer que se le saque la espalda; que su padastro le pagaba. Incluso, a su hermano su padastro le roció y tuvo una hija; mi cuñado tuvo una hija con él

padreastro. La niña había muerto. Entonces me más reforcaba su idea de lo que es la mujer. Para mí marido no era el abuelo del padreastro, era la indiferencia de la mujer, de su hermana. Él no creía en la mujer. Desde elafado su esposa, era, en cuanto a lo femenino.

Entonces empezó a decir que quería el hijo que había muerto. Yo estaba puesta el espíritu; después de mi tercer hijo ya me hizo poner el espíritu. Después de mi tercer hijo ya dije: "No más hijos. Yo no puedo mantenerlos". Entonces fui donde el médico y averigüé dónde era y me dijeron: "Manga cuando tenga la primera menstruación". Tuve la primera menstruación; mi hijo tenía un mes. Puf. Yo no podía tener pastillas. Tenía cálculos en el riñón y había tenido preclampsia en los dos últimos partos. Por eso me perdieron el espíritu y no tenía hijos. Para mí marido era una prueba de mi infidelidad: como yo no podía tener hijos, hacía lo que me daba la gana. Pero antes consentían en ponerme el espíritu. Empezó a presionarme que tengamos el hijo: él yo le quería, que él no lo era infiel, tenía que tener un hijo. Yo le decía: "¿Cómo vamos a mantenerlo? Seamos serenos". Entonces empezó a hablar con los hijos: "Queremos que tener un hijo como el que se fue". Y los chicos empezaron a pedir. Queremos un consejo de familia. Reunimos a todos y los dije: "El problema es que yo tengo el hijo y me jodo. Yo me acabo. La criatura es peso. Yo estoy trabajando y no pienso renunciar a mi trabajo". Me dijo Martha: "Nos vamos a criar entre todos". "Muy bien", dije. "Vélgase, igual direct". Ya estaban todos en la escuela. "Sí, mamá. Le vamos a criar entre todos". Entonces fui y me quitó el espíritu y al mes siguiente estaba embarazada. Felipe tenía seis años; hay siete años de diferencia entre él y el suero que iba a venir.

Llegó el mes de septiembre. Había estado esperando al mes de septiembre con una esperanza porque decía: "Mama me van a pagar el décimo-cuarto-soldo". Yo tenía expectativas con mi marido. Le dije a la señora y no me quiso pagar. Me dijo que no me iba a dar por una madre: no me iba a dar porque ella en realidad no requería de mis servicios, y él ya empezaba a pedir; después le voy a

pedir el seguro social y todo. Entonces le dijo: 'Claro que quiero el seguro'. Así es que me fui al Seguro y presenté la denuncia y fue el inspecto. Ahí pedí mi trabajo.

Pedí mi trabajo y fui a la casa y otra vez a la señora parió. Bueno, cuando había que pintar cerros, pinta mos cerros, ¿no? Pero el otro policía. Entonces ya sin trabajo, nos cambiamos de casa. Fue un día el día que nos cambiamos de casa a vivir donde mamá, porque no tenemos que pagar mucho arriendo. Todos los muchachos del barrio se juntaron. 'Ola van! Olo se van?' 'Ya no podemos pagar el arriendo'. Nos agudaron a cambiarnos de casa. Los chicos estaban bien tristes.

Nos fuimos del barrio y llegamos arriba donde mamá. Llegamos allí y conocimos a una china que tenía problemas porque había tenido la mamá entre embarazos, pero vivían solo dos hermanos, ahora habían muerto. Los mueren el marido le había hecho abortar. Es que el papá de ella quería que la mamá esté embarazada solo para asegurarse que no le era infiel, y cuando estaba embarazada le pasaba hasta que aborta. Esta china tenía problemas emocionales muy grandes. Formaba cantidades. Se hablaba con ella mucho. Llegó de su casa y vino a vivir con nosotros. La china vendía flores en las calles.

Mi marido todavía era policía municipal. Ahí empezó a decirme que como él era policía municipal podía conseguir un puesto en el mercado público para que yo venda. Le dije: '¿Y qué vende?' Me dijo: 'Puedes vender plátanos. Hay una promoción de plátanos'. Entonces allá a vender plátanos. Después hubo una promoción de revistas; vendí revistas. Después salieron los álbumes; vendí álbumes. Mi marido tuvo un accidente, una pelea, con el alcalde municipal de la ciudad de Quito y le sacaron. Entonces solo nos quedaba mi negocio. Fui a vender en los parques y aumenté el volumen de ventas.

Nosotros nos quedamos a vender plátanos en las fiestas de los parques. Mi marido me dijo un día: 'Los guaguas se quedan solos, ¿por qué no los llevamos?' Erán los dos, solo Felipe y Bertha, y yo estaba embarazada del cuarto hijo. Entonces le dije: '¿Llévenlos?'. El dijo: 'O sea nos ayudan'. Le dije: 'Bueno'. Pero tuvo conflicto

de carnicería él y me dijo: "Mis hijos cuando sean grandes me van a sacar en cara el hecho de haberlos criado ciegos a trabajar". Le dije: "No sabemos lo que van a vivir mañana y es mejor que aprendan a trabajar a que pedir caridad. ¿No es como hay papá que mandan a sus hijos a pedir caridad? Yo creo que eso es inmensamente más en deshonro. Debemos enseñarles a trabajar". Como él nos llevaba a trabajar a nosotros cuando tenía dinero para plata, entonces le dije: "Por eso ya no te he dicho que no les lleves, porque no sé si mañana o pasado a ellos les va a servir. Si habes trabajado ahora puede servir para que no tengas miedo al trabajo, para que sepas que en la vida y en la familia tenemos que contribuir todos; a todos tallamos a todos nos 'humidamos'. Y mis hijos iban a los pueblos y en las calles esperaban lo que venían aquí en Quim. Ellos estaban en una escuela en el centro y en el centro venían a los coseadores, a la gente que grita maldad. Entonces ellos esperaban las mismas frases conocidas de los vendedores de aquí en los pueblos y recordaban lo que vendiendo. Realmente lo disfrutaban. Y mis hijos hasta grandes dicen: "Realmente cuando nos ha servido" porque ellos no le han tenido miedo nunca al trabajo.

Una china que tenía problemas, un día se fue a vivir con su enamorado. En el tiempo en que mi marido estaba desahogado y yo estaba vendiendo platos, le encontramos a esta china que habíamos conocido en la Quim Muña. La mamá era divorciada y se fue a Alemania a trabajar y les dejó a los niños aquí y la niña, la mayorcita, se había hecho prostituta. Le encontramos. Le llevamos a la casa. Ella vivía con nosotros y yo salía a vender en los pueblos. La niña robaba, nos robaba. Ponemos un negocio para que ella maneje y nos robaba. Había estado con un chico que vivía por abajo; había tenido relaciones con él. Nos dijo que estaba embarazada y se fue. Se fue robándonos todas las cosas que necesitaba para su nuevo hogar.

Seguíamos trabajando y mi embarazo seguía, seguía, y yo decía: "Una niña tiene que ser sana". Toda una vida que trabajaba en una clínica y creaba nuestras condi-

cas de vitaminas y yo tomaba vitaminas todos los días. Haría el día que fui a dar a las, tomé vitaminas. Mientras el peso y el niño estaba bien, pero mis problemas estaban mal. Me podía casi andar ya, tenía fuerte resaca. Estaba bien mal. El niño nació con fiebre; fue un parto bien difícil. En La Universidad me matricaron los médicos. Habían estudiantes practicantes. Todos me matan la mano. En un momento me puso histérica y les dije: "Si quieren ver parto, aprenden, voyan a ver parto a las parteras. ¡Yo soy un ser humano!" Después me habían sacado al niño con fiebre; me anestesiaron.

En ese parto tuve fiebre en las convulsiones, los tics-dones. Grítalo todo el tiempo y estuvo quince días en rehabilitación. Salí andando con bastón. Mi marido empezó a odiarme al niño. Decía primero que no es hijo de él. Era el más voraz de todos mis hijos. Mamaba con desesperación. Yo ya era madre de cuatro total, y él era el primero que me lastimó con los dedos. Él me sacó sangre con los dientes ¿qué dolor? Y él ya me quería, él le pegaba al niño. Le odiaba. Decía que por él yo estoy enferma. Toda la vida le tuve que proteger, toda la vida. Nunca le quise. Siempre dudé de que era su hijo. No sé por qué. Empecé apenas estaba criando mi hijo a hacer papales para enviar a estudiar. Se dio cuenta y me rompió los papeles.

Seguímos viviendo de eso, del negocio, y mamá se fue a la casa. Al fin tuvo la casa mi mamá. Entró el Comité del Pueblo y la gente del Comité del Pueblo se tomó unas tierras y en esas tierras hicieron las casas. Mamá también quería que yo me alié. Esté tres veces a ese Comité y tres veces me mató mi marido del Comité. Mi marido decía: "Hace con universidades y lo que van a sacar es monjes, eso es lo que vas a tener, por eso te vas". Entonces me me dejó. Mamá tuvo su familia y me dijo: "Yo me voy de esta casa. Ustedes también tienen que abandonar la casa". Ella pagaba el arriendo, así? "Yo me voy a mi casa". Salimos de la casa y fuimos a arrendar una pieza nueva...ocurre como un calabozo... y una cocina.

Al fin me a vivir con mi hijo —Pedro José tenía seis meses, para la Ramona Pedro José en recuerdo del

muerto. Se crió bien sano con una resistencia a todas las enfermedades. Siempre ha sido bien grande. Me acuerdo que comía con una perra. Comía la comida de una perra que tenía la dueño de casa. Con ella comía y no quería en el cuarto y no se enfermaba.

Yo trabajaba y mi marido dijo: "Yo no quiero que trabaje así. Voy a conseguir un trabajo". Y entró a trabajar en una fábrica. Trabajaba por turnos. Generalmente él trabajaba por turnos de cinco de la mañana a tres de la tarde o de tres de la tarde a cinco de la noche. Cuando trabajaba hasta las cinco de la noche, venía a la casa a las cinco y media y venía coloso. Habían problemas. En todo caso, a los ocho meses Pedro José empezó a tener problemas. Siempre comía bastante, bastante. A los seis meses pesaba treinta y seis libras y el doctor me llamó y me dijo: "Es bueno un niño gordo, pero no tan gordo. El niño va a tener problemas. ¿Qué come?" Le dije la comida. El se comía hasta cuatro litros de líquido. No le daba leche solamente, sino dos litros de leche y dos litros de agua (le hacía con avena) y se comía todo, aparte de mi seno. Le empezó a reducir. El doctor dijo que le redujera la leche poco a poco, que le dé más agua y le redujera así la cantidad. Fue haciendo así y después empezó a ponerse enfermo, bien enfermo. Fue al hospital, todos mis hijos han ido al hospital y todos por la razón de gastroenteritis, todos han tenido problemas. Pero él quería tan sano? Yo dije: "¿Qué pasó? ¿Qué pasó?" Cuando al mes siguiente empezó a vomitar. Yo siempre había vomitado cuando él niño tenía año y medio, año tres meses, año cuatro meses, así. Entonces me quedó asustada y al mes siguiente ya no vomité. Dijo: "Entonces está embarazada". (Fui a hacerme el examen y estaba embarazada. Me quedó asustada, totalmente asustada. "Yo soy fea", dijo. "Cuanto hijos? Cuanto hijos y así él es posible? No podemos nunca tener o él, una vez al mes. Yo sé que son leprosimos, pero cada vez me más con la vida y decir: "Yo son feos. Ahora sí, ¿qué hago? ¿Cómo voy a vivir?" Y entonces dijo: "Bien. Me despendiendo tres años de mi vida. Me ahora es bastante voy a estudiar, pero lo que pasar"

Consideré: "Buena, mi marido es celoso, pero viéndolo me embarazada, no me va a hacer problemas. Y si ese año yo sé como me arreglo". Después a hacer papeles. Entonces le dije un día: "Voy a estudiar". Me dijo: "¿Con quién consultaste?" Dije: "Conmigo misma. Yo no he querido estudiar". Me dijo: "¿Has creído que vas a salir?" Me fui al colegio que estaba en primer curso, saqué mis papeles y pregunté si me servían para el segundo curso. Me dijeron que sí. "Correría. Entramos allá me voy".

Hice todos los papeles y hablé con Bertha. La que más me preocupaba eran Bertha y Felipe. Hablé con ellos. Les dije: "Estoy embarazada nuevamente y la situación es esta. Ustedes tienen que ayudarme". "Buena, mamá". Para entonces nuestras actitudes estaban bien definidas. Hacíamos las cosas, Felipe era más dejado, pero como no habíamos opciones: "¿Qué vas a ayudar?"

Estaba en el mes de septiembre todavía. Los chicos de la casa –habían en esa casa algunos muchachos estudiantes– tenían problemas de apuntes y de pagar los libros. Entonces uno de los chicos me dijo: "Ah, usted puede tomarme unas clases?" Le dije: "Buena". Ella se había repuesto el libro y quería que yo le preguntara por un vez si ella sabía. Yo le hacía preguntas y me quedaba angustiada porque yo le hacía preguntas sin el libro. "¿Usted sabe?" me dijo. Le dije: "Sí". "¿Y cómo así sabe?" Le dije: "Porque yo sé estudiar y yo lo sé". Ella estaba en segundo curso y yo había tenido solo primer curso. Entonces dije: "¿Sí puede?" Esa chica me dio ánimos y yo dije: "¿Sí puede?"

Tenía gran ilusión de empezar a estudiar, pero tenía poquísimos recursos. Cuando se le dijo yo a mi marido que voy a estudiar –pero primero le dije que estoy embarazada– entonces se calmó y permitió que me vaya a estudiar. Pero tuvo grandes problemas, sobre todo económicos. No sabía cómo iba a resolverlos, porque estudiar a estudiar significa un gasto en mi presupuesto. Como él estaba trabajando en la finca, le pedí. Me dio para estudiar y me pagó la matrícula. Tenía vergüenza, vergüenza de pedir para mí. Yo sabía que mis hijos eran primero y que ellos carecían de muchas cosas. Pero al

mismo tiempo pensaba que me estaba preparando para que un día ellos tengan otro modo de vida. Yo pensaba: "Si un día falta mi marido, yo no puedo ser ni siquiera empleada doméstica, porque tengo cuatro hijos y si me voy a un lugar me van a decir que los hijos y todo lo demás, que tendría muchos problemas" y que yo realmente creía, sentía, que valía para algo más y quería serlo.

EMPEZAR DE NUEVO

Recuérdame todos los afueras, cosas que yo tenía, fui a vender unos libros y entré al colegio. Los primeros días me cabía qué hacer. Nos tomaron un examen de prueba. Me fue bien, absolutamente bien. Pues, tenía alegría. Después nos pidieron los libros. Compañeros de libros y tenía un libro de cuadernos de mi hijo que estaba un poco viejo. Le regalé, le regalé, le pude hacer y así era mi hijo. Así me iba mis cuadernos. Pues era una realidad muy nueva, una realidad que a veces sentía yo que no podía compartir. Pues después, yo era la mujer del caso, la mujer que más años tenía, todas eran jovencitas. Era era la primera cosa. La segunda cosa era la que casi todas las chicas trabajaban, tenían sus propios ingresos. Estaban estudiando allí porque querían superarse más. La tercera cosa era que se vestían bien, muy bien para lo que yo me vestía y como yo iba. Otra cosa era que a veces pensaban "Es demasiado tarde. ¿Cómo puede empezar a estar bien?" Pero la vida que estaba dentro de mí y más tres hijos en la casa me daban una realidad.

Con las notas del primer trimestre me llamaron al departamento de orientación vocacional a hablar conmigo. Me preguntaron que quién era yo, que de dónde venía,

carros primero y después conseguí un nombramiento para entrar allí. Trabajaba más regularmente, rodeo en el día y pasaba las noches con nosotros. En la paga era buena, pero el peligro era a tener que ausentarse las noches porque se podía celarse. De pronto, a los tres meses de estar trabajando, recibiríamos el contrato con él y a los últimos meses del embarazo, estaba desocupado.

Nosotros seríamos hombre todo el tiempo. A las noches y ya calculaba la cuenta del día anterior y les daba a mis hijos y al sobrino, cómo ya. Luego me cambiaron todo el día y el sueño en la calle buscando trabajo, buscando cómo volver a producir y estaré así, si venía en la tarde con dinero y decía: "Yo traje la plata, chicos". Y ya decía: "Lo siento, tengo que estudiar, me voy". Entonces: "¿Dónde es la escuela? ¡Ah! los voy a dejar a tus hijos! (Ella es el modelo de madre) ¡Voy que se va a estudiar!" Le decía: "No, lo siento. Yo me voy a estudiar", Cogía mis cuadernos y me iba a estudiar y él se quedaba cuidando. Cuando ya volía a las nine y media de la noche, él tenía la comida lista y comíamos; ya habían comido otros, pero él me esperaba. Comíamos y al otro día, igual, pues, comíamos en la mañana, pero en el día no tenían que comer, porque él salía a buscar dinero.

En ese tiempo vivíamos en una casa que tenía un proyecto del Seguro Social y las cosas todavía no estaban estrenadas. No había ni agua, pero estaban las cosas. Fuimos a cuidar una casa. No había ni agua, ni luz en las casas, pero en cambio, no pagábamos alquiler, y para ese tiempo de crisis era buena. Entonces mi marido tuvo un contrato en un taller para pintar unos carros y observamos la que más podíamos, compramos otra mesa otro comedor, y otra una sillas el trabajo pintando carros. Ahora dependía de encontrar gente que tenga un carro desguisado y que quería que le pinten el carro. Una vez hicimos las tarjetas, exactamente el mismo volante, la misma cruz, el mismo modo de vida.

El parte-aviso ya cerca y ya había calculado. El médico me dijo que daría a luz entre los últimos días de junio y los primeros de julio. Entonces ya dije: "Yo me

puedo aplazar mis exámenes. Primero, porque es el primer año que estoy aquí. Segundo, porque estoy bien en notas. Y tercero, porque en septiembre estaré conociendo a mi hijo". Así es que hice una solicitud en la segunda semana de junio para dar exámenes en la tercera semana. Me aprobaron la solicitud y el rector estaba sorprendido. Generalmente en estos casos todo el mundo podía aplazar los exámenes y me adelantaron. Me dijo: "¡Vá a poder!" Le dije: "No, bueno, di exámenes. En una semana di exámenes preliminares y finales de todas las materias y mi promedio fue de 18.7%". Bueno, ¡ya era feliz! Había demostrado que podía. Siempre me encantaba demostrar que podía, pero demostrarme a mí misma que podía superarme. La segunda persona que me importaba, con la que me importaba compartir mis logros era mi marido, pero él no, creo que le lastimaban mis logros. A veces se ponía enojado, pero esta vez sí pensaba: "¡Va, bueno, da a luz y ya con el guagua en la casa ya no se muere, decir que estás!". Pero si en algo soy terca es cuando empiezo algo, sigo con eso.

No era que él tenía un cierto y sería lindísimo, porque él no había estudiado y me veía que yo quería seguir. Inicialmente cuando nos casamos, él me dijo que había estudiado hasta quinto curso, y todos los años hasta que yo desahucé que él no había estudiado más, entonces inventándole: "¡Vereda, Termina. Te falta un año. El profesor es el que debe marcar la casa, la escuela". Él me me hacía caso, se enojaba bastante, pedaleaba. Siempre se enojaba cuando le inventaba que estaba y me decía que él es un aborro, que él está hecho para los fierros, que él no está hecho para una oficina, que él no era un niño bonito.

Cuando ingresé a la Policía Municipal, uno de los requisitos que necesitaba era el certificado del último año de estudios. Él me decía que había estudiado en el Colegio María y le dije: "Yo voy al Colegio María". Él se quedó callado, me miró y me dijo: "No, la verdad es que yo es-

había ido allí solo de visita. Nunca me matriculé". "¿Matriculaste matriculaste?" "No, porque mi mamá no me dio plata". Y ya considerando que fueron muy buenas profesoras, porque generalmente a uno no le dejan ingresar si no ha pagado. Dijo: "¿En qué escuela estudias?" Entonces empecé a burla. Que estuve en la Jorge Washington, que estuve en la Reina de Quito, que estuve en la Brasil. Total, no. Poi, después en todas las escuelas que me dije, y había estado hasta tercer grado en la Escuela Jorge Washington y le hablaban espulando. Poi a cuarto grado en la Escuela Reina de Quito y le hablaban espulando. Poi a quinto grado a la Escuela Brasil y allí se perdió, no pasó a sexto grado. No tenía para de año de sexto grado.

Regresé y me había como volutamente, quería decirle así. "No importa que me has mentado". El escuela me dicen. Yo tenía vergüenza, tenía temor de burlarlo, de enfurterarlo y saber qué me iba a decir. Entonces le dije: "No, fui a la Escuela Brasil". "¿Allí no deber de haber nada. Yo entré a la Escuela Jorge Washington". "¿Viste?" "¿A qué grado estabas?" "En sexto me enseñaron el himno nacional". Entré a la Escuela Jorge Washington, pregunté por el año y no había. Y me dijo: "Por más veces, me enseñaron allí en una escuela el himno de los Estados Unidos y yo sé el himno de los Estados Unidos" Y de vez en cuando y hasta ahora yo sé la primera frase que él me enseñó. Entonces le dije: "Viste, parece que en la escuela no hay vergüenza". Era lo más nuevo que podía decir. "En la Escuela Brasil no hay registros de que tú hayas pasado al quinto grado, de que hayas pasado al sexto". Se puso una burla, me insultó, me dijo: "Bueno, vos tampoco eres gran cosa, vos no pasaste de primer curso". Y yo le dije: "Yo estoy diciendo eso, lo que estoy diciendo es que no largé y ahora que...". "Entonces porqué me en la escuela". "Acabábase". "Definitivamente no voy a ir". "No quiero el puesto". "No voy a ser policía". Dijo: "No es eso, es que necesitamos que trabajen allí porque no tenemos de qué vivir". Me dijo: "Entonces pasame un billete". No sé nada. Y así se puso burlándose.

Hablé con mi mamá y me dijo: "El siempre fue un desastre. Él era un vago. Él era un ocioso. No era como mi

hijo. Mi hijo él era indoligente" (el otro hijo, uno?). Entonces supo que me pasó de quinto grado. Después me puse a recordar ciertas cosas: que cuando queríamos discutir de algo, evitaba y luego cuando los hijos estaban en la escuela él nunca quería corregir sus deberes ni revisarlos. Decía: "Bueno, así Bertales tú. Tú pierdes la paciencia. Tú pierdes la paciencia y les voy a pegar. No te gusta que les pegue, entonces revota tú". Le dije: "Bueno". Tú siempre a entender por qué era eso. Pero a pesar de eso, yo quería que él estudia, terminé la primaria y siga estudiando. *Avanza es mejor!* Pero él no quería. Luego ya entré a estudiar y él empezó a decirme lo que me dijo siempre hasta el día en que me gradué: "El día que te gradúes, me vas a dejar. El día que te gradúes, me vas a dejar". Yo no pensaba así. Mi mamá siempre andaba diciendo que yo era indio, que no la respetaba, que era gente fea. Por último un día había dicho que yo tenía que ir a trabajar. Mi mamá había dicho: "Bueno, para, la larga de la Lucinda, para el tonto del Juliano, bien está. La mala suerte de mi hijo, pero como él siempre ha sido mala suerte, para el tonto del Juliano, bien está". También era una de las cosas que yo me prometía al entrar a estudiar: "Yo voy a hacerle valer a mi marido. La larga de la Lucinda algún día les va a hacer un favor. Del tonto del Juliano algún día van a meterlos. Y ese día yo les voy a demostrar que yo soy y sírvome para algo más". Entonces, con esa especie de estímulo. Tenía suficientes motivaciones para salir adelante.

AVANZANDO EN EL CAMINO

Reinando que terminó de dar ordenes de segunda mano. Mis compañeros hicieron una fiesta. Me regalaron un ajete para el bebé, vestían que era mujerita, acordando que era una coquita rosada y roja para el bebé. Hallé el nacimiento. A los tres días, el sábado, él a los. Primero de julio él a los.

El día viernes vino mi marido muy mal humorado a la casa y me dijo: "Me fue mal en el trabajo". Estaba pintando unas puertas en un hotel. Me dijo: "Le dije al dueño si la pintura era mala y me dijo sí. Yo confía, pero ha sido buena. La pintura se cayó y está de hacer todo el trabajo otra vez". Estaba furioso y yo tenía un poco de contracciones. Dijo entre mí: "¡Qué! reina esta noche. Me quiere preocupar". Fue y me bañó. Dijo: "Por si acaso me toca esta noche, voy y me baño". Mi marido me ve bañando y me dijo: "¡Qué te pasa! ¿Qué mal? ¿Te te toca?" Le dijo: "No, pero me quiero sentir fresca, quiero dormir tranquila". Dijo: "Buena". Él durmió como un tronco y yo me despertaba, me sé cada tiempo, pero me dolía. De otro día él se levantó, le di el café, se despertó y me dijo: "Si te pasa algo, me llamas". Le dijo: "Buena". Me dio la tarjeta del trabajo del hotel donde estaba.

El se fue y yo empecé a hacer maderas. Cogí mi ropa que debía lavar y cogí la ropa del bebé, hice una madera y le llamé a mi hijo. Dijo: "Vea, mi hijo. Coja esta ropa; en el bebé. Pregúntele dónde está su mamá, dónde está su abuelita. Cuando ya sea el día de nosotros de la maternidad, usted va y le dice a su papá que aquí está. Esta ropa es la que necesito para salir y estar en casa". Dijo: "¿Cuándo será, mamá?" Le digo: "Además". "¿Y a se va?" Le digo: "Sí". "No puede ser. Usted no va a dar a luz ya". Le digo: "Por qué?" "Porque yo estoy comenándome con mis amigos, preguntándoles y me decían que cuando las señoras ya van a dar a luz gritan, que lloran, y usted no está llorando". Me cambié de ropa y le dije: "Viste esta ropa muy mala. Esta ropa tiene que lavar. Ya me voy".

Yo me tenía mi un centavo. Para eso, me dijo mi mamá la noche anterior que al vez la pintura venía de él cuando le había dicho: "Yo no le pago hasta que no quede bien". Entonces me tenía yo plata. Salí caminando. Mamá estaba, no sé, no es que estuviera brava precisamente, pero yo le escuchaba las cosas a mamá. Cuando estaba mal, yo me iba le decía: "Esoy mal". Entonces salí al barrio a buscarle a un señor que era amigo de la casa. Le pregunté. Este señor era dueño de un colectivo. Era amigo y era compañero de un grupo barrial. Le digo: "Compañero, ¿cómo está? Me estoy yendo a la maternidad. Présteme un auto". Era un auto para el pueblo. Yo me iba a ir a La Maternidad Indio Apura donde había dicho a los tiempos, porque la última vez me habían dicho. Así es que yo decidí ir a dar a luz en el Patronato Municipal San José, y dijo: "Me voy allá". Me dijo: "Túme", y me dio cinco cueros. El pasaje costaba un cuero. Dijo: "Me cubre. Yo le he de pagar algún cuero". Así es que me fui en el auto.

Los dolores seguían más fuertes, más fuertes. Cogí un cuero, bajé de auto, tomé otro y volví con talacha para llegar. Me talacha como seis o siete machas. Llegué cuando para los cueros de la mañana. Cada cinco pasos me descañaba. Era un dolor insoportable y sabía que estaba sola. Llegué caminando. Abre la puerta y sale un hombre y le digo: "Usted es empleado aquí?" Me dice: "No".

Dijo: "Por favor, llámame un médico. Estoy a punto de dar a luz". El hombre se asustó. Me dijo: "¿Con quién has venido?" Le dije: "Nadie". El hombre volvió. Saludó al médico. "¿Con quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?" Le dije: "Estoy sola". "¿Su marido?" Le dije: "Éste es la tarjeta. Cuando todo pase, llámalo. Él se llama así. Pero cuando todo pase, él no te va a preocupar". Entonces me llevaron. Se quedó cuatro para los otros; mi hijo nació a las once en punto. Y todo el mundo decía: "¿Qué mujer más valiente! ¿Qué valiente! ¿Cómo vino?"

Le llamaron a mi marido. Le habían dicho: "Señor, la llamamos del Patronato Municipal San José. Su mujer ya da a luz". Él me avisó. "¿Cómo, si le dejó bien?" Entonces él vino. Me trajo fruta, pero él me dijo: "¿Qué bien que me haya llamado ya cuando todo pasó, porque me hubiera puesto mal si me llamaba antes que ahora". Yo sabía que si le llamaba antes, en todo iba a ayudar. Yo sabía así, iba a dar a luz. Sin decir en que nadie me podía ayudar.

En los primeros días del embarazo me fui al Patronato. Decidimos que allí daría a luz. Allí había con el médico en su mi departamento me tomaron más hijos. Me dijo: "¿Cuántos hijos has tenido?" Le dije: "Cinco". "¿Cuántos años tienes?" Le dije: "Veintinueve". Yo no puedo tomar alcohol. Tampoco puedo fumar el cigarro. En realidad no tomo hijos con el cigarro, pero me hacen darme, mucho darme. Me daba cigarrillos, me daba el dinero terriblemente. Entonces me dijo: "Volvamos a hacer la ligadura". Dijo: "Bueno". Me dijo: "Firme esta autorización, pero llame a su marido". Llame a mi marido, fui a un control y al mismo tiempo fui a la veintinueve horas que di a luz a mi quinto hijo, me hicieron la ligadura. Salí del hospital a los cinco días, pero así bien.

Le crié a mi hijo en las vacaciones de ese año y cuando tuve tres meses, tuve que dejarlo a alguien nuevamente a estudiar. En ese año me dieron la boca y desde ese año tuve la boca hasta el día que me gradué. Con esa boca apañé al estudio de mis hijos y al más propio. Muchas veces durante ese tiempo mi marido me decía que deje de estudiar. Entonces le decía: "Si dejas, si dejas que

pagar lo que me han dado la boca". Y él, como no tenía dinero para devolver la boca, me dejaba. Muchas veces me obligaba y me decía: "Bueno, ya pago. ¿Cuánto es?" Yo le pasaba la cuenta; entonces no tenía cómo pagar y me dejaba.

Paralelamente con la entrada a estudiar se despertó en mí el conocimiento o la conciencia de que había algo más que separaba a las personas. No solo eran los que creían o no creían o los que creían de una manera y los que creían de otra. Habían problemas mucho más grandes. Empecé a querer solucionarlos, primero con filantropía, después conversando con la gente de uno a uno. Finalmente me di cuenta que los problemas eran de comunidad. Los problemas no eran de una sola persona, ni de cinco o incluso de personas, y me daba cuenta de que habían familias que tenían igual o peor que yo, que tenían iguales o peores problemas. No había cómo insertarme en ese mundo, cómo organizar, cómo buscar una salida.

Una vez me acercaban las fuerzas de Quito y con unos vecinos nos organizamos y dijimos: "Vamos a hacer la minga". Hicimos la minga, ya todo organizado, ya está en la penca que el Municipio estaba dando tierra, volquetes para la basura. Así es que fuimos al Municipio a pedir las volquetas para recoger la basura. Nos vieron llegar y nos dijeron: "¿De qué harán eso? ¿De qué servirán?" Nosotros no fuimos de ninguna directiva. Entonces dijimos: "En tal barrio, en tal esquina vamos a empezar con la basura". Nos dijeron: "Lo siento. Si no son de una directiva barrial, no pueden". Entonces nosotros dijimos: "Hoy vamos a hacer la minga y dejemos allí la basura, y si no vienen a recogerla, vamos a la penca para que sean débiles dejemos la basura". Bueno, el director de higiene del Municipio que estaba encargado de eso me quedó viendo. No me dijo nada, pero al otro día fue un señor —un inspector de higiene— al barrio y preguntó por nosotros. Salimos y él dijo: "¿Dónde quieren la volqueta de la basura?" Dijimos: "Aquí". Dijo: "¿Qué es lo que van a limpiar? ¿Dónde van a sacar basura de sus casas?" Le dijimos: "No". Y le mostramos las gradas, to-

das las verdades que estaban llenas de mala fecho y dijo: "Eso vamos a limpiar". Entonces anochó el mundo y la dirección, y el día de la mañana me mandó la vulgaridad. Esa primera cosa me dejó alegre. Alegre, porque me di cuenta del poder, el poder que tiene la gente de sentir más, de hacer oír su voz, y pensaba que todo iba a ser así de fácil. Después, con el tiempo me di cuenta que no era tan fácil, pero en todo caso, eso fue el comienzo.

Luego, me pidieron la casa donde vivíamos cuidando. Fuimos a vivir en otra casa. Y así mismo tenemos problemas. A mí hijo Felipe, le dijeron una vez en la escuela que tenía problemas de aprendizaje en clase. Fue allí a la escuela, me cruzó con él, recordo que le pregunté. Y cuando regresé a la casa, hablé con él y le dije: "¿Por qué estás así?" Me dijo: "Mamá, cuando nos piden una papel, yo solo no quiero estudiar; yo no quiero vivir". Yo le dije: "Mi hijo, ¿entonces me va a dar el colegio?" Fue así que él dijo: "Mamá, No. No, mamá. Lo que quiero es que papá no pida".

UNA NUEVA CARRERA

Mi marido no tenía trabajo y empezó a hacer pulseras de acero y anillos de acero y a venderlos. Al principio poco, porque un acero le costaba un peso. El pullo el acero, le daba forma a los a vender. Nosotros le ayudábamos. Luego ingresé a una librería de pintar aceros. En esa librería, Urdan, habían retazos de láminas de acero para hacer las carrocerías de las camionetas. Entonces el Urdan con retazos de acero y hacía pulseras. A veces en una noche llegamos a hacer hasta doce docenas de pulseras de acero. Trabajamos hasta las once, las doce, la una de la mañana. Los guaguaras se despertaban a las cinco y a las seis de la mañana para ir a la escuela, porque vivíamos lejos y los chiquitos a veces se iban sin desayuno, porque no tenían plata y no avanzaban a escuela.

Por entonces conocí un grupo de personas que estaban reunidas para tener casa. Mamé me dijo "Ah, ahora hay una oportunidad. Urdan es este grupo para que tenga casa, así como yo tengo casa". Entonces yo dije "Bueno. Yo me mudo. Ahora sí, no me salga hasta tener casa". Fui al grupo y me hice inscribir. Todas esas personas muy pobres que vivían en ese barrio arrendando y nadie sabía

nada. Yo llegué y dije: "Lo primero que debemos hacer es organizarnos, tener una lista de nuestros amigos, de nuestros hijos menores, de quienes ganan nuestros sueldos. El grupo se había reunido por conseguir vivienda, porque alguien les había prometido, y entre alguien que les había prometido había dicho que se reúnan y cuando sean veinticinco personas, o sea veinticinco familias, le mandaron a llamar. Nosotros fuimos ya veinticinco y había efectivamente que elaborar una lista con los nombres de todos y mandar a llamar a este señor. El señor que lo había invitado a mamá era el presidente y él me dijo a mí: "Usted haga de secretaria, porque usted sabe escribir a máquina". Le dije: "Buena", y empezó una actividad que duraría tres años.

De veinte y cinco familias, llegaron a ser quinientas. Se llamó FUBI, Frente Unido de la Mujer. Estaba integrado solo por familias arrendatarias. Los dueños de casa empezaron a no querer arrendarlos y a pedirnos las pizas, porque las casas de esa ciudadela donde nosotros vivíamos eran en su mayoría del Banco de la Vivienda. Cuando uno tiene una casa rica del Banco de la Vivienda, no puede arrendarla, porque se entiende que es para la familia. Los dueños de casa pedíanlos que nosotros les fuéramos a quitar las casas, que fuéramos a hacer una denuncia al Banco diciendo que estaban arrendándolos. Nosotros estábamos allí por otro propósito —por un proyecto de vivienda en otro lugar— pero ellos no creían.

Yo seguía estudiando y ya me interesaba más. Un buen día llegó el hombre a quien le mandaron a avisar que ya éramos bastante gente y nos empezó a hablar de algo que para mí era totalmente nuevo. Nos dijo: "Ustedes han oído hablar de derecha y de izquierda. ¿Qué creen que es? ¿A qué creen que se debe? ¿Por qué creen que se llama así?" Y nosotros nos callamos. Nadie sabía. Eranos veinticinco personas allí que no sabíamos de qué nos hablaba. Entonces nos dijo: "Verán". Y nos explicó lo de la Revolución Francesa, en qué sitio se sentaron los Jacobinos y en qué sitio se sentaron los partidarios del rey. Nos explicó todo lo de la Revolución Francesa y nos dijo que el porvenir de la historia estaba en la izquierda,

que por eso se denominaba la izquierda. Entonces empezamos a analizarlo y a mí particularmente me resonó. A este señor le dije que siguiera viniendo para que nos explicara.

Entonces los días de reunión que tenemos los miércoles, si voy y me explicaba, me daba lecciones de política. Entre mí yo decía: "Bueno, por un lado estoy aprendiendo, pero por otro lado, este señor hace algo". Era 1976, era cerca del plebiscito, del referéndum para votar por la constitución. El nos dijo que debíamos votar por la nueva constitución, porque la nueva constitución daba garantías. Nosotros le preguntamos cuáles eran esas garantías. El nos dijo, por ejemplo, la legitimidad de las parejas que tienen una unión libre (una unión de hecho), la legitimidad de los hijos que hasta entonces eran ilegítimos, la paternidad responsable, y así, a toda la gente le gustaba, porque la mayoría de la gente del estado pobre no se ha casado, pero, a veces hijos no nacidos en el matrimonio y tienen problemas. Yo me iba —me acordó que cuando estaba en la escuela tenía problemas, porque mamá me había tenido antes de casarse. Entonces siempre había "hijo ilegítimo", y yo estaba en colegio de monjas! Entonces mamá siempre tenía unos problemas del diablo.

Entonces, bien, nosotros decidimos en el grupo votar por la nueva constitución y él nos dijo: "Ustedes dicen ahora que decir a otras personas, porque lo principal es que ganeamos el referéndum. Algunas de ustedes no están casadas o no están casados. No pueden tener una casa, porque es del amo o del otro, pero no puede ser propiedad patrimonial familiar. Entonces nosotros nos lanzamos con un fervor a decir a la gente la nueva constitución, y así. Al colegio, en cambio, iban políticos que nos decían que había que votar por la constitución del '46 referéndum.

A las pocas semanas de eso, vino otra vez este señor y nos dijo que si vamos a entrar en el proyecto, debíamos afiliarnos a la Democracia Cristiana. Yo dije: "Ya salió el perro. Esto era lo que quería". Y yo pensé: "Bueno, si se trata de conseguir la casa, yo voy a conseguir la casa. El

problema será que ellos me convenzan, que es muy distinto". Es que creo que así resumieron todos los que estuvieron allí y: "¿Entonces hay que firmar?" y firmamos.

Luego de eso nos invitaron a unas reuniones que había en el local de la Democracia Cristiana. Hubieron como unas dos o tres reuniones y este señor me dijo que iba a hablar con nosotros el dirigente de la Democracia Cristiana, que era Osvaldo Hurtado, para tomarnos la promesa de la militancia o alguna cosa así. Fuimos allí entonces. Se leían los discursos. ¡Qué hombre discursivo! Y Osvaldo Hurtado, al tomarnos la promesa, dijo que él prometía que el país sería diferente, que el país cambiaría, que era hora de que cambiara el país y de que indudablemente habría equivocaciones, que los políticos podían equivocarse, pero que si algo había que hacer era reconocer los errores y empezar de nuevo, siempre que se equivocara. Esto me me gustó a mí. Se supo que con el discurso del Dr. Osvaldo Hurtado se nos tomó la promesa y se analizó el Dr. Hurtado ya dijo: "Un momento. Yo quiero hablar", se quedaron riéndole, ¿no? Y yo le dije: "Sí, señor. Hay usted que va a tomar la promesa. No sé si si se ha tomado la promesa usted mismo. No sé si al menos bajo la tremenda responsabilidad que tiene en este momento al tomarse juramento a nosotros, porque desde cuando de que para equivocarse, ustedes han tenido 150 años de historia republicana. Entonces, ya ahora no podemos darnos el lujo de equivocarnos, porque si usted se equivoca, a Alfaro le arrastraron considerando una injusticia. ¿Cuánto más a usted o a cualquiera que se equivoca? Ahora no es tiempo de equivocarse". Entonces toda la gente aplaudió. Y así hizo ahora que a veces me encuentro con alguna gente de ese tiempo, me dicen: "o. No prometiste arrastrarlo a Hurtado. ¿Por qué no lo has hecho?"

Entonces empezó mi militancia política. Hubo dicho ese juramento para mí fue tan grave, tan grave. No sé, era como haber jurado algo bien grande y me sentía como haber caído en una trampa, porque era por la casa. Me hice el firme propósito de estudiar la historia del país. ¡Y estudiar la historia de este partido a que yo pertenecía!

¿¿ estudiar las tendencias y un poco de historia universal más actual?

Me puse a estudiar. Compañeros en ese tiempo el libro *Los Miserables*. (¡Qué conversación en revolucionaria después de *Los Miserables*!) Los bastantes, bastantes algunas historias del Ecuador de diferentes autores, novelas ecuatorianas, libros de otros países que compraba. Fue despenzando en mí la conciencia y dije "¡Usted!" También lei el libro que había escrito Gerardo Hartado. El libro dos libros: el uno se llama *Dos Mundos Superpuestos* y el otro, *El Poder Político en el Ecuador*. También lei el libro de Agustín Cueva [El Proceso de Democracia Política en Ecuador] y también de la historia del Ecuador Pol nacional, llenándose de cosas de la vida y dije: "¿Quieres empezar?" Empecé a visitar el local del partido; yo no me interesaba solo la casa. Si, me interesaba la casa, pero me interesaba militar, o sea, no contar como un militar más y que se tomen decisiones en las que yo no intervinga, que yo no sepa qué está pasando.

El local del partido quedaba a media cuadra del colegio. Era ya media hora antes y me decía en el local del partido había saber qué pasaba. La Democracia Cristiana tiene una preocupación por los militares que muestran interés en la doctrina o en la política y se preocupan de instruir a sus cuadros, de formar sus cuadros. Ellos tienen una escuela de cuadros que se llama FESEJ. Cuando está empezando, me mandaron una invitación a asistir a FESEJ. Mi colegio era Gabriela Mirra y el local del partido está a media cuadra del colegio. FESEJ, la escuela de cuadros, está un poco más lejos, a unas cinco cuadras del colegio. Fue. Daban clases de política sin limitamientos, sin decir si usted pertenece o no. Asistía gente de todas partes. Era yo y ahí me formaba.

Adquiría más conocimientos, pero después me di cuenta de que los cursos estaban por allí. Uno de los muchachos del partido trabajaba con la revista "El Mestizaje", y finalmente yo les tenía enteros a los cursos y me mostré anticlerical desde el principio. Me decían que cómo se llama mi grupo — el grupo que trabajamos en casa de yo vivía, el grupo de las casas. Decían: "¿Por qué no

le permito de nombre Camilo Torres? Ahora que me digan, ¿o sí le perdura, así? Pero en ese tiempo digo: "No, porque es raro". Me reían bien raro. Empecé a ir a otras clases y a estudiar. A veces no había clases y me metía en la biblioteca; tenían una buena biblioteca. Además vendían libros baratinísimos, libros que ya compraba y los.

Todo estaba bien cuando nos llamaron a los militantes —a toda la militancia— para saber si se debía pasar con Ruedas Huelga y nosotros dijimos que no. Después nos preguntaron si con CFF íbamos, para el III Martado en su libro memoria que el CFF es un populismo y, bueno, el populismo analítico no tiene doctrina, no tiene lineamiento político. Es una venta, es como una postulación que se vende al mejor postor. Entonces nosotros dijimos que no. No nos preguntaron nada más y empezamos la campaña por el referéndum tres meses antes. Hicimos una campaña antirfascista, y en enero del '79 ganamos el referéndum. Ganó la nueva constitución.

Yo estaba ya más de lejos metida en la política cuando regularon yendo al grupo de los miércoles a las tres de la tarde para hablar de la vivienda. Y ese señor que en un inicio nos daba las clases y nos había dicho que para que nos den la vivienda tenemos que afiliarnos, trujo al local de conferencias a uno de los profesores del partido, a Jorge Landolt. Él era secretario de la Democracia Cristiana y era el hombre que estaba al frente del programa de vivienda. Este hombre entró, nos saludó y después nos dijo: "Si aquí alguno se ha afiliado pensando que va a tener casa, puede salir. No es cierto. Hay un programa de vivienda, es cierto, pero no dar vivienda, es cierto. Pero no a los afiliados al partido. No se suenan. No a los afiliados al partido que no lo necesitan, porque si hay un afiliado al partido Conservador y tiene diez hijos y no tiene plata y gana muy poco o está desempleado y su mujer trabaja, a ese le vamos a dar casa. Sería injusto que alguien que sea militante de este partido y tenga dos hijos y tenga un buen sueldo, le demos una casa que está destinada para los pobres. Así es que si alguien ha entrado al partido solo porque necesita tener una casa,

puede salir tranquilamente, porque esa es en la condición. Igual está una persona que puede optar por tener una".

Por un balde de agua fría para nosotros. Yo creo que para los otros, más, porque era su única esperanza, su único motivo de estar ahí. Para mí no tanto, aunque sí que ese hombre me había engañado. Para mí no tanto, porque me había metido ya en el asunto de la política. Lo estaba analizando y decididamente estaba mirando en el partido. Pero me convenció la postura de este hombre, este hombre podría haberme espulado engañando todo el tiempo mientras convergían los intereses del partido que todavía era muy joven (no era siquiera un partido legal), pero se jugó todo. Me dijo con franqueza qué es lo que habla, y me me decidí quedarme en el partido y me quedé. Algunos salieron. Hubian que seguir en el grupo, que iban por la casa y todo, pero sabían que no era conducente asistir a las reuniones del partido para optar por una casa. En todo caso, no se dedicaron la organización. Dentro del barrio la organización por la vivienda siguió.

Llegamos las elecciones de 1958. En esas elecciones Osvaldo Hurtado se afilia al CFP para poder optar a la candidatura de vicepresidente y ahí me separé ya. Para mí era una incongruencia, era una hipocresía, era una hipocresía y yo le dije al momento que daba la rueda de prensa diciendo que era una decisión disciplinaria del partido afiliarse al CFP y que quien no se afilia estaba espulado del partido. Se acabó la rueda de prensa y yo le dije "Dato, yo estoy espulado". Me dijo: "Luzmila, no puedes pensar así". Le dije: "Pero usted lo está diciendo". "Pero debes entender". Yo dije: "No puedo entender. El CFP es populista. Así no se va a poder hacer el cambio". Entonces me dijo: "Luzmila, lo que pasa es que eres una ignorante políticamente". Dijo: "Puede ser, pero es muy honesta. Yo me voy. No puedo estar aquí". Entonces el Dr. Hurtado me decía: "Mira te puedes ir, Luzmila! No nos puedes dejar". Porque a ellos les interesaba mi trabajo con la gente. Entonces yo a él le dije: "Dr. Hurtado, usted ha querido quedarse más. Yo no lo dejo.

Uned, con su actitud; uned no puede escribir y pensar una cosa (lo hablamos analizado varias veces) y estar haciendo otra". Nos desfilamos del partido basando gente, incluso Jorge Landívar.

Luego nos quedamos en la próxima reunión del grupo, discutimos el asunto, y para tener una claridad de algún tipo, dijimos: "Vamos a hacer un seminario de educación política". Invitamos a alguna gente, algo así como seis o siete profesores. En una semana, cada noche tenemos clases del seminario de educación política. Cada noche tenemos un orador. Entre esos oradores estaban Marco Gredillas, Jorge Landívar, Patricia Morante, Rudy Rodríguez, Andrés Lora y una de las noches fué a una conferencia. Me encargaron que yo dé la conferencia esa noche. Era una conferencia acerca del trabajo con la gente y el trabajo en la comunidad. El resultado de ese seminario fue el convencimiento de que nosotros desde entonces y en el momento que estamos, desde entonces, deberíamos justificar nuestra presencia ahí. No podíamos poner por la vida diciendo: "Cuando tengamos una" porque no ejercitábamos la solidaridad. Si no ejercitábamos el trabajo de comunidad, cuando tuviéramos una no estábamos preparados para enfrentar los problemas que como comunidad tendríamos.

Decidimos que una de las labores sería participar en todas las marchas, en todas las manifestaciones que tenga que hacer, en todas las cosas que requieran presencia. Y yo me presenté formal la biblioteca del barrio donde vivíamos. Se dio la primera marcha del barrio por conseguir agua y luz. Volviera estábamos en aludadura y en campaña política. Nosotros habíamos renunciado a la campaña y al partido. Nos habíamos separado del partido, pero éramos una fuerza. Marchamos al comité para hacer una solicitud diciendo que queremos integrar la marcha. Dijeron que bueno, fuimos como once mil personas en esa marcha y nos tomamos la calle 10 de Agosto, le paré el tráfico. El Comandé Vega, que era el presidente de la Junta Nacional de Vivienda, nos recibió y le reclamamos el agua y la luz. A la semana siguiente empezaron los trabajos para darles agua y luz y nosotros

nos sentíamos importantes.

Después vino la paliza por tener líneas de buses, porque las líneas de buses se negaban a venir. Había una que trabajaba cuando le daba la gana. Hacía el recorrido que quería. Hicimos una asamblea primero, invitamos a los choferes y no vinieron. Queríamos hablar con ellos y no vinieron. Así es que organizamos un cabildo público. En el cabildo público la gente sacó las solicitudes. Al otro día a las seis de la mañana nos reunimos todo el barrio y marchamos a la Radio Tarqui. En Radio Tarqui denunciábamos el saqueo de los choferes y de allí nos fuimos a la Dirección Nacional de Tránsito. Los choferes depositaron su acta y empezaron a darnos un servicio más ordenado.

Cada día me encontraba ya que más la gente organizada puede lograr las cosas. Paralelamente, en mi colegio ya había empezado a ver que la desorganización era motivo de muchos abusos. Era un colegio de diez mil alumnos con 10% de profesores suajeres y el resto de profesores nacenos, sobretodo en los cursos de ciclo básico. Estos nombres se sacaban los desajustes allí. Hacían y destacaban de las alumnas, sobretodo de las más pobres o de las más bajas. Empecé a presionar con más compañeros que la única solución era organizarse y la única solución organizada era tener Consejo Estudiantil y marcharnos hacia el Consejo Estudiantil. Empecé en cuanto curso y fui nominada para el Consejo Estudiantil —una lucha larga con el sector. Fuimos al ministerio, pero ganamos las elecciones.

Fuimos al Consejo Estudiantil y desde ahí empezamos a hacer lobby. No podían nada contra mí. Tenía las mejores notas del año. Los profesores de mi curso me decían a nosotros: 'El profesor Subielista, el profesor Fajardo, el profesor Sibergara son unos desagradados, el profesor de economía no viene nunca'. Entonces nosotros íbamos, cuando llegamos al cuarto curso, todas las cosas que nos habían dicho y empezamos a aporachar los errores. El Profesor Vela me dijo: '¿Usted se va del colegio o yo me voy del colegio?'. Le dije: 'Queremos las elecciones y vamos quien se va del colegio'. '¿Usted se va

terrorista. Usted va a poner una bomba en el colegio". "¿EH? ¿Vamos a ver si usted puede probar lo que dice?". Entonces las elecciones y la mudanza del colegio. Seguimos adelante.

Un profesor de economía acoustambienista viene el primer día de clases, deja un mimeografiado, apaposease la rúbrica de calificación y dice: "Matemática tal hora tal es el examen". Entonces nos vino a dar el mimeografiado y le dijimos: ¿tienes va a venir a dar clases?" Nos quedó viendo y nos dijo: "EH". Al día siguiente que le tocaba clase, ya vi que él no vino. Esperamos. ¡Jentamos tres horas en la semana.) A la semana siguiente el vino y el primer día que vino, firmó todos los días, todas las horas. A la semana siguiente hizo lo mismo: esperó que venga, no vino, pasó la hora de él por el lugar de la firma de él escrito: "No vino ese día" y escribió lo mismo en toda la semana. La semana siguiente vino a pelear. Nos insultó y dijo: "Yo a veces cuando faltas, a nadie le digo por qué no viene. A nadie le temo". Entonces me pasó y le dije: "Si usted no viene, debe escribir sus días como nosotros. Si nosotros no venimos, nos quitas notas. Pero nosotros no viene y cobras las sueltas". Se lanzó corriendo así, me dijo de todo y me mandó un deber larguísimo de economía. El me supo contar que me hizo un favor. Nos dio los textos de cinco economistas que podíamos consultar y en esos nos puso a leer la economía de Garretson, la economía de Garsura, el pensamiento económico de Edmundo Aguilar Aguirre y me recordó que eran dos libros más. ¡Y se despertó mi memoria!

A partir de esa vez que recibimos esa nota —y creo que fue esta nota comentada con los otros profesores— todos los otros profesores en mi curso, en los paralelos en que yo estaba, nunca, nunca nos dieron problemas. Yo sabía que en otros paralelos habían problemas, pero en el paralelo en que yo estaba, en todos los años, nunca hubo problemas. Y obligado a dar clases este profesor, resultó ser un magnífico profesor —un buen profesor— visto que me le daba la gana de dar clases.

Quería el recto, sabía todo, respondí en algo. Andaba diciendo que solo las reglas, las normas se meten a ha-

con Consejo Nacional¹¹ para pasar de año con precisiones, con insulinas, con amoníasas. Pero era equivalente no podían tener en mí. Si ya bajaba mi promedio de 17, me quitaban la beca, y mi promedio no bajaba. Mi promedio siempre era alto. Yo tenía muy buenas notas, y además, aconsejaba a mis amigos. Les daba clases aparte. Me decían mis amigos a veces cuando tenían problemas: "¿A qué yo soy casado?". Decía: "Tú también soy casado". "¿A qué yo tengo una hija?". "Tú tengo cuatros". Me decían "¿A qué yo trabajo?". Decía: "Tú también trabajo". Y ellas me solían que a veces yo venía pensando de la casa, ¿no?

XVIII

CONTRA VÍA

En ese tiempo entré a trabajar en Radio Tarquí con Gustavo Meredino. Yo trabajé algunos meses con diferentes novedades que le dié haciendo algunos trabajos. Ejecutaba muchas cosas y no tenía tiempo ni espacio en mi casa. En ese tiempo compré una máquina de escribir pequeña, pequeña y bien usada, una Hermes Baby y esa fue mi compañera hasta que me gradué.

En el barrio desempañaba otra cosa. Dije: "Voy a formar la biblioteca. Eso era mi compromiso, mi reto y también mi promesa para el barrio. Recorrí oficinas a todas las librerías de la ciudad de Quito y a todos los amigos que conocía. Las Sociedades Bólicas me dieron muchos libros en préstamo para los viernes. Entre las principales, la Casa de la Cultura me dio libros, el Círculo de Lectores me dio libros, *SONOLIFE* me dio libros. *SONOLIFE* tiene una importantísima dimensión. Cien que solo una trece o cuatro librerías me respondieron, porque incluso La Prensa Católica me dio libros. Son 450 libros.

Cuando estaba así, nosotros ya separados del partido, empezó la maledicencia de la gente. O sea, la gente veía que yo era la coordinadora del grupo. El presidente había abandonado el grupo porque le sobrepasó el gra-

pa. El quisiera quedarse en el partido y el grupo decidió que no y le sublevaron y se fue. Entonces yo me quedé al frente coordinando el grupo y empezaron los roles políticos: que yo no era estaba dentro de algo, que yo quería un movimiento, que quería muchas cosas, según ellos. Entonces empezó el boicot. El control a toda la gente que fuimos a quitar las cosas.

Un día hicieron una asamblea y me llamaron a mí, porque ellos antes con el grupo habíamos ido a Radio Tarqui a denunciar la delincuencia que existía en el barrio. Habían matado a un anciano. Le habían violado y lo habían matado con su propia sangre. Lo habían ahorcado. Entonces fuimos a denunciar. El barrio se levantó en contra de nosotros. Nos dijeron que esas eran cosas del barrio, que los trapeos sucios se lavan en casa. La reunión era de los padres de los delincuentes y querían pegarnos, lincharnos. Nos iban a demandar por difamación. Nos iban a seguir juvén.

Por entonces yo había hablado con un amigo de Laboratorios Pinar, con Mauricio Moreno, y le había dicho que en nuestro barrio había un centro médico, pero que no habían medicinas y él me dio un lote de medicinas. Fue a una reunión con el lote de medicinas; lo llevaban en la mano. Ellos estaban insubordinados. En cuanto entramos, se deshicieron, nos dijeron de todo, ya nos querían pagar. Después les dije: "Antes de que nos enojáramos, antes de hacer lo que ustedes quieren, primero escuchémoslos. Para empezar, todo lo que ustedes dicen son mentiras. No sé quién les ha dicho lo que ustedes piensan, lo que ustedes están diciendo. Yo sé que quien les ha dicho lleva alguna intención, pero al menos que yo les dicho eso, vamos a una cosa: la entrevista en la radio se grabó. Yo les hago leer. Yo les hago oír. Y si ustedes nos llevan a juicio, yo llevaré la grabación y a don Claudio de Santiago". Entonces se quedaron callados. Ellos se inventaban historias. Decían que los dichos nombres de los delincuentes, y yo no podía decir eso.

Les dije: "Y sublevaron este pueblo, quisiera ver al apél —porque ya lo vi— que estaba allí el médico del centro médico del barrio—quisiera ver si está aquí el médico del

hacían". Era un centro público que tenía el Padre Carlos. Me dijo: "Mí, al aquí está". Y le dije: "Queríamos a nombre del grupo hacer una donación de esos medicinas y que como por escrito. Aquí está la lista. Que como se por escrito y usted nos firma que ha recibido". Me que damos callosidad (Todos hacen una rumba) Me suben-qué decir: El doctor nos agradeció, firmó y se salió de la reunión, y nosotros salimos con él. No sé en-qué quedaban, pero desde ese momento, nos respetaron.

Luego, yo recibí la biblioteca, los libros. Se trajo los libros en cajas. Trajimos un solo cuarto y las cajas llegaban hasta el techo. Después algunos constructores letrados para que alguien se quiera hacer cargo, quiera levantar una biblioteca pequeña para el barrio y nadie quería. La primera que decía en: "Pero de eso, después se va a hacer cargo" (El Ministerio) ahí a haber nombramiento? Y como no había nada de eso, entonces me querían. Así y hablé con el grupo y decidimos formar la biblioteca, inaugurar la biblioteca para el barrio. Nombramos dos padrinos: el uno se comprometerá a darnos materiales para la biblioteca—archivadores, escritorio, mesa, bancas que nunca llegó a darnos— y el otro padrino era Gustavo Hernández. Me dio un cheque de 10.000 colones para la biblioteca. Con ese cheque yo compré más libros de segunda mano y el día que entregué la biblioteca, entregué con un presupuesto de 250 pesos.

Mi marido, cuando me vio que tenía los 10.000 colones, quería que nos quitemos en la casa. Me decía "Aquí tenemos necesidades". Decía: "Pero no es nuestro". "Yo era santa, la perfecta, la..." Un momento de cosas me decía, ¿no? Le decía: "Yo soy muy buena. La justicia empieza por casa". (Tiene que comprar volando) (Volando) Arrojamos la plata volando para no hacer lo que él quería. Entonces me dijo: "Para vos mismo, para tu hija, para tus hijos no puedes comprar ropa. Tienes mala madre". Pero a pesar de todo, yo hice lo que creía que era justo. Se tenía tremendas presiones de mi casa, del colegio, del barrio, pero yo agachaba la cabeza y seguía adelante, pero lo que pasa. Arrastras con todo lo que se me podía adelantar.

— Luego de esto, los roles de poder en el barrio se disminuyeron. Nuestro grupo era un grupo que no sé si lo he ya o no igual. Me gustaría recordarles en algún momento. Era un grupo que para permanecer, se debía pagar ciertos sucos de inscripción: veinte sucos de mortuaria y veinte sucos mensuales. Este fondo servía para cuando alguna madre del grupo estaba embarazada y daba a luz, de la mitad del fondo que existía en ese momento, comprábamos la ropa del bebé y con la otra mitad compramos la dieta de la madre: igual cuando un esposo se quedaba sin trabajo o cuando una madre o un padre, cualquiera, se enfermaba, cuando había calamidad doméstica.

Eramos quinientas familias. Era autosuficiente el grupo. Durante ese tiempo nos visitaron cantidad de candidatos y todos querían comprar al grupo, pero nosotros éramos autosuficientes y no teníamos precio. Finalmente entró alguien al grupo con años de literatura y empezó a decir que mi marido y yo vivíamos del grupo, que los veinte sucos mensuales que dábamos todos eran para mantenernos a mí y a mi marido, porque lo veían desocupado, porque veían que no hacía nada. Yo les dije que no era así, pero la gente empezó a decirlo.

En la Navidad de 1978, después de tres años de estar con ellos, visité a todos los amigos que yo tenía y a todos los pedí que me den para la Navidad en caramelos, en plata, en lo que sea, y me dieron. Me dieron en la Radio Tarquin también, y con unos medios que tenía yo, compré gallinas, cerdos que fataban. Viéndonos las familias de caramelos y entregamos a todos los hijos de las familias. Un regalo especial había para una señora que tuvo gemelos. Le dió a la casa de una amiga después de que todos le dieran y le regaló cosas aparte, ropa y joyas.

Otra madre era muy joven; yo me veía reproducida en ella porque era muy jovenita y tenía el cuerpo para pensar que yo tenía, pero apenas tenía trece años. Su marido le había abandonado porque había conseguido un viaje para Estados Unidos y decía que él tenía una mujer y no le mandaba para nada. No sé qué pasó. Le tomaron una vez una fotografía y le quemaron la es-

nina y se quedó ciega. El niño tenía ocho años. Fue al Canal 4, hablé con Catina, hicimos un programa de tres meses donde se abría una librería de ahorros para la educación del niño. Fui a mostrar a Estados Unidos al niño. Muchos médicos le vieron y sus ojos se tenían salvados. Eso es la cosa aparte que hicimos para esas dos familias. Los ahorros, los di un saludo de Santolá, y nunca más volí.

Sin decir una palabra me fui, porque yo decía: "Yo a esta gente le he dado tres años de mi vida sin ningún interés. Dios sabe que es así, y ellos me pagan así. Me merecen que les dé una explicación". Me sentí y abandoné la organización. Me busquen, pero esa persona que quería quedarse con el grupo hizo cumplir el reglamento. El reglamento era que una persona que fuese cinco veces expulsada o traidora quedaba expulsada del grupo. Entonces hicieron reuniones a semana seguida, se cumplían las cinco reuniones y nos expulsaron y mi marido me decía: "¿Mí! ¿Eso es lo que mecosta, ¿no? ¿Efecto la honesta? Efecto la jurar? ¿Mí! ¿Eso es lo que mecosta?" Yo no sabía cómo contestarle. Sus argumentos eran ejemplares. Pero librábo. Sentía que había hecho todas las cosas bien, pero estaba frustrada. Lloraba. Lloraba mucho. Me dolía. Era como si hubiera muerto alguien. A tal punto era la frustración que abandoné el barrio.

VOLVER A LO MISMO

Esa fue la Navidad de 1979 y años pocos días, en enero de 1980, pasó a vivir en La Colmena. En La Colmena empezó así mismo una labor: La calle donde vivíamos era empedrada en un lado; el otro lado no era ni siquiera empedrada. Había un retén policial a medio construir; unos servicios higiénicos empujados a contraluz; una escuela casi vacía, unas pocas viviendas, la delincuencia, la desquiciada a la orden del día —como las lunas negras juntas. Entonces empecé a decir: “¿Quién es el presidente del comité pro-mujeres?”, porque ya no quería tener razón. Me dicen: “No hay presidente aquí”. “¿Cómo así?” “¿Qué! Hace doce años don Flores se pelee con los del barrio, porque son unos desmanidos y ni más, y así ha habido aquí”. Entonces yo decía: “Pero, ¿no sería bueno?” Y a don Barba, el dueño de la mejor tienda del barrio, le decía: “¿Por qué no es usted presidente?” Me decía: “No, hombre! No quiero enemigos. No, gracias” Decía: “Pero cómo van a estar las calles así?”

Ya me vinieron los muestros del municipio y levantaron el empedrado, después para pavimentar y lo cobraron. Nunca más vinieron. Una noche rubia yo del colegio a las once y media de la noche. Había llovido y me

remolde en el dedo. Me cal con la palma de la mano abier-
ta y me vió los dedos para arriba. Utra un dolor! Yá me
dormapudá! Me doña leñina. Encuanto cerré los ojos,
oap! los dedos, y ¡bá! los uñguales como debían ser y me
bojaban las lágrimas de los ojos. Pasó como un sueño
alto con la mano que no podía hacer fuerza. Pero en-
tonces dije: "Dios dístu callo te compere por mis dedos! Ha-
ta, no! Me hay nada que ver!"

Así es que en la máquina vieja que tenía, empezó a
hacer las diestones a las sesiones. Sacaba un original y
cinco copias con seis ilustraciones en cada hoja. Mi hija
ya estaba grandecita y había un muchacho que quería
ser el enamorado de ella y yo le dije: "Luis, vamos ha-
ciendo una sesión. Apúntame a reparar las hojas". Me di-
có: "Buena". El, como estaba enamorado con mi hija,
me ayudaba a reparar las hojas. Repartimos las hojas de
noche, de mañana.

El día de la sesión tenía unos perritos. Decía: "Ahora,
¿cómo les recibes en casa? ¿Qué digo?" El día sábado le
dijo: "¿Qué qué? Como me han de conocer la casa, Luis,
dame haciendo un letrero". Dice: "Buena". Puntaban unas
cuatro horas para la reunión y dijo: "Vea, Luis, haga al-
go diferente, algo bonito, algo... ¿cómo tiene ideas dife-
rentes en jere?" Y va y hace: "La Reunión es Aquí" y le po-
ne coronas, pajaritos, flechas, etc.

Ya veía que empezó. Una señora entra, me ve y me
dice: "¿Aquí es la reunión?" Le digo: "Sí". "Ah, aquí mis-
mo ha sido", le dice al marido y entran. Erán unos vieji-
tos. Cuando después entra: "¿Aquí siempre es la reunión?"
Le digo: "Sí". Ya se están encamando. Después entran unos
jóvenes, todos ellos con lacos por aquí. Yo tenía de mis
tiempos de la otra organización cartulinas de colores fo-
torecuentes, hacíamos discos y juegos. Entonces eso le di
a Luis y él había hecho en una verde bonita. Las re-
cuerdas del barrio después me contaron que pensaron que
ese cartel era para un baile de uno de los jóvenes! Y los
jóvenes, al ver pajaritos, coronas, flores, igual! Cuando
van y dicen: "¿Qué es la cosa? ¿Qué es la cosa?"
Yo les quito el cartel y digo: "Aquí es la reunión". Y se re-
sacaban.

“La primera que me decía era, ‘Pero usted no es la dueña de casa. Esta es la casa de don Manuel’. Les digo: ‘Bueno, sí. No soy la dueña de casa. Solo quería que habiésemos’. ‘¿Usted es inquilina y siempre inquilina quiere habitar? ¿Y de qué va a habitar usted?’ Entonces digo: ‘Bueno, pero que sejan las demás’. Yo se fió el cuarto. Entonces les digo: ‘Bueno, ya les agradezco que han venido. Lo que quiero habitar es del mundo de las calles, de que aquí no hay una directiva, que sería bueno que aquí haya una directiva para que se vaya al Municipio y puedan oírme la voz, que puedan escucharme y que hagan las cosas’. Me quedan viendo, ¿no? Dices: ‘Umm, pero aquí son decanados’.”

Entonces les empezó a contar su experiencia de donde ya había vivido, de la organización. Les digo: “Por ejemplo, allí ya hice una biblioteca. Aquí podía hacer lo mismo si ustedes se comprometen a hacer esas cosas”. El secretario del fondo levanta la mano y dice: “Me gustaría que sea, que se reúnan con nosotros”. Dijo: “¿Hay lugar? Si ustedes quieren, imagínate pero ya solo me estaba ofreciendo para ver si podríamos llegar a hacer algo”. Me dice: ‘Entonces a quién le podríamos ver para pedirle?’ (¿Usted, natural?) Le digo: “No, yo no. Primero, como ustedes me dicen, es muy dueña de casa”. Pero usted tiene palabra. Usted se sabe expresar”. Le digo: “No. Esta es el mundo de ustedes. Esta es la necesidad de ustedes y la voz la tienen ustedes. Yo solo soy el que está ahí”. Entonces me hizo un lado, ¿no? “Yo mañana me voy del barrio, tengo otra casa más buena que me ofrecen, ya me voy”. Entonces con silencio. Y don Pato, el día de este día, toma la palabra.

Dice: “Bueno es el que fue alcalde de Quito, y ya puede comparecer de él y del alcalde Álvaro Pérez”. Entonces usted era el presidente? Se hicieron las elecciones. Ese rato se nombró presidente y ya quedó de coordinadora, ¿verdad eso? Y decía no. “¿Verdad eso?” Yo decía no. Yo no quería, ¿no? Siempre ha sido mi idea de que la gente se exprese con su voz, de que la gente sepa que tiene el derecho, que se tiene que estar buscando un li-

derango, sino dentro de su propio cuerpo firme y en tensión ya se anuló la directiva.

Lo primero que dijo era que traiga aquí al alcalde, pues, Eusebio: "Vámonos a hablar" le dijo: "Sí, Vámonos", fue entrando al Municipio. Me quedé viendo y me dijeron: "Y ahora, ¿en qué barrio está viviendo?" Le dijo: "En que estoy viviendo en La Colmena". Dijo: "¿Qué quieren?" Le entregó el oficio y dijo: "Va para el alcalde". Empieza a leer. Le dijo: "¡Qué No sea, lo para el alcalde!". "¿A que primero..." "No", le dijo, "no para el alcalde".

Eusebio fue recibió el alcalde, le mostramos y aceptó ir al barrio. Fue al barrio y llegó con toda la comitiva, con bastante gente. Llegó cayendo y levantando, porque había llovido la noche anterior. El caso que estaba el alcalde los vecinos dispararon voladores. Después invitamos a una copa de whisky. Le hicimos ir hacia arriba, hasta le demostramos como estaba el barrio y el estado en que estaba.

En los meses siguientes se cumplió la parlamentación de diez cuadros, el arreglo de dos cuadros de escalinatas, la terminación de la construcción de los servicios higiénicos y del resto policial. El tercer piso queríamos hacer área social, pero ahí no llegamos. Hicimos la minga de la limpieza.

Me empezó a dar cuenta de que no todo el sector donde yo vivía estaba así, sino que la parroquia estaba entera así. Empecé a bajar a ver a las otras organizaciones, los otros comités. Habían comités, pero no se reunían. Así es que presencé una reunión de todas las directivas y formamos el comité central de la parroquia San José de la Libertad. Un pliego de peticiones hizo el comité, de todos los barrios que conformaban la parroquia. Y con todos fuimos cayendo por ahí, por el Municipio. Ya en la plaza a Álvaro Pérez era, porque desde entonces estaba apodado con publicidad Gustavo Herdoto. Álvaro Pérez paró al apoderarse con la parlamentación y todo eso: "Esta es una gente que me va a ser útil!" Pero nosotros estábamos serie de reivindicaciones más altas.

En ese tiempo yo tuve un golpe durísimo. Apenas estuvo la calle pavimentada, la otra calle adyacente, y

terminadas las obras de infraestructuras más urgentes, de 1.500 que pagaba ya el arriendo, mandáronse a 1.500. El argumento era: "¡No se! ¡Está pavimentada la calle!" Y yo pensaba: "Lo que me pasa a mí, los pasa a todos los del barrio: el suelo no sube, la pavimentación sirve solo para el dueño de casa. En una planchita de cemento, el hombre no solo es la ciudad, sino que es peor". Me daba cuenta de todo eso y la realidad, la estructura económica, la drogadicción, la delincuencia, la prostitución, la mendricidad —todo se ve allí— el alcoholismo, y dije: "No, esto no está bien. Hay que hablar por cosas más grandes".

Fui al Centro de Madres, al Centro de Salud y mentalidad a todas las fuerzas vivas y a reglamentar al alcalde. Siempre ya Álvaro Pérez nos puso malita, pero con cada manifestación que bajáramos ya subía, ya nos apalaba, nosajes a nosajes, pero ya nos apalaba. Habían calles sin alumbrado por donde las aguas servidas bajaban por la media calle. Habían servicios higiénicos sin agua. Habían calles sin iluminación, y en esos lugares, por esos calles donde no había iluminación, es donde vendían marihuana, donde se drogaban, donde habían asaltos.

Por otro lado, las fuerzas de represión, la policía, el ejército, empezaban a patrullar el barrio —enfrentados de peligrosos, de delincuencia urbana. Empezaron a salir y durante tres meses le pasaron estado de sitio al barrio. A las siete de la noche todo el mundo debía estar en sus casas. Habían militares, policías de baja graduación que vivían en el barrio y ellos organizaban con otros vecinos una policía (una policía armada privada) para que al delincuencia que venía en la noche, disparaba, pero no solo al delincuente, habían muchachos del BSA³ que pintaban paredes y nosotros que hacíamos reuniones. Habíamos empezado a ser una fuerza, pero nos daban migajas y todo lo que pedíamos, nos costaba pelear.

³ Movimiento de Impulso Revolucionario.

PARA ADELANTE

Cuando subieron a 2.500 el arriendo, no podíamos pagarle y nos fuimos a vivir en otro lugar. Yo seguía trabajando en Radio Tarapá. Ganaba 4.000 pesos. Estaba en el último año: estaba en las vacaciones de quinto curso, iba a entrar a sexto año. Fue a vivir en otra casa. En esa casa teníamos bastantes limitaciones pero igual nos arreglábamos. En ese tiempo se richaban a por primera vez la posibilidad de que mi marido entre a trabajar en el Ministerio.

Para entonces había pasado algo en mi vida política. Me había afiliado al Partido Demócrata. Jorge Larraín me dijo: "Luzmila, hay la posibilidad de hacer algo. Sobre todo usted debe ser consciente de que hay un proceso de historia que no podemos dejar atrás, que sin haber enseguida una fórmula de paz, el pueblo se va a la guerra. Es nuestra responsabilidad hacer las cosas en paz. Si lo que nosotros hagamos falla, ya no es nuestra responsabilidad histórica. Yo le hablo así como a una mujer consciente y política". Le dije: "Bueno", y me afilié al Partido Demócrata y militaba en él. Poco después Paredo Huerta era ministro de Salud y otro militante del Partido Demócrata era Jaime Morillo Barja, ministro de Finanzas.

le dije: "Má, muchas gracias, señora, nos vamos", y nos fuimos a vivir en otro barrio. Pero en esos tres meses que estuve en ese barrio formamos un comité de vecinos para abrir la calle, una calle que tenía que salir a la Libertad y estaba truncada de gase. Habían dejado crecer maleza y por los barrios urbanos donde se dice ahora maleza es donde hay delincuencia. Entonces le trajimos al alcalde. Yo les llevé a la Rulita Turquí, les di que habían, que expongan sus problemas. Entonces ya sí quisieron adelantar, pero con ellos iniciamos el comité.

Me fui a otro barrio y en ese barrio ya entré a un curso. En ese barrio iniciamos un trabajo sólo con mujeres. Sólo con mujeres porque yo veía que en muchos grupos me quedaba sola. Los hombres discutían las cuestiones políticas, las cuestiones de organización grupal, de organización comunal y las mujeres si bien estaban presentes, eran un bulín, ¿no? Y no tenían opiniones cuando los maridos estaban presentes. Cuando venían en representación del marido, ahí sí hablaban. Yo dije: "¿Qué tal será trabajando con mujeres?" Se había trabajado con jóvenes, con adultos, entonces igual tal con mujeres? Y habíamos con mujeres. No sabía yo cómo abordar el asunto. Nos pusimos a conversar de bastantes cosas, pero sólo yo hablaba. Entonces me convencí: sólo yo hablaba y me demandé los temas.

Tenía una amiga, una amiga que pronto pasó a ser mi jefe. Ella era dueña de una editorial. Estudiaba antropología en la Universidad Católica. Entonces le decía yo: "Má, ¿qué te parece lo que quiero hacer un trabajo con mujeres?" Me dijo: "¡Bueno!" Le dije: "Pero, ¿qué hago?" Me dijo: "Pueden contar las cualidades de ellas, lo que ellas saben". Me paré a la casa más temprana ¿no? Pero ahora les digo?

Las mujeres que nos reunimos eran la esposa de un leonista y su hermana, la esposa de un carpintero, la esposa de un comerciante, la esposa de un tendero, mi amiga y la amiga de ella y yo. Nos reunimos anónimas. Hablamos de que nos vamos a enseñar cada cual la cosa que sabemos. Entonces una nos enseñaba tejidos, otra nos enseñaba remedios con hierbas, de todas las

historias que conocía y para qué servían, le sabía cantidad de remedios. La esposa del zapatero nos enseñó a componer zapatos, mi amigo nos enseñaba a tejer medias sin costura y yo era la "intellectual" del grupo.

Al entrar en las aulas, se dieron las manifestaciones estudiantiles de ese año. Mis hijos entraron a estudiar en el colegio de allí abajo en una y empezaron a presentarse en las manifestaciones estudiantiles, y en esas manifestaciones estudiantiles se quemaban los libros. A un policía se le cayó el arma con que da los gases lacrimógenos y los muchachos le quitaron y se fueron. Los policías les siguieron, penetraron en el colegio con tanques y les ametrallaron las paredes. Los chicos huyeron y el chico que tenía el arma se fue al techo y desde el techo les arrojó el arma. El policía se volvió por atrás y lo caught. De tres plumas cayó el chico y se quemó las piernas. En esos momentos como mujeres organizadoras allí arriba yo millo y bajamos a protestar.

CALLEJÓN SIN SALIDA

A mediados del quince curso había hablado un día con mi marido. Nuestras relaciones de pareja estaban bien mal. Me esperaba él que viniera del colegio en las noches y pedaba bastante conmigo. Una noche tuvimos una discusión muy fuerte. Sobre todo él decía desde me decía, ¿no? El me golpeaba diciéndome que no soy buena madre, que por estar estudiando y trabajando descuidaba mis deberes de madre. No sé si él estaba enteramente convencido de que yo debía hacer todo. De todas maneras yo había organizado mi vida de tal manera que mis hijos me ayudaban. Sin la ayuda de ellos no hubiera sido posible nada de las cosas que yo podía hacer. Pero yo había organizado así mi vida y él me estaba de acuerdo. O sea si era que él utilizaba eso. Por ejemplo, a veces no le gustaba la comida y decía "Si fueras mejor, si fueras buena madre, tú hicieras la comida y no le comieras en los pequeños". (Mi hijo ya estaba grandecito.)

Entonces hablé con él y le dije: "Cero que se mejor que nos separemos". Me dijo: "¿Por qué?" Le dije: "Porque pienso que tú no respetamos los dos y que dos personas que no se respetan no pueden vivir bajo el mismo

techo. Así es que debemos separarnos". Me dijo: "Lo que pasa es que ya tienen otro". Los tres de siempre que ya tenía otro. Le dije: "Bueno, hagamos una prueba. Nos perdemos un tiempo. Si es que pasado ese tiempo nos necesitamos, cualquiera de los dos, nos buscamos. Me dijo: "No, orgullo no te permitiera". Le dije: "Te vielo muchas veces como para no olvidarte. Si yo te necesito, ya te busco. Me dijo: "¿Me prometes?" Le dije: "Sí".

Pero nos hicimos al cine. Salimos del cine y hubo una pelea. Entonces me dijo que no, que lo que yo quería era quedarme sola para que puedan entrar cualquier cantidad de hombres en mi vida. Eso era a fines de quince-años. En sexto curso respondí a ser más castaña la pelea. En cada una más dura, y sus relos eran tan irracionales. Mi hija entró a segundo curso a estudiar conmigo en la noche. Yo quería que él vea que si me iba a estudiar con mi hija, no podía hacer las cosas que él decía. Pero entonces empezó a decir que mi hija era mi cómplice, que era alcohólica.

Por entonces mi hija tenía toda la alegría de la juventud y él no le permitía expresarse, no le permitía reír, bailar, mirarse en el espejo, vestirse. Decía que va a ser una puta, que era una copurta, que era una loca. Ella se resistía y me veía a mí y yo le hacía señas "tú no le hagas caso". Conversábamos bastante los dos, y me propuse siempre que ella fuera distinta. Desde niña le enseñé de muchas cosas que para mí habían sido errores y que al crecer yo quería en ella enmendarlos.

Realmente en ese año empezó también a luchar con mi hijo Felipe que ya estaba grandecito y se veía igual y cantaba pícarías y reían al mismo los dos hermanos mayores y el papá le decía: "Tú te rías, no grítes, los hermanos no se están riendo, parecen maricones". Y él también sufría, pero se refugiaba en mí. Conversaba conmigo y cuando el padre estaba, salía fuera. Fueron las primeras veces que él empezó a salir en lo que nosotros decíamos "la jerga", con los muchachos de la escuela, y pasaba con ellos. Yo tenía preocupación porque los muchachos en ese barrio, en El Tajón, llegaban a los 15, 16 años y estaban fumando marihuana. Hablé con Felipe y le dije: "Si

hijo, me acordé, ¿por qué se lleva con ellos?" Me dijo: "Mamá, el día que fuere marfilina, si es que fuere, se lo voy a decir; pero yo no quiero vivir al lado de papá mientras él esté en la casa. No me pueda estar al lado de él". Y lloraba. Ese tiempo me volví una de las locuciones que yo debía impartir a mi hijo porque parecía fuerte y empinado a tener dadas, empentado a querer saber ciertas respuestas sobre cosas de su cuerpo, sobre el sexo, y como el pancho estaba enojado y yo indagando en él, y en la madre iba a entrar y cuando el papá estaba en había la suficiente frecuencia, él hablaba con sus amigos. Dos años después él me contaba: "Mamá, yo he aprendido en los libros que usted tiene lo que sé, pero también he aprendido en la calle las cosas que cuentan los chicos acerca de las mujeres y el sexo". Le dije: "¿Cómo sé?" "Esé año que yo fui de papá, que me quería estar en la casa, me dijo mis amigos me enseñaron muchas cosas". Mi marido nunca entendió eso.

Cuando Felipe tenía 14 años y empezaron sus sueños helados, un día estaba muy dormido y le quisieron cambiar de cama. Le despertaron y él estaba enojado. El papá le despertó y le dijo que era un niño, que se había masturbado. Felipe me entendió de qué le hablaba. Entonces yo le dije: "Es que no puedes ser incontinente. Si no puedes decir eso porque sabes que a los hombres les pasa eso cuando son jóvenes". Me sé si él no se acordaba. Entonces me dijo: "Es que pasa es que a date hay que verle una prostituta". Y le dije: "Si te voy a dar plata para que te vayas a una prostituta". Felipe le dijo: "El día que yo le haga, ha de ser por amor o no lo hará". Mi marido dijo: "Te vas a caer pronto entonces. Si no quiere que te caes pronto. Primero debes ser un profesional, tener plata antes de casarte". Mi hijo no entendía, no entendía, y me lo contaba, como muchas de las veces cuando ellos me estaban de acuerdo con él, no es que le dieran la razón, no le contestaban.

En ese sexto curso yo tenía bastantes problemas en la casa y un día fue tan dura la pelea. Entonces pedimos de tanta las dos de la mañana. Me dijo de todo. Lo que más me dolía era que me decía que soy mala madre, que

descuido mis deberes de madre. En la mañana hablé con mis hijos. Les dije: "¿Ustedes creen que yo descuido los deberes?" Me dijeron: "No, mamá. Está bien todo". Les dije: "La realidad es que ustedes tienen bastante carga de la casa. Pero vamos a hacer una cosa. Yo creo que basta de pelotas. Después de todo, voy a dejar porque ya de que me gradúe en cambio ya no voy a poder hacer las cosas. Yo no voy a poder trabajar porque va a seguir la pelota. Entonces yo creo que mejor le dejamos ahí antes de entrar en gases de grado". Felipe me dijo: "Ahí que de nada alivió nuestro sufrimiento, de nada nuestro sufrimiento de apretarlo a papá para que usted ahora haga lo que le da la gana. No sabe que si usted hace eso, nos distancia a nosotros. Si usted se sale del colegio, yo no voy de la casa". Entonces yo Bertha y Bertha me dijo: "No Rose, mamá. El no merece una digna respuesta. No Rose". Dijo entonces: "¿Debo seguir estudiando?" Me dijeron: "Sí, mamá. Hasta el fin". Y decidí graduarme.

Trabajaba en la Radio Turquí. Tenía yo que hacer la investigación de mi tema y era muy duro. El tema que yo había escogido era muy duro. En las horas de almuerzo salía del trabajo y hacía las cominitas en las habitaciones; salía del trabajo y antes de llegar al colegio iba a la biblioteca. Muchas días pasaba sin comer o comía muy poca. Entonces solía a presentarme la mamá. Estaba bien mal. Después por último no me alcanzaba tanto el tiempo. Llegaba a la radio, estaba una hora y salía. Hablé con don Gustavo. Le dije: "Don Gustavo, yo no estoy haciendo el trabajo porque no puedo. Necesito terminar, graduarme. Me voy". Y de común acuerdo yo salí de la radio y me fui a terminar mis estudios, a dedicar tiempo a la tesis. Mi marido decía: "En cuanto te gradúes, te van de la casa, me abandonas".

Con Bertha y Felipe hablébamos. Con los pequeños, no, porque no queríamos llevarlos de centros contra el padre. Decíamos que en realidad íbamos a dejarlo, pero no podíamos dejarlo así. El tenía muchos problemas. Por ejemplo, cuando entró a trabajar en el Ministerio, le congojal y se enfermó porque él ya no podía pisar la bacia mal el pinto que existía la pinta. Tenía problemas

de guerra. A veces escucho pintaos y eso que el trabajo con minicera. Nosotros le apodábamos los tres — Bertha, Felipe y yo le apodábamos... y trabajábamos sin minicera, pero creo que si tenía minicera deberías. El escupido pintoso casi todo el tiempo. Entonces yo le enseñaba ese trabajo. Poco durante ese tiempo él empezó a perder la dentadura, la mayor parte de su dentadura, y sus cuatro jorras. Siempre su alimentación de niño debe haber sido mala. Entonces nosotros dijimos: "Vay que puerle la dentadura. Hay que hacer que se interese en tenerse la escuela, que entre al colegio y cuando entre al colegio, ahí lo dejamos". Me teníanis plata como para lo de la dentadura, pero el le hicimos matricular en el tercer ciclo de alfabetización y cuando ahí, pero cuando él no que yo terminé el colegio, le día vergüenza de estar en la escuela y lo abandonó.

A los quince días de que me gradué, me tenía trabajo, pero una amiga, una compañera del partido que tenía interés en mi trabajo con la gente y que decía que yo podía trabajar, me dijo: "Si lo puedes conseguir un nombramiento, pero antes, háganos un favor". Le dije: "¿Sí, sí?" "¿Se quedó sin empleo?", me dijo. "¿Quieres que me ayude en la casa". Ella trabajaba en el Ministerio de Salud y yo fui a trabajar en su casa. Ella a trabajar en su casa y un día que vengo del trabajo, le presenté a mi marido tomando en la casa con varios amigos. Y apenas entre me dice el amigo: "Bertha Lucilla, yo quiero hablar con usted". Le digo: "¿De qué será?" Me dice: "Va al que hablo, ya es viejo, que usted es joven, que necesito un hombre joven, pero no le haga caso a mi amigo". No sabía de qué me hablaba. Y entre mi hijo y tenía fama en los ojos mi hijo y me llama a mí y me dice: "Mamá, mándame a uno de aquí. Estaban diciendo que usted ahora ha estado con uno por la Universidad Central". En efecto, vino mi marido a pagarme delante de ellos. Me dijo: "¿Cómo compré, por fin ahora puedo comprar". Yo me fírm de coraje. Dijo: "Mira mi mano, mi mano como así" Me venía lavando y planchando y corriendo de una casa. Y él como así. Entonces él se levantó a pagarme y el amigo, al ver lo que había

ocasionado, quería detenerlo. No sé, en un momento de furia me sentí burlada. Sentí como si ya para él no valiera nada. Y siempre me importó valer para él. Cuando él fin recomendó que era inteligente, cuando me iba bien en algo, cuando tenía éxito en cualquier cosa que hacía, siempre le contaba a él. A pesar de que nunca apreciaba lo que yo hacía, me decía algo así como que me gustó algunas cosas que me gustó parecer bien. Pero yo quería que se sintiera orgulloso de mí. Ahora pienso que cada vez que yo le decía algo le lastimaba, no le hacía bien, pero yo quería convencerlo de que mi destino estaba unido al suyo, de que finalmente las cosas buenas que me pasarían eran suyas también. Pero ese momento me sentí tan mal, cogí un cuchillo y me quise clavar en el pecho. Tenía una cosa más fina. Entendí al amigo vino y me cogió la mano y yo le conté lo mío, y ese momento lo mandé andando. Mi hija lloraba y me dijo: "Mamá, con él, no. Mueve más. Tiene que separarse de él". Le dije: "Dí, mi hija. Esperemos que nunca se poder separarnos. Eso te prometo".

Volvimos en una sala piena que tenía un sofá, pero vivíamos bien estrechos, bien estrechos. Esperé a hacer planes de arriendo y encontré para arrendar una casita y fui a vivir allí. Pero yo viviendo en esa casa mi cuerpo, que siempre se había mantenido alejada, se sentía virgo y sola y le había dicho a mi marido que quiere vivir con él. Sé siempre hasta entonces había vivido con mi marido, pero había tenido peleas con mi marido y con la suegra. Entonces, que se sentía sola, que el hijo no le quería y que quería vivir con él. Entonces yo vi una oportunidad de que me par se reconciliar, de que mi suegra le quisiera al hijo alguna vez. El me dijo: "¿Qué cosa? ¿Le malgastó a mamá?" Y dije: "Vieja, Jolán, es hora de que tú le apales a tu mamá. Madre hay una sola. Pero aquí no la podemos traer. Apenas sabemos nosotros. Busquemos a mamá. Pero madre hay una sola. Es la primera vez que se pide un favor desde que era adulta, desde que vivía contigo. Y no te cuesta nada. Busquemos. La damos que quiere es que tu mamá se se meta en nuestra vida, nada más, pero que viva contigo. Ella quiere el calor de un

hijo. Tú debes estar con ella. Y es hora de que vivieras los momentos de todo lo que te has hecho, de lo que te has dicho. Tu caso que a la final puedes vivir en paz, y ya no tengas elpesito¹. El no sorprendió, porque sabía que su mamá no se quería. Buscamos y miramos a La Colmena. Allí nos arrollaron un departamento; esos barrios son los mejores sitios donde no le preguntan cuántos hijos tiene, en qué trabaja, todo eso. Volvimos allí y allí compré una riapa deliciosa en mi vida. Mi mujer está en cama en un año. Ahora se metió en mi vida. Estoy tranquila. Solo cuando él se pone a pelear, voy lo a calmar los ánimos, pero nada más.

¹ *El pesito* es una expresión que se refiere a la preocupación o el estrés que se siente al tener un hijo o una hija.

EN LA ENCRUCIJADA

Bertha tuvo su primera rebelión con su padre. Un día él había tomado y se había ido del trabajo y se puso histérico, a querer pegarnos. Bertha vino, la sacudí y le dije: "¡Mujer mala! A esta mujer no le pega nunca más, como más muertas se viva!" Él se quedó atónico, no sabía qué decirle. Ella dijo: "Siempre nos dicen: cuanta, siempre la traté como humana. ¿Qué decían ustedes? ¿Qué decían usted? Porque sus palabras me tratan: cuanta! Siempre nos dicen: cuanta. ¡Mujer mala usted le recata a ella!" Y mi marido se quedó sorprendido. Nunca más me levantó la mano hasta el día que nos separamos.

Pero en ese año también pasaban muchas cosas. En 1983 y mi hijo volvió a ver a un amigo que había conocido mucho más antes. Allí en 1981 cuando viví aun en La Calma era mismo, antes de salir de allí, según mirando por el camino de la ciudadela, conocí algunos muchachos y algunas eran universitarias y conocí algunas de las cosas, de la patria, de la historia, de política. Cuando nos cambiamos de barrio, perdimos contacto con ellos, no les volví a ver. Volví al barrio y les volví a ver y mi hijo también. Y con los muchachos de un club deportivo que eran amigos nuestros de mucho más an-

tes —con ellos habíamos hecho festivales de pintura infantil en el barrio años atrás— con esos muchachos se iban a paseos y yo a veces los acompañaba. Quería ver dónde se iban, qué hacían. Entonces nos fuimos a cualquier parte, a Cruz Loma, al Pichincha, al Pabellón, al Huelga, a todas partes. Cada cual llevaba lo que podía y hacíamos una especie de campamento y comíamos. Luego habíamos de cosas. A veces se iban solos, yo no me iba, pero se iban mis dos hijos. Yo me sentía bien si se iban juntos; me sentía tranquila. Felipe era el gran campeón de Bartas y lo mismo Bartas de Felipe.

Un día se fueron a conmemorar este día. Yo estaba tranquila. Estaba en compañía en el Partido Tronadorita. Podría decir que me habían contratado porque sabían que yo tenía necesidad, me habían contratado como activista y yo trabajaba con los barrios. De mi tiempo que trabajaba en la Radio Tarqui recibía muchos libros baratales y la gente los usó. Entonces yo establecí esos contactos baratales y organizaba los comités, organizaba las bases; a mí me pagaban por eso. Me empezaron a reconocer un salario por esa actividad y andaba en ese cuando mi hijo llamó desde Barranquilla y me dijo: "Mamá, estoy preso, acusado de guerrillero. Venga a verme". Me quedé de una sola pluma. Durante el camino quería llorar, ¿no? O sea, me daba pena, sentía dolor. La madre quería llorar; pero yo decía: "Si yo hego llorando desaprovecho todos van a aprovecharse. No voy a llorar", me dije. "No voy a llorar. Los militares no me van a liberar".

Una mañana a Barranquilla en la noche y de pronto me sentí culpable, culpable de haberles enseñado a mis hijos muchas cosas, ¿no? La realidad, la patria, la política. Muestra los muros por qué vamos pobres. No les dije "Vamos pobres porque Dios quiere". Y pensé que me había tenido tiempo de enseñarles los cuentos de Capuchita, pero que había tenido tiempo de enseñarles y aprender con ellos el dolor de nuestro pueblo. A través del hambre y el dolor de mis hijos aprendí a comprender el hambre y el dolor de mi pueblo, de mi gente y a sentir la rabia y a buscar soluciones y a creer en la esperanza y a buscar la organización, la lucha, el cambio.

— Llegué a Emmeralds. Me encontré con todos los que podían representar apoyo, barrio popular. Me encontré con el PUT, con los jóvenes, y fuimos manifestaciones: nos reunimos la ciudad, apedreamos la gubernación. Al fin conseguimos el Habeas Corpus. Mi hijo tenía 14 años, mi hija 16. Los habían torturado salvajemente. Tenían cortes en todo el cuerpo, quemaduras de cigarrillos, pinchazos de electricidad, estaban flagelados. No les habían dado de comer, eran como cadáveres. Entonces llegué y pagamos todos los días a los delincuentes preso 25¢ por cada preso nuevo, para que eviten la impunidad de nuestros muchachos. Muchos padres de familia no querían dar la cara, pero yo, sí; yo no tenía miedo.

Plantamos el recurso de Habeas Corpus. La noche anterior a la reunión de Habeas Corpus fueron los militares cuando aminor a los presos. Los demás presos que estaban en el penal dijeron + hicieron, buila. Los guardias de la cárcel llamaron al director de la cárcel y este que estaba en plena campaña política y que quería buena presencia, que no le interesaba un escudado, les dijo: ¡son hombres! “Dépanen hasta el último tiro, pero no sale un preso”. Los militares se fueron. Los muchachos se presentaron al recurso de Habeas Corpus y esta gente hermosa de Emmeralds nunca pensó; se portaron bien con nosotros. Hicieron cosas increíbles, un hospital, un club de la gente, un cuerpo de la gente; y los muchachos salieron libres.

Una vez libres, les pregunté cómo era. Me contaron las torturas, lo que les preguntaban, lo que les decían, con qué les chantajeaban. Bertha me decía que le ponían en un cuarto al hermano y en otro a ella, y le decían: “¡Calafate! ¡Calafate!” y le torturaban al hermano. Entonces dice que ella se sentía horrible. Una! Que le torturaban a su hermano y le decían: “¿Qué eres que le estamos haciendo? ¡Calafate! ¡Calafate!” Y luego, igual con Bertha, José? Y Felipe dice: “Yo Bertha, Mi Bertha, igual le estaban haciendo?” Yo Bertha?

Bertha dice: “Un momento me liberó de cuerpo y les dijo: ‘¿Que grilo? Son sus pulmones y su boca’. Y ellos me separaron entonces a mí”. Yo le dije a ella: “Mi hija, si a mí

me reglanan y me torturaron con los exámenes, con los pequeños, yo diría todo, a más de todo, más de lo que me pinta, lo que quisieran que dijera". Bertha me miró y me dijo: "Mamá, ¿qué significa en verdad? ¿Ella es así, lo que se mueven de hombre son milés?" Era un argumento bien grande, ¿no? Pero era un argumento que yo les había enseñado. Cuando me decían: "Mamá, ¿por qué somos pobres?" yo siempre les había dicho: "Somos milés los pobres y es nuestra la historia. Debemos hacerla nosotros". Nunca pensé que ellos tan pronto empezaran a tener conciencia de esa historia.

Luego vinieron de Buenos Aires. La prima de ese entonces trajo publicaciones que el Ministerio de Defensa decía que los chicos tenían que leer, que los chicos estuvieran haciendo incursiones armadas. Cuando hablé con mis hijos me dijeron: "Mamá, estábamos hablando, estábamos aprendiendo historia, estábamos instruyéndonos, pasamos corriendo". Además, no tardaron tiempo; los captaron el segundo día. Nosotros nos enteramos cuatro días después de ser capturados, y yo les había hablado en vacaciones yo sabía que iban a quedar solo dos días. Así es que cuando ella me llamó yo no creía, no podía nunca sospechar lo que estaban diciendo.

Cuando vinieron de Buenos Aires el recibimiento en la casa fue desconcertante. Julián se quedó en la casa. Él había dicho que yo soy la culpable. Llegué a la casa y me dijo: "Yo soy la culpable. No! ¡No que en vez de enseñarnos a ser profesionales, a tener un título, los meten ahora en la cárcel!" Entonces yo le dije: "¿Quieres que seas como vos, explotado?" Yo, pero ellos pueden estudiar y ser profesionales". Dijo: "Sí, entonces, no quiero que seas porque quiero que seas marfil. Entonces, otros que digan cuando pague". Me dijo: "¿No decías la culpa. Yo te entregó a los militares?" Le dije: "Sí, te los pongo a mis hijos en una embajada y después de así como te di la gana".

En septiembre de 1983. Por diciembre de 1983 Pedro José estaba ya en primer grado y tenía que dar la cuota de Navidad. Le mandé a Bertha a pagar la cuota

de Maridul y antes de llegar, ella intentó a tomar una caña. Un hombre le dio desviando la caña y ella cayó en la ciudad. No se recuerda más. Cuando ella ya se acordó, iba drogada, atada a una borda de un auto. Le habían desatado. Una una mujer con ella y un hombre al volante. Ella se despertó y empezó a golpear a la mujer y al hombre y empezó ser desviada a la ciudad. Los desviaron a la ciudad y lo abandonaron en el centro. Yo creo que cada golpe que recibían más hijos—como yo les había dicho: "Procura que los golpes en la vida no te quiten, que te tiempen, que te hagan firme"—les hacía más firme cada vez.

Por enero de 1994 perdí mi trabajo. O sea, no es que perdí mi trabajo; se acabó el trabajo y el partido perdió las elecciones y yo no sabía qué hacer. Entonces la amiga que era amiga de la editorial me dio trabajo. Con ese trabajo (mi trabajo era ser colaboradora de los libros que ellos resultan a plazos) yo ganaba el 10% de lo que cobraba y trabajaba muy duro. Tenía que recorrer la ciudad, a veces de un extremo al otro.

Luego de eso me ofrecieron la gerencia de una cooperativa de vivienda y fui a trabajar en esa gerencia, en cooperativa, pero la cooperativa no disponía de fondos, estaba moribunda en un filo de ruina, en un límite. Los acompañé tres meses y más. Luego un día una militante del Partido Revolucionario (la mujer de quien fue candidato a la vicepresidencia) me dijo: "Luzmila, yo tengo una línea de dinero para emplear en proyectos productivos en barrios populares". Me interesó y me dijo: "¿Cómo podría hacer ese trabajo?" Le dije: "Sí". Me dijo: "Al principio yo no puedo pagarte, pero cuando la línea venga, sí, sí, sí, sí, yo sí puedo pagarte". Yo dije: "Bueno". Otro el trabajo como cuatro meses con cinco barrios. Atrás los grupos de gente, de mujeres principalmente, para hacer un trabajo, para hacer en cada barrio un proyecto autogestionado de ingresos. Le llamamos incluso en un barrio un grupo de desocupados con una lista por cada miembro del comité de trabajo que formamos. Y yo daba en los talleres capacitando en cada barrio, capacitando acerca de sostenibilidad que era en lo que yo me había graduado:

contabilidad y relaciones humanas. Yo le llevé a mi amiga que fue en un tiempo mi jefe; le llevé a que él clases de tallas. Acusamos en sus proyectos y cuando yo quisiera hacerlo realidad, ella debía estar a la gente, debía levantar una ficha, un cuestionario para enviarlo a la AID y cuando lo hizo. Creo que ella quería que yo hiciera el trabajo, pero no quería irse y perderse en esos barrios. Entonces no fue.

En ese momento me concentraron para trabajar en una fundación donde trabajé dos años y a los dos años me mandaron por el asunto este de la persecución política. En este trabajo empezó siendo una asesora, hablando con la gente, formando los grupos, dándoles crédito, capacitación y a los tres meses de así asesora, me ascendieron a jefe. Una vez que fui jefe, a mi amiga que un día había sido mi jefe, le llamé para que trabajara conmigo y a otro amigo que había estado en un colegio-secuestro allí colador y yo sabía que tenía recursos, le llamé también para que trabajara conmigo y otro muchacho que era un político de izquierda, lo llamé también y a otro que había trabajado conmigo en los barrios en el Partido Comunista, también lo llamé. Formé un equipo con la gente que yo creía que era idónea, que valía, que sabía. Todos eran universitarios menos yo y uno otro que trabajé por lo mismo a uno; todos eran, al hecho de que mi jefe era una mujer.

Podría yo hablar de todos los momentos que sufrieron mis hijos, de todas las veces que los intimidaron, de una mujer pesquera, lesbiana que comenzó a mi hijo, que le siguió —por ella cambio de colegio, por ella cambiaron de casa muchas veces y ella siempre estaba donde nosotros estábamos.

En febrero de 1983, María se fue de la casa. Se fue porque dijo que no habría más, que iba a enfrentar la vida como ella creía, que era mayor de edad, que había estado esperando eso y con ella era "María libre a morir", que ella me lo cogiera otra vez. Y no fue. Yo sufrí. Había la con ella. Venía de repente, hablaba con ella, veía cosas con sus opiniones y veía gran madurez política, profundizando conocimiento de la historia. Para una muchacha

de su edad, era increíble. Y entonces me sentía tranquila porque sabía que si ella había conseguido lo que había conseguido era con conocimiento de causa, no estaba siendo utilizada, ella sabía lo que hacía.

Felipe seguía sus pasos. Felipe dijo: "Ella más no va a escribir la historia. Somos dos. Somos cuatro. Usted ya con los hermanos a nosotros; ahora tiene la responsabilidad de llevarnos a los pequeños, porque cuando nosotros salgamos usted tiene en sus manos dos combatientes". Pero él permanecía en la casa. Salía en las noches. Regresaba de día. Bertha ya no vivía con nosotros; vendía esporadicamente. Para esto ya nos habíamos separado de mi marido muchos años.

Nos habíamos separado en enero de 1994 porque ya no podía ya vivir con él. Ya había dicho que la vida entre los dos no era posible, que en realidad nadie tenía que hacer en nuestras vidas. Entonces él me dijo: "Si quieres separarte, dame 20.000 pesos". Yo le dije que no tenía. Luego un día tuve una fiesta, una invitación, y me arrojé a regresar a la casa. Yo dije: "Ahora voy a tener un hijo. Pero será el último. Nunca más. Este día él se va". Fue donde mamá y le conté. Le dije: "Me voy a separar". Me dijo mamá: "¿Por qué?" Le dije: "Porque es una larga historia. Yo no puedo vivir con él". Entonces mamá quiso saber. Le dije que quería que me ayude. Dijo: "Para ayudarte, para respaldarte, yo tengo que saber por qué te separas". Un poco a cambio la mayor cantidad de cosas de esta vida nuestra, que no sé si puede llamarse vida. Pero le conté todas las cosas que había vivido, por ejemplo, que cada vez que yo regresaba de la calle merojando, cuando venía de la calle, de visitarle a mamá (cuando todavía era jovencita porque cuando fui tomando más cuerpo me hizo eso) me hacía desvergu; decía que quería que si yo le venía haciendo algo. Como como los golpes, cosas como las injurias. Y mamá me podía creer. Se reía a la vez. Me dijo: "¿Está vivo todavía así? ¿Está aguantando así?" Le dije: "Sí". Y mamá lloró y me dijo: "¡Nooo. No puedes vivir con él!".

Fuimos a la casa. Se le dijo. Siempre tiene miedo a mamá. No puede resistirle. Entonces le di plata para 15

días de comida, arrendó la plaza donde iba a vivir, le di plata para que coma el día y se vaya, y así desaparecerá de mi vida. Le dije que nunca le seguiría un juicio de alimentos; que si él quería pasar algo por los hijos sería misericordioso; pero que yo tenía suficiente para mis hijos y que no se preocupe, que nunca iba a hacer un litigio judicial; que tampoco me iba a preocupar de distracciones legales porque no tenía plata para eso. Y él salió de nuestras vidas.

Siempre hablamos hablado con Martha y Felipe de cómo sería el día que él se vaya, y hablamos llegado a un acuerdo. El día que él se vaya será como el nunca estuvo aquí. No hableremos nunca de él. Y pero, no hableremos nunca mal de él porque los niños deben tener un buen recuerdo de él. No debía haber sido en su recuerdo y ellos alguna vez si quieren serlo al padre, pueden serlo cuando quieran, pueden hablar cuando ellos lo deseen; pero nunca hableremos mal de él, ni prohibiremos que vean donde su padre.

Ahora con Melina quería ir donde su papá y le mandaba una y a Pedro José le dijimos: "¿Quieres ir?" Me dijo: "A mí no me hace falta papá porque estoy de mejor que mi papá. Yo no le quiero a papá". Le dije: "Pero qué no le quieres?" Me dijo: "¿Porque se acuerda esa vez que él así me arrebató el hijo? Ese acuerdo?" Yo sí me acuerdo. A mí me dolió. Yo no podía tomar uno de su mano, un recuerdo. Estuvo a punto de arrebatarme el hijo esa vez y el profesor y el médico me llamaron a la escuela y fui. Me preocuparon cómo había pasado. Les contó. Dijeron que debía separar: me inmediatamente de sus hijos. Les dije que no podía. "Usted lo que quiere es un hombre. Usted quiere verlo con hombre y por vivir con hombre usted se capac de dejar matar a sus hijos. Si usted no se separa de él, le quitaremos el niño porque usted no sabe control. Los hijos dicen que se pueden separar cuando los padres demuestran que no saben criar". Ellos no podían entenderlo y yo me me quedé en ese tiempo de mi marido; justamente era cuando se estaba en esos cuatro que pasó eso. No me separé ese tiempo de él y después, al término del año, la profesora me me quitó a mi hijo, pero me quitó el cuerpo para que mis hijos estén en su recuerdo.

UNA BRECHA EN EL CAMINO

Tu tenía expectativas en cuanto a mi trabajo en la iglesia. Era un trabajo al que me había dedicado tanto parte de mi tiempo y que en un tiempo se convirtió en una tarea, una tarea que yo asumía con tranquilidad con dedicación. Pero cuando vinieron los problemas en el matrimonio y ya el que no podía hacer todo lo que quería, ya no fue lo mismo. Dejé la Escuela Dominical, las clases con las mujeres, las visitas a las familias, igual dejé mi trabajo que tentamos de arreglar el local de la iglesia y empezamos a ir muy esporádicamente. (Risas), pero no regular.

El 1 de mayo de 1982 le dije al predicador de la congregación que qué hiciera a hacer porque ese día primero de mayo era domingo. Me dijo: "Hay que venir pronto, porque si empiezan estos comunistas a hacer el desfile, entonces ya todo se acaba, empiezan a gritar y no podemos tener tranquilidad". Era porque las reuniones de la congregación estaban a la calle y estaba ubicada en el centro de la ciudad. Le dije: "¿Usted le preguntó al 1 de mayo?" "No", dice. "No necesariamente el 1 de mayo, sino que los comunistas utilizan el 1 de mayo". Me quedó pensando. No me guardé y quise contar con él el

asunto porque mis hijos y yo siempre hemos asistido a los desfiles del 1 de mayo, nunca hemos faltado a un desfile de 1 de mayo; es como una obligación. Le dije: "Pero, ¿qué tiene usted en contra de los comunistas?" Entonces me dijo: "Mira, es que ellos piensan cosas absurdas. Supongan que yo tengo 40 euros y una India, una negra, me tengo al medio. Me quitan a mi 20 euros por su dote a ella para que los dos comiencen colados, como si yo fuera igual a la negra". Yo me quedé asustada.

Me quedé asustada porque yo siempre viela al modelo de Jesús. Jesús compartiendo el pan, Jesús comiendo con los pobres, Jesús diciendo que no lleven dos calzados, Jesús diciendo que no lleven dos vínicas, Pablo diciendo que no hay varón, ni mujer, ni esclavo, ni libre. Y nunca más puede confiar en el humano. Si mi fe hubiera sido un producto de haber conversado con un hombre y que ese hombre hubiera sido él, hubiera desconfiado mi fe, porque yo estaba de lado de los pobres, de lado de los indios, porque yo soy pobre y soy india. Me sentí mal y fue otra razón que los expulsando los vínicos a la congregación.

Luego cuando mis hijos crecieron pronto, el primer domingo después de que salieron los mandé a la congregación a ellos para yo ir en la tarde. Bertha y Felipe vinieron de la Escuela Dominical recién. Dijeron: "Mamá, no vamos más". Bertha se había bautizado unos cuatro años antes; ella se bautizó teniendo 12 años y Felipe quería hacer lo mismo, pero cuando él llegó a los 12 años aplazó su decisión. Cuando vino de allí dijo: "No vamos más. No vamos". Le dije: "¿Qué pasó?" "Los hermanos nos hablaban, nos hacían preguntas, nos atacaban. Yo creo que lo que ellos piensan, lo que ellos creen, es una hipocresía. No vamos más". No quiero discutar con ellos en momentos; estaban muy dolidos.

Unos días después conversamos con ellos. Me dijeron: "Mamá, no es que yo no crea en Dios". Y Felipe incluso me dijo: "Yo hubiera querido antes de dedicarme a la tarea que yo sé que tengo que realizar, hubiera querido bautizarme. Pero no sé ahora qué voy a hacer. No es que no creo en Dios; es que no creo que ellos son sinceros".

res, y ya no puedo participar con gente que no es sincera". Yo me tenía argumentos en la memoria y le dije que esperaba que con el tiempo ellos desistían, porque en su día como había cumplido mi tarea de enseñarles, de leer juntos, de comentar. Cuando ellos eran pequeños su historia preferida era la vida del rey David. Siempre les conté bastantes veces, aparte de los cuentos que yo me inventaba, les contaba la historia de David y las fascinaba, pero ellos vieron una incongruencia entre lo que yo les había enseñado y lo que veían en las historias. Útilde era a lo que mi marido hacía, creo que los fue alejando. Poco a poco desde aquella vez ya no fuimos. Fuimos a una congregación más cercana, pero el momento que nos separaron de mi marido, entonces no fuimos más.

También para mí la Biblia siempre significó todo un contenido social, un contenido de protesta, y recuerdo que una de las cosas que más me impresionaron —que incluso me hicieron más reñido a ser testarudo— fueron las palabras de Jesús que están en el evangelio de Juan que dice: "Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres". Entonces ya entendía una libertad real más allá de los sentidos —una libertad espiritual, una libertad de conciencia y de sentir las cosas— y así como yo no quería someterme a nadie, tampoco quería someter a nadie.

Siempre me gustaron los concursos, desde que era pequeña, los pruebas y todo eso. Yo recuerdo que hice la mayoría de los cursos que daba UCLB y tenía todos los diplomas. Me mandaban a la casa, de la Academia Cristiana del Año, los cursos, y ya comentaba y después me mandaban los textos. Incluso una vez una señora que estaba ahí era una griega que estaba ahí a las nueve de la mañana y tenía un programa de canciones en UCLB, vino en persona a pedirme el diploma y el momento como con la discoteca, a conocer la casa. Yo vivía en la guarachamita esa donde murió mi hijo. Llegó y se quedó acostada. Pregunté por una persona. Entonces le dije que era yo, porque ella había preguntado al cura y el cura le dijo: "No sé", y ella no creía. Entonces ella ya, pues, y le dije que yo soy y me creía; estaba asustada. No sé si con quién ella pensaba encontrarse. Conversamos

y ella entró y les veía a mis hijos, veía donde vivía y me prometió venir a la semana siguiente. A la semana siguiente vino trayendo un cassette con cassetes y con un micrófono. Yo le quedé viendo y me dijo que si yo estaría interrumpida en seguir escuchando más. Le dije que bueno. Entonces me llamó allí a la radio y fui. Me regaló un Nuevo Testamento en Quichua y unos libros. Me dijo que habían unos cursos pero que esos cursos ya cesaban, porque los que había regalado no cesaban. Entonces yo seguía porque no cesaban y cuando ella ya me propuso en ese plano de que cesaban, de que no sería mucho, de que me llamo a apuradas, pero que siempre presentaría que pagas no fui más, ni los escuché más. Yo no podía pagar. Además, me hablaba con la Biblia, ¿no?

Por entonces en 1975 era el Año Internacional de la Biblia. Los representantes hicieron un concurso de la Biblia —un concurso del libro de Amós— y ganamos por la radio que las personas que quisieran, escucharan a la radio. Tu micrófono me mandaron el libro de Amós, las bases del concurso y todo. Yo recuerdo que cuando a hice un mapa grande de Palestina en la casa, porque había que identificar lugares: la Palestina de ese entonces, la división de los ríos, a esa toda el tiempo histórico. Escuchaba y cuando iba escuchando iba descubriendo una realidad —una realidad muy grande. Iba descubriendo que la injusticia social era tratada en ese libro desde un punto de vista político, así con una connotación a la pobreza, sino con un litigio contra la clase más poderosa. El libro de Amós tiene cosas tan duras, ¿no? Dice que los ríos están en sus cauces de oro y marfil, que comen trigo, que viven bien, pero que ellos pueden vivir así porque roban el salario a la viuda y le venden al huérfano por tan por de zapatos. Yo estaba asustada. Miraba, leía, escuchaba. Leía el contexto social y veía que nada iba cambiado, que lo mismo era ahora.

Una vez me fui a visitar a una hermana que era nicaragüense. Yo iba siempre con ella. Era el tiempo en que se hacía mi trabajo para los referentes y todo. Entonces como yo necesitaba sacar los versículos escritos a máquina y así cosas bien presentaditas para la clase, iba

donde ella y sus hijos con ella haciendo eso. Ella sabía regularme ropa. Un día que llegó en la moment y estuvo esperando. Cuando ella vino, vino amarrándole a un perrito que tenía -trayéndole en brazos- y me dijo: "Yo no sabía que usted iba a venir. Pero es que hoy día tenía que llevarle al niño de Bolivia a mi perro". Yo me quedé viéndole desconcertado y me dijo: "Yo que tenía que hablarle y contarle las cosas". Yo pensaba: "¿Qué aburrido! Realmente, aquí aburrido Hay gente que viene para llevarle al perro al niño de Bolivia y nosotros a veces no tenemos qué comer". Muchas veces al explicarle a mis hijos el problema socio-económico-político que vivíamos, al par que de nuestra pobreza y todo, les contaba esta anécdota. Les decía: "Pero no es la única persona. Hay gente que compra libros y libros y libros de carne para los perros y los caballos del ejército son mejor atendidos que los enfermos de los hospitales". Pero una vez, viéndolo de una cristiana y justo estando leyendo el libro de Amós, realmente me golpeó y decía: "¿No es lo mismo ayer, hoy? Siempre hay injusticia y siempre hay la guerra del pecado de los que no entienden".

Esa es la influencia que para mí ha tenido la Biblia en mi vida. No hacemos entender y hablamos desde cuenta de que Dios siempre estuvo por la opresión de los pobres, que justamente los profetas serían lo que hoy se llama subversivos. Por eso los mataban, los torturaban, los perseguían. Porque eran un líbrico contra los poderosos. Amós decía: "Y Jehová me llamó de dentro de los calabos para humillar la soberbia de Israel". Entonces realmente ellos estaban equivocados y creían que eran profetas y no veían que eran injustos con los más pobres de su pueblo. Igual que ahora que dicen que es "la civilización occidental y cristiana" y los pobres de su tierra se mueren de hambre.

Cuando yo leía llegó a darse cuenta que yo nunca había estado en un convento, que nunca había estado en un teatro, que nunca había visto una obra de arte y que tenía necesidad de esas cosas. Desde que era pequeña quise escribir; muchas veces hice cuentos cortos. Hicieron cuentos para mis hijos; cuando murió mi hijo

hizo películas para él. Sentía que era un derecho que estaba lejos de mí alcance, pero también quería que sus hijos vieran esas películas. Creía que ellos tenían derecho a aprender, a ver esas cosas, pero no violamos los límites establecidos. No sé si aparecerá algún día mi interés dentro hacia allí, pero empezamos a haber en las calles tiendas, teatro y música. Generalmente en las paredes de las calles colgan papeles pegados donde dice que había teatro, teatro o mismo en la Plaza del Teatro, por ejemplo, y entonces donde estamos, en el barrio que estamos, yo voy a mis hijos y habíamos a ver. Les explicaba qué era cuando ellos no entendían. Casi al cine no les llevaba, pero los llevaba siempre a espectáculos y cuando habían películas que daban por nosotros culturales, yo les llevaba a mis hijos, generalmente no cuentan o cuentan muy poco.

Así fue cómo en una película de esas conocimos a unos muchachos que nos ofrecieron para el barrio darles las películas. Me había dicho pasar las películas. Así es que ellos trajeron las películas, instalamos un telón en el patio de la casa y llamamos a todos los del barrio que vean las películas. Ahora que estoy pasando por esta crisis digo que era una imprudencia, ¿no? Porque eran películas de El Salvador, películas que se llamaban "El Salvador Nuevo", "Un Día en Nicaragua", y así. Eran ese tipo de películas que nosotros pusimos en la casa. Como dicen, Dios ayuda al inocente, ¿no? No nos pasó nada porque Dios es grande, pero las hacíamos en el patio y llamábamos a todos los vecinos con el micrófono. Traían un parlante en el equipo y con el parlante llamábamos a los vecinos. Eran unos amigos de un comité de defensa popular del barrio. Como ellos analizaban películas con una persona de izquierda, tenían esas películas y nosotros las veíamos. No sé si eran tiempos más democráticos o nosotros éramos inconscientes del peligro que teníamos.

El momento en que yo empezé a leer la Biblia —y la Biblia tenía para mí tantos retos, tantas verdades— caí en un muchacho que después sería señorita política de mi marido porque se casó con una señorita de él y es-

te muchacho había sido Milón y empezó a llegar a la casa. Con él conversábamos hasta altas horas de la noche, dos de la mañana, tres de la mañana. Y con él llegamos a la conclusión de que perseguíamos ambos las mismas cosas: una sociedad más justa —sobre que él hablaba de la lucha de clases y yo de la lucha de la igualdad de clases. El me contaba de su madre, de la pobreza, de sus diez hermanas, de las veces que ellas vivían escondiendo una casa por escape de unas monjas y los daban la casa porque tenían que cuidar los chanchos, de las veces que ellas recibían el afecto de los chanchos para comer, que con eso hacían como una especie de escuela. Me contaba de toda el hambre y yo me veía igual, pero, igual que nosotros las veces que comíamos solo plátanos verde porque nos venían a regalar y de las veces que nos acostamos muy lejos y yo sin comer. Tiempo después yo le encontré a él y él me había retirado de toda actividad política. Pero me fue mi primer encuentro con la izquierda.

Luego en los festivales a que nos fuimos —en la diada, en el teatro— conocí a otros muchachos y fui cambiando ideas y fue creciendo el compromiso y sabiendo que no era malo pensar así, que no era terrible. Cuando yo discutía con ellos y este muchacho me decía: "Má, si Martí dijo que el que no trabaja, tampoco come", yo decía: "La máxima es que a él se adelantaron". Entonces yo sacaba la Biblia y le decía: "Má, Pablo también dice: Más la vida de los primeros cristianos! ¡Viva! Entonces yo era con la Biblia y el con El Manifiesto Comunista, con El Capital. ¡Pasaron horas! Luego cambió la historia con bastantes comunistas y los he dicho: "¡A Martí se le adelantó Jesús! ¡Ese ha sido mi contacto con ellos,

CONQUISTAS EN EL TRAYECTO

Cada uno de los logros que yo he tenido en mi matrimonio me ha costado. El primer logro era el derecho a leer. Cuando me casé llegué con el hábito de leer. Al principio, como no tenía nada que hacer y vivamos solo los dos, mi marido me traía libros; pero después, como él me llevaba a trabajar, no le gustaba que lee. Y siempre yo donde haya, voy con un libro. Me iba en el carro, desde casa, yo leía, y él me quería. Cuando me quedaba en la casa leyendo (a veces era un libro tan interesante que me me quería ir a trabajar con él, sino leer) me decía: "Ya estás leyendo, pero corréntelo siquiera, pues", y palabras. También tenía discusiones, muchas palabras, hasta que él me que aceptar que yo iba a leer a pesar de todo.

Otra cosa que conquisté con él es mi derecho a ser mujer. Marcel me había aconsejado que la relación de pareja, la relación sexual, era una tarea. Yo me sentía confundida; yo me sentía mal. Una vez me puse a leer un libro de Freud de la teoría sexual; leía y entendí y aprendí que el sexo era un placer y que yo tenía derecho a disfrutarlo y si no, iba a terminar mal, que no podía ser un ser humano completo y que iba a criar a mis hijos con hipocrisis, con recelos hasta mi cuerpo, igual que mamá

me había dicho, tantas cosas (era fue la causa de la separación de papá y mamá: los tabacos). Entonces un día hablé con él y le dije que estaba cansado de ser objeto y le dije todo lo que pensaba de mí, de nuestra relación y de lo que yo quería. Bueno, fue una pelea fenomenal. Me insultó así. Me dijo que tenía todos los amantes del mundo. Me dijo: "¿Cómo así? ¿En años hemos vivido así y nunca me has planteado la cuestión?", luego él, era porque yo tenía un amante y que yo había aprovechado con él y por eso le podía decir a él esa relación de pareja. Pero a todo lo que me decía ese día, pero a todo lo que pensaba y a todo lo que me dijo y lo que hizo, yo le dije "Nunca más será si yo no quiero", y desde ese momento era así: nunca más si yo no quería. Y yo conseguí mi derecho a ser feliz. Hasta los seis años de matrimonio yo nunca había experimentado un orgasmo, simplemente no sabía qué era, y eso estaba mal. Podía aprender muchas cosas y después pude hablar con mi hijo y con mi hijo casi a cada día los problemas, de las fricciones, de la química del cuerpo; y esto a mí me ayudó para entender muchas cosas de mis hijos, para comprenderlos, para que mis hijos y yo hayamos sido amigos, amigos realmente, y que me hayan enseñado todas sus cosas, todas sus inquietudes, sus temores, sus sueños, lo que sabían, lo que tenían, lo que les decían, lo que ignoraban respecto a todo y a su vida, al sexo y a todas las cosas. Yo creo que si no hubiera enfrentado ese problema más con él, no hubiera sabido enfrentarlo con mis hijos.

La otra cosa que conseguí es poder estudiar: mí decíste a estudiar –que fue una batalla de años, pero acabé.

Por último, después de haber fracasado en todos mis intentos por componerle a él (porque realmente yo quisiera componerle, yo quisiera hacer de él otra persona, había siempre, siempre) después, cuando mis hijos mayores estuvieron en edad de comprender, les conté el drama del papá. Le díbamos cartas, amor. Queríamos comprender esas cosas, pero no podíamos. Yo creo que el mal estaba hecho y conseguimos nuestros derechos a ser felices. No sé si hicimos mal. El me dijo hace unos dos meses que

me aguiardaba que nos fuéramos separando porque él ha madurado, porque ahora él entendía todo lo que fue con nosotros y que cuando estubo con nosotros era incapaz de entender que nos haría mal. Entonces creo que con esa medida también él tuvo la oportunidad de entenderse. Mientras estaba con nosotros él pensaba que era su derecho tumbarse así y vivir así, y él se autoconspiciaba de lo que le hicieron y no quería salir de ahí. Creía que nosotros estábamos en deuda con él por lo que los otros le habían hecho. Espero que él ahora haya podido salir, pero nosotros respetamos el derecho a ser felices.

VIA CRUCIS

Lloré el mes más desgraciado de mi vida...

El mes más triste porque aunque a los ojos de otros me mostraba valiente, yo sé, yo sé que dentro de mí me estaba destruyendo muchas veces. Sentí hacerme pedazos. Sentí que no podía más. Sentí que no tenía fuerzas simplemente para salir adelante. Este mes fue el mes de marzo.

El 2 de marzo Felipe cumplió 17 años. Hicimos una comida pequeña. Venía en diciembre se había despedido. Me dijo: "Quiero no ser vuestro más" y se fue. Me daba pena ser 2 de marzo porque Benito no estaba, pero de todas maneras queríamos pasar un momento afuera, y festejamos el cumpleaños de mi hijo el domingo, 2 de marzo.

Vienes, 7 de marzo: mi hijo está preso. Fue una semana horrible... Fue un mes horrible...

Miércoles, 28 de marzo, Semana Santa: moría mi hijo...

Empezaba la persecución...

18 de abril: un círculo de policías fuertemente arma-

1 Los presos son largos y el silencio es línea de dolor. Los policías son persecuciones para hablar de la experiencia. Los apuntes hablan por sí solos.

des esperaban a mi hijo para que vaya a la audiencia. Yo me desesperé. Yo dije: "También me lo van a matar". Llamé a la prensa para que la prensa esté allí, para que la prensa sepa que lo llaman a matar. No sé cómo la policía se armó y disolvieron al cuerpo policial. En ese día se realizó la audiencia con mi hijo en el lugar donde él se había recluido y el presidente del tribunal, a miembros de la Corte Nacional de Menores, dice que mi hijo no queda sancionado, que queda recluido en el sitio donde estaba porque no hay garantías para su vida.

El 21 de abril pierde mi trabajo. Me mandan de mi trabajo porque yo era peligrosa para la institución, porque si yo permanecía en la institución, podría la institución desaparecer, porque la institución funciona con fondos de AEL,¹ con fondos no sólo de AEL pero de bastantes organismos norteamericanos. En la noche matan la casa de mamá, fusilándose a mí y se llevan a mi hermano preso. Empiezo a ir por diferentes sitios con mis hijos, con los pequeños. Desde ahí me lo veo a mi hijo que está preso...

Para salvar y entender a Bertha y a Felipe sentí la necesidad un poco en sus vidas. Bertha y Felipe siempre fueron inseparables hermanos, tan unidos en la adversidad, en la pobreza, en las cosas que tenían y que compartían y nunca ninguno era apático con el otro. Felipe apoyó muchos golpes por su causa porque como era jovenito ya como tenía pretendientes y tal a pensar con sus amigos, su padre venía y le buscaba, se lo encontraba y se suponía que el hermano varón debe cuidar a la mujer. Felipe, el hermano varón, al cuidarlo a su hermana, pero de muy distinta manera. Él sabía todas las cosas de ella. Su padre no le aceptaba así. Pero incluso más antes, desde que eran niños, siempre fueron inseparables.

Cuando mi hijo tenía 11 años tuvo los primeros ataques, los primeros convulsiones. Nos asustamos. Lo llevamos al médico y durante tres años estuvo tomando me-

¹ Agencia para el Desarrollo Internacional.

Elina pero realmente sin saber qué tenía. A los tres años le diagnosticaron epilepsia; el pequeño mal le llamaban. *Bertha* vivía resaca, porque realmente fueron tres años de disciplina, de remedios, y cuando ya le diagnosticaron el mal, todavía tenía que tomar más tabletas, más medicamentos. Tuvo un médico muy bueno que le dio una levadura, el Dr. Charvet. Es un hombre internacional. Supuestamente de pequeño le dio poliomielitis y anda con muletas. Es un hombre autorreferente: maneja su carro, ya no se cómo, hace sus cosas. Es un médico! Cuando el médico le dijo que tenía que tomar tantas tabletas, todos los días, ella empezó a correr delante de él y dijo: "No! (Tabletas, no)" El médico le dijo: "Venís. (Má ven a mí)" Yo, ¿qué decía? Toda mi vida hablaba dicho "no! tabletas, no!" (¿Bueno más?) Pero ya tengo que andar usando esas cosas: igual que para mí las muletas, para él son las pastillas, sólo que nadie se dió cuenta. ¿O-quieres que cuando seas más colectiva y no tomes las tabletas, te vas con tu novia al cine, te da la pastaleta?" Entonces yo pedí su ego de mujer, su respuesta (era bien coqueta, la burlada) y dijo: "No, no, no!" Entonces tenía que tomar las tabletas." Y ella le aceptó así. "Mama podrías tomar esas pastillas blancas, muchas ojercitas, muchas aire lilas, vitaminas y alimentacón. Tienes que comer todo, nada de guardar la línea". Y en efecto, *Bertha* era una gran deportista. Jugaba fútbol al (qué) que los varones, corría los debates, subía a las montañas, jugaba basket, jugaba vóleibol y era muy fuerte. Y con determinación, con disciplina venció su enfermedad. Al cumplir los 15 años estaba curada. Por su regalo de cumpleaños, fue la feroz, le cumplió en el carácter; en la determinación de que si algo quería, debía cumplirlo y asumirlo hasta el final.

Un año después de que se casó con papa. Luego, pero, ella empezó a involucrarse en mi trabajo, en el trabajo que yo hacía en el barrio. No le gustaba mi trabajo de militancia política en el partido, pero le gustaba mi trabajo con la gente. Me acompañaba. También empezó a hacer filantropía, a regular cosas, ropa, jugarles a los que no tenían. Y ella vivía en el barrio como se desahoga

los muchachos. Entonces habíamos muchas cosas y discutíamos por qué se da eso en la sociedad, por qué la prostitución, por qué el robo, por qué la delincuencia, por qué la drogadicción. Y una de tantas veces Bertha vino triste y me dijo: "Nada vale de nada. Nada sirve de nada". Conviniente dije: "¿Por qué?" Me dijo: "Ni si fuéramos ricos y poderosos solucionaríamos nada porque arruinaríamos nuestra gloria y los pobres seguirían siendo pobres". Entonces le dije lo que siempre le decía: "Nadie te libera solo, nadie se concierne solo; la ruta es con la gente. La gente debe tener consciencia de lo que quiere y de lo que crea". Bertha se quedó pensativa.

Por entonces los amigos de Bertha y los de Felipe llegaron a la casa. Para estos amigos (amigos de los amigos que capten cosas con ella) conversaban bastante. A veces conversaban conmigo, analizábamos la situación, las noticias, discutíamos las noticias. Analizábamos no sólo la situación del país, incluso la situación fuera del país, y entonces entendíamos, comprendíamos cada día las cosas. Y Bertha decía: "Cuando tenga 18 años, me voy de la casa. Usted tiene que cumplir su palabra". Me decía así porque cuando ellos eran pequeños yo había sido mi mamá y decía: "Debo criarlos a mis hijos de tal manera que cuando tengan 18 años estén listos, no a querer sólo hacer uso de sus derechos de ciudadanía, no a querer sólo hacer papeles y que si quieren, pueden vivir solos. Si a los 18 años no están listos para ser seres humanos independientes, yo los haré como madre". Mi marido me insultaba y me decía que soy una loca, que tengo ideas locas, que mientras otros mamá lloran y ruegan para que sus hijos se queden, yo quería que se vayan, que me escucharan los hijos y que la superior explicación fuera que los hijos se queden siempre con los padres. Yo le decía que no, que ellos deben tener un espacio propio.

Bertha, cuando cumplió 18 años me dijo: "He esperado tanto este momento, he querido tanto irme para hacer lo que quiero. Me quería irme antes para no darle problemas a usted, pero aunque estoy lista para irme a solá, no estoy lista en el corazón". Le dije: "¿Por qué?"

"Porque me da pena, mamá. Porque quisiera ser chiqui-
ta todavía. Porque me da pena salir. Porque te quiero,
mamá". Me abrazó y lloróme. Le dije: "Tú es hermosa
que te voyas. No dije que si ella que cumplas 18 años te
vas, pero que estarías lista para saber cuidarte, para en-
tender, para pensar la vida". Entonces me dijo: "O sea,
sí. Yo sé qué es lo que quisiera poder trabajar, nada me
cogiera de nuevo. Pero yo no voy a trabajar o me voy a ga-
narme la vida. Voy a hacer lo que debo hacer". Entonces
le dije: "Bueno, vamos viendo cómo es, cómo vamos,
¿no?"

Ella, creo, le había contado a este amigo (nosotros le
decíamos de apodo Conejito) que ella quería salir. El
creía, creemos, hablaba, creo que inclusive le impul-
saba para ver si en realidad no era un cuento de adole-
centes sino una decisión. En febrero mi hija se fue, en fe-
brero de 1980. Mi hija se fue y me dijo que ella iba a ha-
cer lo que siempre había querido. Me dijo: "¿Qué hacer
vos, mamá, siendo diputada?" Le dije: "Realmente nada,
porque soy un diputado electa. Si el diputado principal
renunciara la diputación, se haría o alguna cosa así..."
"Pero aparte de eso, mamá, ¿qué harías?" "¿Qué
harías?" Le dije: "Habría que ver leyes que puedan im-
pedir la situación, la pobreza, redistribuir la riqueza, ha-
cer un reparto equitativo del ingreso del país". Me dijo:
"Y eso, ¿cómo se demostraría, mamá?" Le dije: "No es-
taria en un día, ni en un período. Habría que hacer siem-
pre, mucho tiempo. El pueblo debería tener sus repre-
sentantes; o sea, el propio pueblo, la gente del pueblo,
debería elegir sus hombres, sus mujeres, su gente". Me
dijo: "Es una chiquita, mamá, que vos crees así porque tú
sabes que para llegar allá se necesita plata. Está así y
no está porque no puedes hacer nada, no tienes el po-
der para hacerla". Y se fue.

Mezco después vino. Me dijo: "Mamá, le mataron al
Conejito". Yo lloré. Lloré mucho. Sentía como si hubiera
muerto mi hijo. Era una cosa horrible. Desde entonces,
hasta ahora cada vez que veo algún muchacho, cada vez
que me veo uno, yo lloro. Es como si me mataran a un hi-
jo. Son los hijos de mi pueblo. Le dije a María: "Tengo

mielo por él. Me dijo: 'Mamá, si yo mepana ahora, si yo abandonara todo, sus palabras irían en el aire, sus enseñanzas no vivirían y yo estaría poseyendo la sangre del Conejito, estaría burlándome de su sacrificio. No puedo volver atrás. La historia me espera'. Y me volvió, tenía deves en cuando. Les daba cartas a los hermanos. Siempre me decía: 'Verá, mamá, me acobalo de la formación de ellos. Tienen que formarse como a nosotros. Ellos también son parte de la historia'.

— Felipe vivió a través de ella. Dijo: 'No era la hora de tener un hijo. Yo quiero irme. Quiero estar en el lugar donde está mi hermana. Quiero hacer lo que ella hace. Quiero vivir lo que ella vive'. 'No', decía yo. 'No es hora todavía'. Salía las noches y cuando volvía decía: 'Cuando estoy haciendo las cosas así como si estuviera contigo. Es como si voláramos juntos'. Cuando cada cosa me fui a verlo y me dijo: 'Mamá, no diga nada. A nadie diga nada. La historia es nuestra'. Se levanta, me abraza y me dijo: 'Debemos vivir para eso. No les dé chance a los enemigos. No fiere. Resista'. Cuando estaba su hermana me había ya como contarlo. Al final se lo dije. No fiere. Se puso fuerte y me dijo: 'Yo sé que uno de los dos tenía que irse antes. No podíamos llegar los dos. Quéid me llegaran rápidos, pero eso no cambia nada. Nada cambia. La lucha sigue y yo también voy ahí'. Entonces regresó a la casa. Después vino y él me dijo: 'Mamá, venga la próxima semana'. Regresó la próxima semana y me entregó un poema. El último verso dice: 'Compañero, compañero de lucha, hermano de sangre, yo no te fiere. No te recomiendo'. Son las últimas letras de mi hijo desde que quedé recibida, la última que sé de él.

Me preocupa la formación de los pequeños, no solo como algo que me piden mis hijos, sino como una tarea más formar a los pequeños. Me creo que pueda enseñarlos cosas diferentes. No me avergüenza si me arrepiento de mis hijos. Es más, estoy orgullosa de ellos. Sé que la cuota que me ha tenido pagar es alta, pero sé que si todos los padres formáramos así a nuestros hijos, otra cosa sería. Se cambiarían muchas cosas. Los hijos

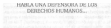
del pueblo rescatan la albricia de reclamar por lo suyo, por sus derechos. Los pequeños, sin sé si vivan en un mundo igual o en un mundo peor al que han vivido sus hijos mayores. Pero tampoco puedo hacerlos olvidar de dónde han venido.

En un principio quería decirles a los pequeños que su hermano murió de gripe. Alguien en un lugar que estuvo en esos días me dijo: "No seas tonto. ¿Cómo puedes minimizar el sacrificio de tu hijo? De gripe muere cualquiera. Tu hijo murió por un ideal. La forma en que los diques se está cosa, pero marca los ocultos. Mañana o pasado alguien va a levantar una infancia o va a levantar un momento y ellos pensarán que su hermano murió de gripe y van a considerar que les has mentado".

Entonces les conté. Fue brutal, les golpeó. Pero me prepararon por qué fue. Les dije con palabras sencillas las cosas y sé que por eso mismo he suspirado, o quizás empecé ya antes, ¿no? Con la conciencia de todos los días, con el ejemplo, con el trabajo, con la vida, porque uno no puede dirigir la vida de las palabras; uno debe vivir lo que cree; debe vivir de acuerdo con lo que cree. No puede vivir una cosa y decir otra. Creo que esa es la principal falla de la gente que se dirige en autoridad de otros, que se dirige en vez de los demás; que no hace más que una cosa y su vida pública dice otra cosa. Yo he tratado de ser consecuente con lo que creo y el juicio que más he tenido después del más propio ha sido el juicio de mis hijos. He querido que aún sabiendo que su madre puede no tener la razón, que su madre puede equivocarse, he querido que ellos sepan que su madre sabe asumir las cosas y sabe vivir como cree. Ahora me preocupa más estar separada de ellos, no saber de ellos y saber que están en una edad en que me necesitan, una edad de plena formación.

El futuro, no sé. No sé qué tendrá el futuro...

REFLEXIONES



HABLA UNA DEFENSORA DE LOS DERECHOS HUMANOS...

Los derechos humanos son una aspiración universal de la humanidad a la justicia y la libertad desde hace por lo menos 3.000 años. Las personas y los pueblos reclaman el reconocimiento de su dignidad e igualdad como sucedió en la historia bíblica del Éxodo cuando los israelitas se liberaron de la opresión de los egipcios. En nuestros días en la historia de los pueblos centroamericanos, de los movimientos obreros, campesinos, de pobladores, estudiantes y de mujeres, quienes igualmente buscan ser libres de la explotación.

Trabaja sin trabajo, con hambre, con una salud precaria, en una vivienda inadecuada, en condiciones desiguales y bajo la represión no es la vocación del ser humano, si cual está llamado a una vida en plenitud, a la solidaridad, es decir al ejercicio de todos sus derechos. Por lo tanto todos anhelenos el bien individual, comunitario o social, pero en esta búsqueda nos topamos con varias dificultades. Si intentamos lograr solamente el bien individual, existe el peligro de usar medios injustos de un sistema social desigual.

Cuando optamos simultáneamente por los tres nos encontramos con una serie de factores que nos conducen

nan, tanto a nivel subjetivo como objetivo: economía religiosa, la familia, condición social, y la ideología dominantes del ambiente social. ¿Cómo transformar estos factores para que nos ayuden a alcanzar el bien común? En el trabajo de la Comisión Ejecutiva de Derechos Humanos (CEHDEH), uno se encuentra con mujeres que han sufrido por la crueldad de estos tres bienes, y que enfrentan valientemente dichos condicionamientos. Laxmida es una de estas mujeres.

Bajo las estructuras socio-económicas vigentes en el país, millones de hombres, mujeres y niños carecen de las necesidades mínimas para una vida digna. Laxmida recuerda la pobreza. "Vivíamos en un solo cuarto porque los arriendos eran muy caros ... y teníamos una sola cama para papá, una para los hermanos grandes y una otra que papá debía 'rojar' para los pequeños". Esta es la situación general de las sectores populares; sin embargo, las mujeres experimentan de una manera muy especial y profunda las injusticias del sistema social debido a su condición de madres y al hecho de ser consideradas seres inferiores. Según los autores Ben y Ben (1979) tanto los hombres como las mujeres mantienen prejuicios económicos acerca de la posición social de la mujer, y estas creencias irracionales motivan muchas prácticas sociales que son muy efectivas para mantenerla en su lugar. Las mujeres, pese a su mayoría numérica, constituyen en la mayoría de los países, un grupo minoritario en cuanto a poder, y como tal su marginado de sus derechos.

— Como madre la mujer tiene una relación muy íntima con la vida de su madre así el cuidado de los hijos, es especial la atención a su alimentación y salud le hace muy vulnerable cuando faltan estos elementos básicos. Laxmida recuerda: "Siempre comíamos hambre, porque mamá compraba mucha la comida ... y en cada plato nos ponía cuatro pedacitos de papa..." Es la madre quien está en contacto directo y constante con las consecuencias de la privación de los derechos humanos y esto no es sólo el caso de Laxmida y su madre, ya que en el Ecuador, según el censo del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), uno de cada dos niños muere de cinco

afán padeco de discriminación obrera. Además más del 60% de las mujeres en gestación se habían desmoldado. Lucinda cuenta: "Yo hacía la comida para los trabajadores... porque de eso yo comía, mi marido comía y mi hijo comía... Yo cumplía los siete meses y ella comía en la baranda mi seno. Yo también me comía bien y no tenía mucha leche..."

Por otro lado la gran mayoría de mujeres experimenta una doble explotación: por ser pobres y por ser mujer. Ellas no gozan de los derechos económicos y sociales ya que carecen otras cosas, sus posibilidades de trabajo, de una remuneración justa, de educación con limitadas. Lucinda comenta: "Mamá me ayudaba hasta que yo llegué al tercer grado. Como ella nunca tuvo más de tercer grado, entonces ya no podía ayudarme... Mamá dejó de estudiar y pasó a trabajar en la cocina de la hacienda..." No tienen oportunidades de ejercer los derechos civiles y políticos ya que son consideradas objeto de tutela. Su derecho de participar activamente en la vida política del país está subordinado a las necesidades del hogar. Lucinda dice: "El [mi marido] creía que eso [el matrimonio] era todo lo que una mujer puede aspirar a tener y que le debía sumisión y obediencia absoluta a su marido".

Según una encuesta realizada en Quito por el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central en 1986, 71% de las mujeres encuestadas declaran no recibir ninguna remuneración. En este caso se trata de mujeres casadas que trabajan en talleres con sus esposos y otros familiares. Cerca del 48% de las mujeres trabajadoras percibe ingresos debajo del mínimo vital; y 84% de las empleadas domésticas reciben un salario que oscila entre \$r. 1.000 y \$r. 3.000 sueros mensuales (\$2 a \$10 dólares). Lucinda se acuerda que en una ocasión cuando trabajaba como empleada doméstica se le iba a pagar \$r. 120 sueros mensuales, pero al cumplir el mes no se le pagó. Otro dato revelador de la encuesta mencionada es que dos tercios de las mujeres interrogadas trabajan más de 36 horas semanales fuera de la casa; y cerca de 40% de esas mismas mujeres dedican más de 48 horas semanales a labores hogareñas.

Al ser a sus seres queridos privados de los elementos básicos, y al experimentar los alienados a su propia realidad, que tienen sus raíces en la desigualdad y la discriminación, la mujer siente fundamentalmente las graves violaciones a los derechos humanos. Luzmila relata: "...no quería vender... siempre contaba de que yo serviría para algo más... Le veía a mi hija ... y dije, 'Por ella'. Entonces ... empezó a vender los alfileres y los botones limpios y papeles con caricaturas a deportistas". La mujer busca por varios medios superar estas deficiencias; sin embargo, la mayoría de las veces no tiene mucho éxito y se da cuenta con más claridad que en otros casos luchar por el bien común para que todos podamos alcanzar el bien individual. Cuenta Luzmila: "Así es que organizamos un cabildo público, fin el cabildo público la gente sacó los salarios... Cada día me convenía ya que sólo la gente organizada puede pagar los cosas".

A través de la historia de Luzmila son evidentes las graves violaciones a los derechos humanos que vive el pueblo. Y como ella, las personas y los pueblos buscan por diferentes medios alcanzar esa vida en abundancia de que habla Cristo —una vida que no admite hambre, desempleo, personas que duermen en la calle, discriminación, desigualdad social. El camino a esa vida digna no está hecho, pero sabemos que el sistema social actual con sus estructuras injustas tiene que ser cambiado por una sociedad donde la coherencia religiosa sea consistente a la liberación y la justicia; donde la familia sea una unidad de amor y dignidad; donde la ideología dominante sea reemplazada por la solidaridad y igualdad. Así mismo sabemos que la plenitud de los derechos humanos será una realidad cuando el pueblo se organice para hacerlos respetar:

... cuando el pueblo se organiza para hacerlos respetar, cuando el pueblo se organiza para hacerlos respetar, cuando el pueblo se organiza para hacerlos respetar...

Hna. Elsie Monge — *coordinadora general de la Red de Mujeres Presbiterianas*
Presbiteria — *coordinadora general de la Red de Mujeres Presbiterianas*
 CENADEL • Quito

ENTREVISTA HABLA UNA ANTHROPOLOGA... ENTREVISTA A LA ANTHROPOLOGA LUCILA CHIRIVAS

La vida de Lucila Chirivas, como la de la mayoría de mujeres latinoamericanas, gira alrededor de la familia, su familia de origen (padres, hermanos) y de procreación (esposo, hijos).

Su historia es la historia de su familia, en la que se sintetiza la compleja trama de relaciones interpersonales y sociales, que se expresan en valores, actitudes, comportamientos y en una condición de vida determinada.

En el testimonio de Lucila podemos evidenciar que en el interior del círculo familiar donde se reproducen, transmiten, refuerzan, pero también cuestionan, revisan o cambian las relaciones entre hombres y mujeres.

El escenario es el de los sectores populares urbanos, caracterizado por una falta de limitaciones y carencias (el hombre crítico, la falta de vivienda, de infraestructura, de trabajo y de oportunidades), y por una gran capacidad de adaptación para enfrentar la lucha por la vida.

No obstante, el relato rebasa la experiencia de vida de una familia, el ámbito de lo personal, de lo privado y lo "afectivo", para proyectarse hacia la comunidad, lo público, lo político, para nos permitir entender distintos momentos de la vida familiar, comunitaria y nacional. Así, podemos encontrar las distintas tendencias

eventos políticos que han incidido en su vida y en la de su comunidad: conservadora, liberal, popular, neoconservadora, como también la presencia de la izquierda con sus propuestas de cambio.

Pero el aporte más importante de este libro está en que la narración que hace Llamita de su historia personal, es la de muchas mujeres populares, encarnada en su madre, en ella misma y en su hijo. Una historia que nos habla de crisis, de lutas, de "deberes ineludibles", de frustraciones y negaciones, pero también de lucha, esperanza y cambio, de "nuevos" hombres y mujeres empoderados en lograr un nuevo orden.

En una historia en primera persona, contada por una mujer a otra mujer, que habla por las que no han tenido voz, por las que han sido silenciadas, rescata del olvido y del anonimato la "realidad" de la mujer popular y revelando una problemática que la "fuerza" de la costumbre le hace pasar desapercibida, o como parte del "machismo" de la cultura latina.

Un problema presente en la familia y en la sociedad fundamentalmente en una ideología¹ que, a partir de una diferenciación biológica de sexo, asigna espacios: (1) el hogar, lo privado, para la mujer; la calle como lo público para el hombre; (2) que otorga los roles: la mujer débil, sumisa, afectiva; el hombre fuerte, independiente, sin afectos; (3) que establece una doble masculinidad: la mujer fuerte, fiel, el hombre promiscuo, infiel. Todo esto en la práctica cotidiana se expresa en una jerarquización de las relaciones que otorga el derecho a decidir a unos y de ceder a otros. Una ideología avasalladora, rasgo de una época patriarcal pero en plena vigencia, que no corresponde al desarrollo del pensamiento y de la sociedad, pero que es perpetuada en la estructura social y en la vida de hombres y mujeres porque le es funcional a un sistema de explotación y opresión, des-

¹ Entendimiento por ideología un discurso que encierra una realidad distinta a la experimentada y que la distancia al grupo que la sustenta (verbo 1999).

de la mujer resulta la más perjudicada.

Este problema se evidencia claramente en la historia de Leticia, tanto en el ámbito familiar como en el político, en la presencia de un machismo que no permite el diálogo, ni la pluralidad de opiniones y que se impone a través del uso de la fuerza y la violencia.

Un problema que afecta tanto al hombre como a la mujer, que les niega la posibilidad de aceptarse en su especificidad de género, de enriquecerse mutuamente en la complementariedad, para construir juntos un futuro y un destino. Dicho en otras palabras, los roles al hombre y a la mujer en sentido de identidad, la "virtualidad" versus seres humanos de realidades, el sentido de pluralidad. Leticia nos lo dice en sus propias palabras: "Si pensamos que la mujer es un ser humano, que antes que un mujer es un ser humano que tiene derecho a votar hasta donde a él mismo se convenza que no puede más".

Desde muy pequeña y a lo largo de toda su peregrinaje por la vida, Leticia se enfrenta a la dura realidad de esta discriminación, percibida como una serie de obstáculos e imposibilidades, de "nos" a su realización como persona.

NO el derecho de estudiar.

NO el derecho de ser persona sin discriminación de sexo, raza o religión.

NO el derecho de trabajar y percibir un salario digno.

NO el derecho de ser feliz.

NO el derecho de decidir por sí misma.

Sin embargo un sentido muy profundo de esta personal, de autovaloración, le permite transformar las obstáculos en desafíos, las negaciones de sus derechos en afirmaciones:

El al derecho de sus hijos de ser niños y disfrutar de su niñez.

El al derecho de leer y estudiar.

1. Elaborada a partir del planteamiento de Julia Kristeva sobre la construcción de identidad de la mujer.

- El al derecho de ser feliz.
- El al derecho de vivir en solidaridad con el prójimo.
- El al derecho de ser libre para vivir de acuerdo con sus principios.

La historia de Lucania no es una historia aislada, es parte de una historia mayor donde ella es un capítulo, donde lo han precedido y lo seguirán otros capítulos. Y su lucha no está acabada, continúa en la lucha de todos los hombres y mujeres que perciben la injusta de esta discriminación y quieren ser libres a sus miembros de zonas lacustres, como personas integrales.

Mark Arango

Antropólogo e investigador

Quito

HABLA UN TEÓLOGO...

Uno de los aspectos más interesantes de la vida de Lucilla es su experiencia religiosa. Podríamos decir mucho respecto al desarrollo de su fe y a su relación con la Iglesia, pero tendríamos que limitar nuestras observaciones a unos pocos comentarios de los aspectos más importantes.

Primero, algo tocante a su desarrollo espiritual. En el relato se ve claramente que Lucilla pasó por una serie de experiencias que la condujeron de una fe primaria a la madurez espiritual de la cristiana adulta. Esto puede ser visto por lo menos cinco etapas:

(1) Las primeras experiencias religiosas en la escuela primaria y en el seno del hogar con la familia. Allí se sentaron las bases de la fe cristiana. Su fe en Dios y en su Palabra, la Biblia, y todo su desarrollo espiritual posterior (verán sus raíces en esas primeras experiencias en la escuela y el hogar).

(2) Ya adulta, la pérdida de la fe en la Iglesia Católica es el fuerte eje de la diferencia entre lo que dice la Biblia respecto a las herejías y las prácticas de la iglesia. Esto es expuesto especialmente en su negativa a bautizar a su hijo. Sin embargo, hay que notar que si bien había perdido la fe en la iglesia, no había perdido la fe en Dios ni en "su Palabra, la Biblia". En verdad que, en

"el vacío-olvidos" es, que se encontraba, a veces dudaba de la existencia de Dios, pero al mismo tiempo sabía: lo que había una diferencia radical entre ella y "una vaca o un perro con instintos" y entre su hija y un simple animal y esta la reconocía en su conversión de la existencia de Dios. Obviamente, tenía suficientes bases cristianas para creer que la diferencia se debía a que ella y su hija eran "imágenes de Dios".

(3) Todo lo anterior la llevaba a desear el tener una Biblia y cuando la consiguió entró en un largo proceso de descubrimiento del contenido bíblico y de diálogo con diversos cristianos. En esta etapa se destaca el reconocimiento de "si lo que había era correcto para una cristiana". Evidentemente eso fue lo que la condujo a vender el negocio de cigarrillos y caramelos en la convicción de que no estaba bien "reparte el vicio". Aparte de lo que pedamos pensar de los tabulos de los evangelios, esto tuvo un valor funcional de abrir su conciencia, llevada a dar un paso de fe y confianza en Dios y a una mayor madurez espiritual.

(4) Toda la anterior la condujo a unirse a una iglesia evangélica. Su bautismo en esta iglesia podría parecer el resultado de una decisión solista y apersonada, pero no lo fue. Al contrario, fue la culminación de un largo proceso: ella no era persona que "viera hacia sus principios" y su deseo de tener o cinco años desde el momento de su adquisición de la Biblia y su bautismo en la iglesia evangélica así lo demostró.

Con esto entró en un proceso aun más largo dentro de la comunidad evangélica. En esta etapa pasó por una serie de experiencias positivas y negativas. Entre las positivas están su deseo de dar a conocer a otros lo que ella había descubierto, su entusiasmo por la enseñanza y el estudio de la Biblia, pero especialmente su deseo de servir a los demás. Aquí es necesario señalar que ese servicio no se limitó a enseñar la Biblia en la iglesia o enseñar a leer a los enfermos del hospital, sino que se expresó en todo lo que hizo por los vecinos de los barrios de la ciudad donde vivía, aunque no lo hiciera específicamente en nombre de la iglesia. Su actitud crítica la llevaba

naturalmente a interesados por los problemas de los pobres y necesidades entre los cuales vivía, y a tratar de hacer algo positivo por mejorar la situación de ellos.

(3) Una serie de experiencias negativas, que estada pronto posteriormente, la condujeron a separarse de la iglesia evangélica, aunque de ninguna manera le hizo perder su fe. Al contrario, en todo su relato se percibe un grado de madurez que se expresa en artículos que muestran dominio. Una de ellas se ve en su recuerdo contra el sectarismo y el dogmatismo de los grupos cristianos, algo que se manifestó aun antes de unirse a la iglesia evangélica. Otra, en su comentario de las palabras de Jesús: "Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres". "Se entiende una libertad en todos los sentidos: una libertad espiritual, una libertad de conciencia y de sentir las cosas". Solamente una persona madura, que tiene cierta seguridad interior, es realmente libre para desarrollar sus propias convicciones y a la vez darse cuenta de que "no es la última palabra", de que está en el camino, de que puede equivocarse.

Finalmente, se ve también su madurez en sus reflexiones por todo lo que estudia y su práctica diaria. Esta, realmente, es una cosa que se repite a través del relato y con la cual termina. Cuenta que cuando visitaron a su hijo no les creó a sus hijos la verdad dolorosa de su muerte y luego comentó: "¿¿ que por sus caminos he caminado, a quince centímetros antes, ¿no? Con la conducta de todos los días, con el ejemplo, con el trabajo, con la vida, porque uno no puede destilar la vida de las palabras; uno debe vivir lo que crea; debe vivir de acuerdo con lo que ama. No puede vivir una cosa y decir otra".

Es notable también el lugar que ocupó la Biblia en su desarrollo espiritual. Para él se muestra en un proceso constante entre lo que decía el texto sagrado y las experiencias de la vida diaria, que la condujo a convicciones propias y al grado de madurez señalado anteriormente. Esto no quiere decir que sus convicciones fueran una orientación individualista o "espiritualista", como es tan frecuente en las iglesias evangélicas. Al contrario, para Lucinda "la Biblia siempre significó más un contenido

social, un contenido de protesta». Señala particularmente el libro de Amín, aunque lo mismo se podría decir de los otros profetas bíblicos: "Describían y cuando lo escribían la describiendo una realidad —una realidad muy grande, la describiendo que la injusticia social era tratada en sus libros desde un punto de vista político, no con una comprensión a la pobreza, sino con un hito contra la clase más poderosa. El libro de Amín tiene cosas tan duras, ¿no? Dice que los ricos están en sus camas de oro y marfil, que comen bien, que viven bien, pero que ellos pueden vivir así porque roban el salario a la vida y le venden al trabajador por un par de zapatos. Yo estaba asustado. Miraba, leía, escuchaba. Leía el contenido social y veía que nada ha cambiado, que lo mismo era ahora". Estos desarrollos del mensaje bíblico tuvieron un efecto político en la forma como explicaba la inconsecuencia de los cristianos, pero especialmente en su interés por servir a sus vecinos en las fuertes pobres distantes.

Además, la vida de Luzmila muestra algo del éxito y el fracaso de la iglesia institucional. Por un lado vemos el éxito de la iglesia en el hecho de que hay en una escuela religiosa y en las prácticas devocionales de la familia donde se enseñan las bases de la fe y del conocimiento bíblico de Luzmila. Como lo señalamos anteriormente, sin esto no hubiera sido posible el desarrollo espiritual posterior.

Vemos también el éxito de la iglesia en la difusión de la Biblia. La esperanza de Luzmila lo demuestra. De ella recibí algo del conocimiento del libro de los libros a través de la labor de la iglesia, aunque evidentemente nunca había tenido una Biblia en sus manos. Ya adulta fue también a través de un organismo de la iglesia —una iglesia evangélica— que recibió la primera copia del testamento sagrado. Cuando empezó a leerla, fueron algunos miembros de la iglesia españoles en el mundo quienes le ayudaron a comprender algo de su mensaje. Todo esto puede parecer muy optimista y de poca interés, pero en definitiva esto es parte crucial de la labor de la iglesia. A pesar de todas sus deficiencias e inconsecuencias,

ella es la que difunde el mensaje bíblico y es el canal vivo para que los hombres y mujeres de todos los países y razas compartan la vida que Dios ofrece.

Quinta es más claro el fracaso de la iglesia, fracaso que se concreta en su indiferencia al sistema de injusticia en que vive y su completa inconsecuencia con el mensaje que predica. Lucinda probó esto en cuanto se unió a la iglesia evangélica y tuvo que enfrentar el machismo dentro de la misma. Ella conocía sus capacidades y habilidades tanto en las actividades de la iglesia; pero la institución le ponía límites absurdos y ella tuvo que aceptarlas con la idea de que eran parte de la disciplina, y que algún día podría probar sus capacidades "en el campo de los hombres, pero fuera de la iglesia".

También el incidente de la misionera, representando una mensajería de la verdad y del amor de Dios, pero completamente inconsciente del drama de los millones que, como Lucinda y sus hijos, se acuestan sin comer, mientras ella tenía dinero para llevar a su perro al salón de belleza. Dice Lucinda: "Esta vez, viniendo de una cristiana y justo estando leyendo el libro de Jeremías, realmente me golpeó y decía: '¿Dios es la misma ayer, hoy? Siempre hay injusticia y siempre hay la durezza del corazón de los que no entienden'. Y estos que no entienden no son los paganos, 'otras y comunistas', sino precisamente personas que supuestamente creen en Dios y han probado su amor. ¿Lo han probado?!

Pero quinta el incidente que mejor muestra el fracaso de la iglesia es la actitud del pastor frente a la celebración del 1 de Mayo y lo que él entendió como "el comunismo": el compartir con "una india, una longa, para que los dos comamos colada, como si yo fuera igual a la longa". Qué distancia antropológica existe entre esta actitud de la iglesia institucional y el mensaje bíblico que Lucinda sintetiza al comentar su reacción a los palatines del pastor: "Me quedó asustada porque yo siempre tenía el modelo de Jesús. Jesús compartiendo el pan, Jesús comiendo con los pobres, Jesús diciendo que no llevas dos vestidos, Pablo diciendo que no hay varón, ni mujer, ni esclavo, ni

libre. Y nunca más pudo confiar en el hermano. Si mi le hubiera sido un producto de haber conversado con un hombre y que ese hombre hubiera sido él, hubiera desbaratado mi fe, porque yo estaba de lado de los pobres, de lado de los indios, porque yo soy pobre y soy indio. Me sentí mal y fue otra razón que fue esperando las víctimas a la congregación". La vida rebosa a la iglesia institucional y su teología; de otra manera el cristianismo hubiera desaparecido hace tiempos como resultado de la repugnancia y la traición de los cristianos.

En esta comunidad durante el pastor expresivo actitudes tan opuestas al mensaje cristiano, era de esperarse lo que sucedió cuando los dos hijos mayores de Luzmila supieron por haberse involucrado en actividades políticas y luego fueron liberados. "Los hermanos nos hacían [negativos], nos hacían preguntas, nos atacaban". Era claro que los miembros de la iglesia no buscaban comprender a los dos jóvenes, sino defender al sistema social y político vigente por injusto y criminal que era ese. Olvidaban que Jesús nunca defendió al sistema ("el mundo"), sino que al contrario, condenó al sistema establecido y por lo mismo facilitó en favor del pobre, del oprimido, del que sufría la injusticia social. Precisamente por eso lo mataron.

La respuesta a la violencia (que en ese era el contexto de la situación política y social en ese momento) no era condenar a los jóvenes por su lucha por el cambio del sistema, sino buscar comprenderlos y apuñalar a entender que los métodos que la iglesia está llamada a emplear en relación por la justicia son los métodos del amor que se da hasta el sacrificio. La iglesia necesita darse cuenta de que la violencia de los sectores pobres no es gratuita. Se debe a la violencia e injusticia del sistema y la iglesia está llamada a luchar por la paz y la justicia, no satisfaciendo sus ansias de venganza, sino solidarizándose con los pobres, con los oprimidos, con las víctimas del sistema, como lo hizo Jesús.

¿Qué hubiera sucedido si en lugar de condenar a esos dos jóvenes la iglesia hubiera buscado comprenderlos, compartir sus angustias y anhelos de justicia y analizar

sus energías en proyectos constructivos de fraternidad humana? ¿Quinta Beetha no se hubiera unido a un grupo de jóvenes idealistas que buscaron iniciar un proceso de cambio social por medio de la violencia y aún estaría viva para hacer su aporte a la construcción de un mundo mejor, más justo, más humano, más cristiano. Pero la iglesia en este sentido fracasó y sigue fracasando. Nuestra esperanza es que la vida de Lucmila de alguna manera contribuya a que la iglesia desplante el drama de los millones de pobres y excluidos que hoy día esperan que la iglesia de América cumpla su deber de luchar por la paz y la justicia como lo hizo su Señor y Maestro.

Washington Padilla J.

Pastor y escritor

Quito

HABLA UN SOCIOLOGO...

A pesar de los múltiples ensayos acerca de los sectores populares en América Latina, es muy difícil encontrar estudios de familia. Sin embargo, los escasos esfuerzos que señalan tendencias en la vida familiar de los sectores pobres de esta parte del mundo se reflejan en la historia familiar de Lucinda Chacón a través de por lo menos tres generaciones.

El dato más obvio e importante de las familias que se forman, hacen y deshacen en los sectores marginales de las grandes ciudades latinoamericanas es la pobreza... y el hambre. Es una pobreza que moldea toda la existencia, incluyendo la manera de mirar la vida. En un mundo precario, académico. Por lo tanto, la vida de todos los miembros de la familia de los sectores populares parece circular alrededor de conseguir el pan de cada día. El bienestar o malestar de toda la familia parecen estar condicionados por la presencia o la ausencia de los recursos indispensables para subsistir.

Es precisamente a nivel de sobrevivencia que se articulan los momentos más significativos del ciclo vital de las familias. Los niños, por ejemplo, no tienen una infancia, ni los jóvenes adolescencia. "Bailaban duro desde muy pequeños para 'desquitarse la sal de la comida', sin permitirse jugar y por lo general bajo condiciones de explotación permanente. Los parejas no se forman al calor

del romance que tanto han dificultado los medios de comunicación social, ante a la necesidad de sobrevivir. Los niveles de superación intelectual, social, deportiva o cultural están subordinados a las condiciones económicas siempre precarias.

Aquí, en medio de una lucha tenaz por la vida, se han desarrollado acrobáticas estrategias de sobrevivencia que permiten explicar cómo los ingresos, muy por debajo del nivel de subsistencia de la fuerza de trabajo, pueden sostener una familia, incluso en países con economías en franco deterioro. Únicamente cuando se sabe, por cierto, que son los sectores de menores recursos los que sufren con más rigor el peso de la inflación, la devaluación y otras enfermedades del sistema.

La mujer ocupa un lugar central en la implementación de las estrategias de sobrevivencia. Ella maneja el mercado más barato y rompe la cadena en el comercio. Ella se "inventa" trabajos. Ella crea pulperías o cayeros o venta en el patio de la casa, en la cocina o, incluso en el mismo y único cuarto que aloja a su familia. Ella compra ropa de segunda mano o confecciona prendas; visita compañías para obtener una serie de prestaciones y representaciones de servicios; se involucra con más frecuencia en grupos baratales, políticos y religiosos que pueden brindar algún apoyo. Con frecuencia es la mujer, como en el presente caso, que destaca que el único canal de superación personal es la educación y hacia allí intensifica sus esfuerzos para el mismo —como en este caso excepcional— o, por lo general, para sus hijos.

Ella es central de la mujer en la sobrevivencia de su familia, probablemente refiere a la configuración de familias matrifocales en los sectores populares. La mujer, desde muy temprana edad es responsable de ayudar a su madre en los quehaceres domésticos y en el cuidado de sus hermanos, involucrada en su capacidad de sobrevivir, más en mayor medida para diseñar las redes de relaciones interpersonales. Ella aglutina emocionalmente a la familia creando un círculo afectivo con los hijos, que el marido encuentra difícil de penetrar.

Es posible que el hombre, en este estado de cosas, sea

inconsciente pero sistemáticamente desplazado a un lugar periférico en la vida familiar. Se perpetúa así, por generaciones, el círculo vicioso del machismo: el hombre desprecia a la mujer, la relega a las funciones domésticas, la sexualmente, la niega su realización como persona, la deja sola en la crianza de los hijos, le causa con celos enajenados, etc. La mujer por su parte, compensa el vacío afectivo con el cariño de los hijos, hace de ellos el centro de su existencia, pierde el interés por la relación sexual con su marido, se especializa en el manejo de las estrategias de sobrevivencia, se establece laboralmente y finalmente, llega a funcionar adecuadamente sin el compañero. Por lo común, en estas mujeres, por lo tanto, muchas familias desarticuladas y reestructuradas, muchas madres solteras, muchos padres ausentes, muchos hogares abandonados en este sector de la sociedad. En la historia, Lucinda crece y se fortalece como mujer, como líder, como madre que opta por la separación con el apoyo de sus hijos.

En situaciones así no sólo las mujeres y los niños sufren. Es posible que el hombre de los sectores marginales así en mayor medida que la mujer. No se espera que él maneje las estrategias de sobrevivencia, ni que sepa cómo criar a los hijos, ni que mantenga las redes afectivas. De él se espera que cumpla con función —aunque sin el reconocimiento ni la especialización— en el sector mercado de trabajo abaratado por las clases dominantes, o que se abra paso a empleos en el ya saturado laboratorio del sub-empleo. El desempleo —se han estudiado sus efectos— golpea profundamente las bases de la personalidad y de la vida familiar: deteriora la autoestima, manifiesta la violencia doméstica, propicia el alcoholismo, deteriora las relaciones familiares y sociales. El marido de Lucinda no es una excepción. Golpea, culpa, moldea a su familia en medida de su frustración e impotencia. Además, el hombre desempleado, de limitada educación, propiciado hacia fuera de la comunidad, desprovisto de redes afectivas, tiende a ser más conformista al sistema de valores imperante. Tanto, con frecuencia, poco intenta en educarse o educar a los suyos. Si que su

trabajo tiende a ser esporádico y sin trayectoria no le presenta ningún desafío para especialistas. Los casos más frecuentes que los varones escogen para diligar su frustración o enfrentar su inseguridad parecen ser los amigos y la bebida, las aventuras sexuales o un segundo hogar y, en el mejor de los casos, la actividad política, o la organización popular o la vivencia religiosa.

Si la familia multigeneracional presentada por la protagonista es típica de los vastos sectores de nuestra condición, la protagonista es atípica, es excepcional. Su inteligencia, su ternidad por la vida, su anhelo de conocimiento, su anhelo por la verdad, su fidelidad a la filial, sus conquistas de mujer, su comprensión con su padre, su anhelo de criar a sus hijos para la libertad, son realmente fuera de serie. Es como un canto en el desierto, como una luz en la oscuridad. Sin embargo, las fuerzas de la muerte, de la violencia, de la injusticia parecen sobreponerse. Una generación más, un mundo afuera que el camino de la esperanza personal con el trabajo. Trabajó arduamente y colectivamente. Luchó por tener su conciencia de que el estado le debería para sí y para su familia nuevas horizontes y le sacaba de su mundo limitado por la pobreza y la ignorancia. Estado y/o líder de la ignorancia, pero no de la pobreza. Su hijo herido volvió y más lejos. Para ella su reivindicación personal y familiar se podría lograr aparte de una transformación global e histórica. Luchó, murió y así cambió de clases, con un ejemplo, el camino que otros hijos de la pobreza han de trazar en la búsqueda de mejores horizontes.

Jorge E. Muñoz
Psicólogo y terapeuta familiar
Quito

GLOSARIO

- ataje . *simplicion's*, *apudatib*
 amarrar . *lleva en brazos*
 aca . palabra quechua que significa ataje
 popularmente aplicada a la teta *huacará*
 amarrar . *ligar, poder*
 buacará . *botón*
 cola . *guirca*
 colada . bebida espesa a base de cereales
 cupes . *concejillos de Indias*
 churú . *haraleja, fuente*
 chumado/a . *huracán/a*
 chí . *ya te dije, ¿no ves?*
 chucos . *chicos pequeños, chicos*
 chucos . *chucos*
 chugar . *maliciar*
 chucos . *chucos*
 chuda . *bolso*
 guardamonte . *guardante, cara del guardán de una construcción*
 guape . *chico*
 guapepita . *fienda de expendio de guape, bebida fermentada consumida por las capas populares*
 habier . *región*
 huacarpaga . *porción de tierra prestada a la familia indígena en pago por sus servicios en la hacienda*
 huacarpagiero . *el habitante del huacarpaga*
 jerga . *un grupo de amigos de confianza*
 jerga . *palabra quechua que significa muchacho/a*
 popularmente empleada con connotación despectiva
 mate . *mate peinado acortado*
 matea . *condemna de mate*
 mate/a . *hermano/a*
 palanqueta . *pan*
 palanque . *pequeños, chicos*
 salir . *cojar*
 taita . *arawaka que significa padre*
 teta . *teterola*

Este relato tan parecido al de la picaresca española en la estructura autobiográfica y en la fertilidad de recursos para sobrevivir, es una picaresca al revés porque su ejemplaridad no mana de las reflexiones moralizantes del narrador —felizmente aquí no hay pizca de ellas— sino de la voluntad de vida de la protagonista. La comunidad de miserias engendra en ella solidaridad y su costo es muy alto. Pierde hija y marido. Pierde su pertenencia a la comunidad católica romana, pasa a la comunidad evangélica y se queda también sin ella. De nuevo, el clásico camino de la religión a la fe y de la fe al hombre. Pierde su principal trabajo —esto es, su sostén y seguridad— siempre por el mismo motivo. Desde una perspectiva humana, social y religiosa el relato es realmente ejemplarizador.

Simón Espinosa

Joyce
Dickey

Peregrinaje de Esperanza
La vida de la madre de una guerrillera

